COLECCION UNIVERSAL

N.os 878 a 880

JOSE HERNANDEZ

Martín Fierro

POEMA ARGENTINO

Precio: 1,50 pesetas

MADRID, 1924

Regalo de
Nancy y Pedro

José Hernández

—

MARTIN FIERRO

POEMA ARGENTINO

MCMXXIV

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1924.

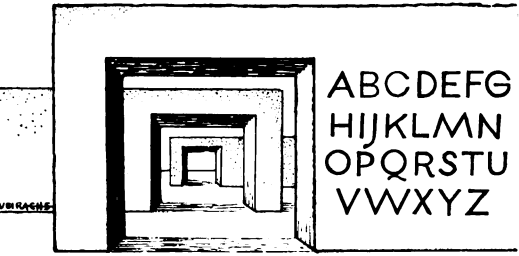
Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

JOSE HERNANDEZ

Martín Fierro

POEMA ARGENTINO

MADRID, 1924



EX-LIBRIS BIBLIOTECA DE CATALUNYA

Talleres "Calpe", Ríos Rosas, 24.—MADRID

Nació José Hernández el 10 de noviembre de 1834, en la provincia de Buenos Aires, y murió en la misma provincia el 21 de octubre de 1894, después de una agitada y honrada vida de soldado, político y escritor. En 1872 publicó la primera parte de las dos en que se divide MARTÍN FIERRO. *Era ya una obra concluída, sin propósito de continuación; pero obtuvo tan extraordinario éxito entre el vulgo y la gente culta, que el autor se animó a escribir una segunda parte, para lo que se prestaba muy bien la construcción de la primera, hecha sobre la base de un personaje que, prosiguiendo en vida, podía proseguir sus hazañas. No fué menor que el precedente el éxito de la segunda y última, dada a conocer en 1878; y las dos juntas constituyeron muy pronto y por espacio de más de veinte años el libro preferido de la campaña argentina, cuyo partido, en contra de los desvíos de la invasión ciudadana, tomaba el poeta, aunque sentimentalmente, y cuyas personas características, costumbres, habla y paisaje aparecían retratados en la obra con extremada fidelidad. Dominadoras al fin las ciudades con su europeísmo,* MARTÍN FIERRO *perdió en parte el favor de que había venido gozando, hasta que en 1914, habiéndose removido en las propias ciudades el sentimiento nacionalista, se puso especial atención en los elementos estéticos de la nacionalidad, y el poema*

gaucho cobró nueva fama; pero ahora no ya como ficción literaria de recreo para el pueblo bajo, sino como obra poética representativa, de alto valor artístico y social, pues intelectuales argentinos de mérito sostuvieron en esa ocasión que MARTÍN FIERRO *era a la literatura de la República Argentina lo que el* Poema del Cid *a la española y la* Chanson de Roland *a la francesa. Y en eso está hoy la celebrada obra de Hernández, quien no escribió otra de consideración.*

ADVERTENCIA
DE LA PRESENTE EDICIÓN

No existiendo ninguna edición crítica de MARTÍN FIERRO, *al reimprimirlo tienen por costumbre los editores tomar una de las versiones primitivas y reproducirla textualmente, con su ortografía singular. La presente edición no es crítica, ni podía serlo, o se saldría del carácter esencialmente popular de esta colección; pero tampoco reproduce al pie de la letra las ediciones corrientes. Aparece, en efecto, con ortografía distinta de todas las otras, y para que el lector no se llame a engaño vamos a exponer en qué consiste la modificación y por qué se ha hecho.*

A poca atención que se ponga en la lectura de MARTÍN FIERRO *con el texto habitual, pronto se echa de ver que su ortografía no responde a un criterio fijo y coherente. Las mismas palabras se hallan escritas de diferente modo, y la acentuación y la puntuación son por extremo caprichosas, sin guardar regla ostensible. Varias causas concurren a esta anomalía. En primer lugar, por la época en que se publicó* MARTÍN FIERRO *la Argentina no se había emancipado aún totalmente de la anarquía ortográfica de nuestra lengua; en segundo lugar, difundida por todo Hispano-América la ortografía simplifi-*

cada de Cuervo, en la Argentina se empleaban con vacilación algunos signos de la escritura, principalmente la j *y la* g *y la* b *y la* v; *en tercer lugar, teniendo el lenguaje hablado en la Argentina ciertos sonidos diversos del español contemporáneo, los escritores no siempre estaban seguros de los signos que habían de usar, y escribían a veces* enderesé *y* resagado, *por la razón de que la* c *ante la* o, i *y la* z; *en cualquier caso los argentinos las pronuncian como la* ç, *que se ha perdido en nuestro idioma; en cuarto lugar, el autor de este poema no era evidentemente un hombre muy versado en ortografía; en quinto lugar, en fin, la imprenta argentina trabajaba hace cincuenta años con notoria incorrección. Todo esto ha originado esa ortografía bárbara con que desde su aparición viene leyéndose el poema de Hernández, y como se trata de un error evidente, ha parecido oportuno corregirlo.*

Ostenta, en cambio, MARTÍN FIERRO *peculiaridades ortográficas que responden a peculiaridades de pronunciación. Son personajes gauchos los que en el poema hablan, y como el gaucho dice* naides, tutubiar, truje, alversidá, coloriar, ay *(por* ahí), fi *o* jui *(por* fuí), dijunto, apurao, *etc., así lo ha escrito el autor. En este caso claro está que no se ha introducido modificación en el texto. Al contrario, no pocas palabras típicas por el estilo de las que acabamos de transcribir aparecen unas veces con la forma correspondiente a su prosodia y otras con forma correcta; por ejemplo, alguna vez se lee* ahí *en lugar de* ay, *o* entiéndanlo *en lugar de* entien-

danló, *que es como lo dice el gaucho. En tal circunstancia se ha hecho corrección, pero ha sido para restituir al vocablo la ortografía que indudablemente le dió el autor y no respetó la imprenta.*

Siguiendo este criterio, quizá diga alguien que debía haberse mantenido la s *en el puesto de la* c *ante* e o i *y de la* z; *pero ya hemos dicho que el sonido de* ce, ci *y de* z *no es en la Argentina el de la* s, *sino el de la* ç, *y la prueba está en que hoy sólo por ignorancia puede un argentino escribir* sinco *o* sielo *o* mudansa, *como por el mismo motivo puede escribirlo un andaluz. A los españoles que en la Argentina adoptan para su habla la fonética nacional se los distingue en seguida precisamente por la fuerza con que silban la* c *y la* z, *es decir, porque pronuncian* s *y no* ç.

Esto y suprimir, por absolutamente innecesarios, unos cuantos renglones de puntos que mediaban de estrofa a estrofa en algunos pasajes es todo lo que se ha modificado del texto para la presente edición.

Por último, y a fin de que la lectura de los versos se haga en la medida exacta y en buen ritmo, debe tenerse presente: que el gaucho hace sinéresis en cuanta ocasión se ofrece, diciendo veia, traia, poeta *(en diptongo),* veás *(idem), etc., y que el gaucho, como el argentino en general, y sobre todo de las clases popular y media, hace agudas las formas verbales de tiempo presente y número singular, diciendo* traé, llevá, andá, vení, *etc., que convierte en regulares con la adición de un pronombre:* traelo, llevalo, andate, venite, *etc.*

JOSÉ GABRIEL.

PRIMERA PARTE

EL GAUCHO MARTIN FIERRO

MARTIN FIERRO [1]

I

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo
Que ayuden mi pensamiento;
Les pido en este momento
Que voy a contar mi historia
Me refresquen la memoria
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista;
Pido a mi Dios que me asista
En una ocasión tan ruda.

(1) Los nombres puestos en la cabecera de los cantos indican que el nombrado habla.

Yo he visto muchos cantores,
Con fama bien otenidas,
Y que después de alquiridas
No las quieren sustentar:
Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar;
Nada lo hace recular
Ni las fantasmas lo espantan;
Y dende que todos cantan
Yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre:
Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra.
El cantar mi gloria labra,
Y poniendomé a cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento.
Como si soplara un viento

Hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao;
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando.
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman;
Naides me pone el pie encima,
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
Y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
Y torazo en rodeo ajeno;
Siempre me tuve por güeno,
Y si me quieren probar,
Salgan otros a cantar
Y veremos quién es menos.

No me hago al lao de la güeya
Aunque vengan degollando;
Con los blandos yo soy blando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno en un apuro
Me ha visto andar tutubiando.

En el peligro, ¡qué Cristos!,
El corazón se me enancha,
Pues toda la tierra es cancha,
Y de esto naides se asombre:
El que se tiene por hombre
Donde quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
Como mi lengua lo explica:
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor.
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje,
En el fondo de la mar;
Naides me puede quitar
Aquello que Dios me dió:
Lo que al mundo truje yo
Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo;
No hago nido en este suelo,
Ande hay tanto que sufrir;
Y naides me ha de seguir
Cuando yo remonte el vuelo.

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas

Que saltan de rama en rama,
Yo hago en el trébol mi cama
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato,
Que nunca peleo ni mato
Sino por necesidá,
Y que a tanta alversidá
Sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
Que hace un gaucho perseguido,
Que padre y marido ha sido
Empeñoso y diligente,
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido.

II

Ninguno me hable de penas,
Porque yo penando vivo,
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté,
Que suele quedarse a pie
El gaucho más alvertido.

Junta experiencia en la vida
Hasta pa dar y prestar
Quien la tiene que pasar

Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo,
Cuartiandoló la esperanza,
Y a poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias a empujones.
¡La pucha!, que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas.

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
Cómo pasaba sus días.

Entonces... cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo
Y los gallos con su canto
Nos decían que el día llegaba,
A la cocina rumbiaba
El gaucho... que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
Tapadita con su poncho.

Y apenas la madrugada
Empezaba a coloriar,
Los pájaros a cantar
Y las gallinas a apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos, relinchando,
Los llaman dende el pelenque.

El que era pion domador
Enderezaba al corral,
Ande estaba el animal
Bufidos que se las pela...,
Y, más malo que su agüela,
Se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto el potro enriendó
Los cueros le acomodó,
Y se le sentó en seguida,
Que el hombre muestra en la vida
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcoviando
Pedazos se hacía el sotreta,
Mientras él por las paletas

Le jugaba las lloronas,
Y al ruido de las caronas
Salía haciéndose gambetas.

¡Ah tiempos!... Era un orgullo
Ver jinetiar un paisano.
Cuando era gaucho baquiano,
Aunque el potro se boliase,
No había uno que no parase
Con el cabestro en la mano.

Y mientras domaban unos,
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y ansí sin sentir pasaban
Entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
En la cocina riunidos,
Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos
Hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al día siguiente
Las fainas del día anterior.

Ricuerdo, ¡qué maravilla!,
Cómo andaba la gauchada,
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero hoy en el día..., ¡barajo!,
No se la ye de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenía tropilla de un pelo;
No le faltaba un consuelo
Y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista,
Sólo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!,
Tanto gaucho pialador
Y tironiador sin yel.
¡Ah tiempos.!..; pero si en él
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
Más bien era una junción,
Y después de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana
Vivía bajo la carreta,
Y aquel que no era chancleta,

En cuanto el goyete vía,
Sin miedo se le prendía
Como güérfano a la teta.

Y ¡qué jugadas se armaban
Cuando estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos,
Pues en tales ocasiones,
A ayudarles a los piones
Caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
Y alboroto pa el hembraje,
Pa preparar los potajes
Y osequiar bien a la gente;
Y ansí, pues, muy grandemente,
Pasaba siempre el gauchaje.

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada,
Los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino,
Que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
Con toda siguridá;
Pero aura..., ¡barbaridá.,
La cosa anda tan fruncida,
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.

Pues si usté pise en su rancho
Y si el alcalde lo sàbe,
Lo caza lo mesmo que ave,
Aunque su mujer aborte...
¡No hay tiempo que no se acabe
Ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto
Si el alcalde lo bolea,
Pues ay no más se le apea
Con una felpa de palos.
Y después dicen que es malo
El gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan a golpes
Y le rompen la cabeza,
Y luego, con ligereza,
Ansí lastimao y todo,
Lo amarran codo con codo
Y pa el cepo lo enderiezan.

Ay comienzan sus desgracias,
Ay principia el pericón;
Porque ya no hay salvación,
Y que usté quiera o no quiera,
Lo mandan a la frontera
O lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males,
Lo mesmo que los de tantos.
Si gustan... en otros cantos

Les diré lo que he sufrido.
Después que uno está... perdido
No lo salvan ni los santos.

III

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer;
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera.
Y ¡qué iba a hallar al volver!
Tan sólo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho,
Como el pájaro en su nido.
Allí mis hijos queridos
Iban creciendo a mi lao...
Sólo queda al desgraciao
Lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
Era cuando había más gente
Ponerme medio caliente,
Pues cuando puntiao me encuentro
Me salen coplas de adentro
Como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez
En una gran diversión,
Y aprovechó la ocasión

Como quiso el juez de paz:
Se presentó, y ay no más
Hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
Y lograron escapar.
Yo no quise disparar:
Soy manso y no había por qué.
Muy tranquilo me quedé
Y ansí me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
Y una mona que bailaba
Haciéndonos rair estaba
Cuando le tocó el arreo.
¡Tan grande el gringo y tan feo!
¡Lo viera cómo lloraba!

Hasta un inglés zangiador
Que decía en la última guerra
Que él era de Inca la perra
Y que no quería servir,
Tuvo también que juír
A guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron
De esa arriada de mi flor;
Fué acoyarao el cantor
Con el gringo de la mona;
A uno solo, por favor,
Logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
Con los que del baile arriaron;
Con otros nos mesturaron,
Que habían agarrao también.
Las cosas que aquí se ven
Ni los diablos las pensaron.

A mí el juez me tomó entre ojos
En la última votación.
Me le había hecho el remolón
Y no me arrimé ese día,
Y él dijo que yo servía
A los de la exposición.

Y así sufrí ese castigo
Tal vez por culpas ajenas.
Que sean malas o sean güenas
Las listas, siempre me escondo.
Yo soy un gaucho redondo
Y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
Más promesas que a un altar.
El juez nos jué a proclamar
Y nos dijo muchas veces:
—«Muchachos, a los seis meses
»Los van a ir a revelar.»

Yo llevé un moro de número.
¡Sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho

Más plata que agua bendita.
Siempre el gaucho necesita
Un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
Con las prendas que tenía.
Jergas, poncho, cuanto había
En casa, tuito lo alcé.
A mi china la dejé
Media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca;
Esa ocasión eché el resto:
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y manea...
¡El que hoy tan pobre me vea
Tal vez no crerá todo esto!

Ansí en mi moro escarciando
Enderecé a la frontera.
¡Aparcero!, si usté viera
Lo que se llama Cantón...
Ni envidia tengo al ratón
En aquella ratonera.

De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron;
Los más viejos rezongaron,
Pero a uno que se quejó
En seguida lo estaquiaron
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El jefe nos cantó el punto,
Diciendo: —«Quinientos juntos
»Llevará el que se resierte;
»Lo haremos pitar del juerte;
»Más bien dése por dijunto.»—

A naides le dieron armas,
Pues toditas las que había
El coronel las tenía,
Sigún dijo esa ocasión,
Pa repartirlas el día
En que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
De haraganes, criando sebo;
Pero después... no me atrevo
A decir lo que pasaba...
¡Barajo!..., si nos trataban
Como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle
Por los lomos con la espada,
Y aunque usté no hiciera nada
Lo mesmito que en Palermo,
Le daban cada cepiada
Que lo dejaban enfermo.

Y ¡qué indios ni qué servicio!
¡Si allí no había ni cuartel!
Nos mandaba el coronel

A trabajar en sus chacras,
Y dejábamos los vacas
Que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
Y después hice un corral.
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quincho, corté paja...
¡La pucha!, que se trabaja
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo
Se le apean como un plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
A mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
En esos trabajos duros;
Y los indios, le asiguro,
Dentraban cuando querían:
Como no los perseguían
Siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
Del campo la descubierta
Que estuviéramos alerta,
Que andaba adentro la indiada,
Porque había una rastrillada
O estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía
La orden de hacer la riunión,
Y cáibamos al cantón
En pelos y hasta enancaos.
Sin armas, cuatro pelaos,
¡Qué íbamos a hacer jabón!

Ay empezaba el afán,
Se entiende, de puro vicio,
De enseñarle el ejercicio
A tanto gaucho recluta
Con un estrutor..., ¡qué... bruta!,
Que nunca sabía su oficio.

Daban entonces las armas
Pa defender los cantones,
Que eran lanzas y latones
Con ataduras de tiento.
Las de juego no las cuento
Porque no había municiones.

Y chamuscao un sargento,
Me contó que las tenían,
Pero que ellas las vendían
Para cazar avestruces;
Y ansí, andaban noche y día
Déle bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los indios
Con lo que habían manotiao,
Salíamos muy apuraos

A perseguirlos de atrás;
Si no se llevaban más
Es porque no habían hallao.

Allí sí se ven desgracias
Y lágrimas y afliciones;
Naides le pide perdones
Al indio, pues donde entra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos
Los mata del mesmo modo,
Que el indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda,
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha.
Ande enderieza abre brecha,
Pues no hay lanzazo que pierda.

Hace trotiadas tremendas
Dende el fondo del desierto;
Ansí llega medio muerto
De hambre, de sé y de fatiga;
Pero el indio es una hormiga
Que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
Como naides las maneja.
Cuanto el contrario se aleja
Manda una bola perdida,
Y si lo alcanza, sin vida
Es siguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga
De duro para espichar;
Si lo llega a destripar
Ni siquiera se le encoge;
Luego, sus tripas recoge,
Y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
Y después se iban de arriba;
Se llevaban las cautivas,
Y nos contaban que a veces
Les descarnaban los pieses,
A las pobrecitas, vivas.

¡Ah, si partía el corazón
Ver tantos males, canejo!
Los perseguíamos de lejos
Sin poder ni galopiar;
Y ¿qué habíamos de alcanzar
En unos bichocos viejos?

Nos volvíamos al cantón
A las dos o tres jornadas,
Sembrando las caballadas;

Y pa que alguno la venda,
Rejuntábamos la hacienda
Que habían dejao rezagada.

Una vez, entre otras muchas,
Tanto salir al botón,
Nos pegaron un malón
Los indios, y una lanciada,
Que la gente, acobardada
Quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos
Aguaitando atrás de un cerro...
¡Lo viera a su amigo Fierro
Aflojar como un blandito!
Salieron como maíz frito
En cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos,
Aunque ellos eran bastantes;
La formamos al instante
Nuestra gente, que era poca,
Y golpiándose en la boca
Hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra.
No soy manco pa la guerra,
Pero tuve mi jabón,
Pues iba en un redomón
Que había boliao en la sierra.

¡Qué vocerío!, ¡qué barullo!
¡Qué apurar esa carrera!
La indiada todita entera
Dando alaridos cargó.
¡Jué pucha!... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

¡Qué fletes traían los bárbaros!
Como una luz de ligeros.
Hicieron el entrevero,
Y en aquella mescolanza,
Este quiero, éste no quiero,
Nos escogían con la lanza.

Al que le dan un chuchazo,
Dificultoso es que sane.
En fin, para no echar panes,
Salimos por esas lomas
Lo mesmo que las palomas
Al juir de los gavilanes.

Es de almirar la destreza
Con que la lanza manejan.
De perseguir nunca dejan,
Y nos traiban apretaos.
¡Si queríamos, de apuraos,
Salirnos por las orejas!

Y pa mejor de la fiesta,
En esa aflición tan suma,
Vino un indio echando espuma

Y con la lanza en la mano
Gritando: —«Acabau, cristiano,
Metau el lanza hasta el pluma.»—

Tendido en el costillar,
Cimbrando por sobre el brazo
Una lanza como un lazo,
Me atropelló dando gritos.
Si me descuido..., el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo o me encojo,
Siguro que no me escapo.
Siempre he sido medio guapo;
Pero en aquella ocasión
Me hacía buya el corazón
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
Y lo engatusé a cabriolas....
¡Pucha!..., si no traigo bolas
Me achura el indio ese día.

Era el hijo de un cacique,
Sigún yo lo avirigüé.
La verdá del caso jué
Que me tuvo apuradazo,
Hasta que al fin de un bolazo
Del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo
Y lo pisé en las paletas;
Empezó a hacer morisquetas
Y a mezquinar la garganta.
Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la jeta.

Allí quedó de mojón
Y en su caballo salté;
De la indiada disparé,
Pues si me alcanza, me mata;
Y al fin me les escapé
Con el hilo de una pata.

IV

Seguiré esta relación,
Aunque pa chorizo es largo.
El que pueda, hágase cargo
Cómo andaría de matrero
Después de salvar el cuero
De aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento,
Porque andaba disparando.
Nosotros de cuando en cuando
Solíamos ladrar de pobres:
Nunca llegaban los cobres
Que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos daba horror;
Les juro que era un dolor
Ver esos hombres, ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca;
Mis trapos sólo pa yesca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Jué quedando poco a poco.
Ya me tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
Era cuanto me quedaba;
La había agenciao a la taba
Y ella me tapaba el bulto.
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto.

Y pa mejor, hasta el moro
Se me jué de entre las manos.
No soy lerdo..., pero, hermano,

Vino el comendante un día
Diciendo que lo quería
«Pa enseñarle a comer grano».

Afiguresé cualquiera
La suerte de este su amigo
A pie y mostrando el umbligo,
Estropiao, pobre y desnudo.
Ni por castigo se pudo
Hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses,
Y vino el año siguiente,
Y las cosas igualmente
Siguieron del mesmo modo.
Adrede parece todo
Para aburrir a la gente.

No teníamos más permiso
Ni otro alivio la gauchada
Que salir de madrugada,
Cuando no había indio ninguno,
Campo ajuera, a hacer boliadas,
Desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
Con los fletes aplastaos;
Pero a veces, medio aviaos,
Con plumas y algunos cueros,
Que ay no más, con el pulpero
Los teníamos negociaos.

Era un amigo del jefe
Que con un boliche estaba;
Yerba y tabaco nos daba
Por la pluma de avestruz,
Y hasta le hacía ver la luz
Al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
Y unas barricas vacías,
Y a la gente le vendía
Todo cuanto precisaba.
A veces creiba que estaba
Allí la proveduría.

¡Ah pulpero habilidoso!;
Nada le solía faltar,
¡Ay juna!, y para tragar
Tenía un buche de ñandú.
La gente le dió en llamar
«El boliche de virtú».

Aunque es justo que quien vende
Algún poquitito muerda,
Tiraban tanto la cuerda
Que con sus cuatro limetas
El cargaba las carretas
De plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
Con más cuentas que un rosario,
Cuando se anunció un salario

Que iban a dar, o un socorro;
Pero sabe Dios qué zorro
Se lo comió al comisario,

Pues nunca lo vi llegar;
Y al cabo de muchos días,
En la mesma pulpería
Dieron una *buena cuenta*,
Que la gente, muy contenta,
De tan pobre, recebía.

Sacaron unos sus prendas
Que las tenían empeñadas;
Por sus deudas atrasadas
Dieron otros el dinero;
Al fin de fiesta el pulpero
Se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón
Dando tiempo a que pagaran,
Y poniendo güena cara
Estuve haciéndome el poyo,
A esperar que me llamaran
Para recibir mi boyo.

Pero ay me pude quedar
Pegao pa siempre al horcón:
Ya era casi la oración
Y ninguno me llamaba.
La cosa se me ñublaba.
Y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
Vi al mayor, y lo fi a hablar.
Yo me le empecé a atracar,
Y como con poca gana
Le dije: —«Tal vez mañana
»Acabarán de pagar.»

—«¡Qué mañana ni otro día!»—
Al punto me contestó.—
«La paga ya se acabó,
»Siempre has de ser animal.»—
Me rai y le dije: —«Yo...
»No he recebido ni un rial.»

Se le pusieron los ojos
Que se le querían salir,
Y ay no más volvió a decir,
Comiéndome con la vista:
—«Y ¿qué querés recebir
»Si no has dentrao en la lista?»

«Esto sí que es amolar»,
Dije yo pa mis adentros.
«Van dos años que me encuentro,
»Y hasta aura he visto ni un grullo;
»Dentro en todos los barullos,
»Pero en las listas no dentro.»

Vide el plaito mal parao
Y no quise aguardar más:
Es güeno vivir en paz

Con quien nos ha de mandar.
Y reculando pa atrás
Me le empecé a retirar.

Supo todo el comendante
Y me llamó al otro día,
Diciendomé que quería
Averiguar bien las cosas,
Que no era el tiempo de Rosas,
Que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
Y empezó la indagación
Si había venido al cantón
En tal tiempo o en tal otro...
Y si había venido en potro,
En reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
Al ñudo, y hacer papel.
Conocí que era pastel
Pa engordar con mi guayaca;
Mas si voy al coronel
Me hacen bramar en la estaca.

¡Ah hijos de una...!, la codicia
Ojala les ruempa el saco.
Ni un pedazo de tabaco
Le dan al pobre soldao,
Y lo tienen de delgao
Más ligero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,
Charavón en el desierto;
Más bien me daba por muerto
Pa no verme más fundido;
Y me les hacía el dormido,
Aunque soy medio dispierto.

V

Yo andaba desesperao,
Aguardando una ocasión
Que los indios un malón
Nos dieran y entre el estrago
Hacermelés cimarrón
Y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
Ni defender la frontera:
Aquello era ratonera
En que sólo gana el juerte;
Era jugar a la suerte
Con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
Los milicos se hacen piones
Y andan en las poblaciones
Emprestaos pa trabajar;
Los rejuntan pa peliar
Cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
Muchos jefes con estancia,
Y piones en abundancia,
Y majadas y rodeos;
He visto negocios feos,
A pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
La barunda componer.
Para eso no ha de tener
El jefe que esté de estable
Mas que su poncho y su sable,
Su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
Que aquel mal no tiene cura,
Que tal vez mi sepoltura
Si me quedo iba a encontrar,
Pensé en mandarme mudar
Como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche,
¡Qué estaquiada me pegaron!;
Casi me descoyuntaron
Por motivo de una gresca.
¡Ay juna, si me estiraron
Lo mesmo que guasca fresca!

Jamás me puedo olvidar
Lo que esa vez me pasó:
Dentrando una noche yo

Al fortín, un enganchao
Que estaba medio mamao
Allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
Que nada se le entendía.
Quién sabe de ande sería!
Tal vez no juera cristiano,
Pues lo único que decía
Es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela,
Y por causa del peludo
Verme más claro no pudo
Y ésa fué la culpa toda:
El bruto se asustó al ñudo
Y fi el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar:
—«*¿Quén vivore?*»—preguntó;
—«*Qué vivoras*»—dije yo;
—«*Ha garto*»—me pegó el grito,
Y yo dije despacito:
—«*Más lagarto serás vos.*»

Ay no más, ¡Cristo me valga!,
Rastrillar el jusil siento;
Me agaché, y en el momento
El bruto me largó un chumbo:
Mamao, me tiró sin rumbo,
Que si no, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
Se alborotó el avispero;
Los oficiales salieron
Y se empezó la junción:
Quedó en su puesto el nación,
Y yo fi al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo;
Vino el mayor medio en pedo,
Y allí se puso a gritar:
—«Pícaro, te he de enseñar
»Andar reclamando sueldos.»—

De las manos y las patas
Me ataron cuatro cinchones;
Les aguanté los tirones
Sin que ni un ¡ay! se me oyera,
Y al gringo la noche entera
Lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el Gobierno
Nos manda aquí a la frontera
Gringada que ni siquiera
Se sabe atracar a un pingo.
¡Si creerá al mandar un gringo
Que nos manda alguna fiera!

No hacen mas que dar trabajo,
Pues no saben ni ensillar,
No sirven ni pa carniar,

Y yo he visto muchas veces
Que ni voltiadas las reses
Se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
Lengüetiando pico a pico,
Hasta que viene un milico
A servirles el asao;
Y, eso sí, en lo delicaos
Parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente;
Si yela, todos tiritan;
Si usté no les da, no pitan
Por no gastar en tabaco,
Y cuando pescan un naco
Uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
Como perro que oye truenos.
¡Qué diablos!, sólo son güenos
Pa vivir entre maricas.
Y nunca se andan con chicas
Para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos:
No hay ejemplo de que entiendan,
Ni hay uno solo que aprienda,
Al ver un bulto que cruza,
A saber si es avestruza
O si es jinete o hacienda.

Si salen a perseguir,
Después de mucho aparato,
Tuitos se pelan al rato
Y va quedando el tendal.
Esto es como en un nidal
Echarle güevos a un gato.

VI

Vamos dentrando recién
A la parte más sentida,
Aunque es todita mi vida
De males una cadena.
A cada alma dolorida
Le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
A rejuntar caballada,
Y riunir la milicada
Teniéndola en el cantón,
Para una despedición
A sorprender a la indiada.

Nos anunciaban que iríamos
Sin carretas ni bagajes
A golpiar a los salvajes
En sus mesmas tolderías;
Que a la güelta pagarían,
Licenciándolo, al gauchaje.

Que en esta despedición
Tuviéramos la esperanza,
Que iba a venir sin tardanza,
Sigún el jefe contó,
Un menistro o qué sé yo,
Que le llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el ejército
Y tuitos los batallones,
Y que traiba unos cañones
Con más rayas que un cotín.
¡Pucha!, las conversaciones
Por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
A los zorros de mi laya;
Que el menistro venga o vaya,
Poco le importa a un matrero:
Yo también dejé las rayas...
En los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,
Siempre pronto, siempre listo.
Yo soy un hombre, ¡qué Cristo!,
Que nada me ha acobardao,
Y siempre salí parao
En los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
La vida con mi trabajo,
Y aunque siempre estuve abajo

Y no sé lo que es subir,
También el mucho sufrir
Suele cansarnos, ¡barajo!

En medio de mi inorancia
Conozco que nada valgo;
Soy la liebre o soy el galgo
A sigún los tiempos andan;
Pero también los que mandan
Debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
Estaban en la carpeta
Empinando una limeta
El jefe y el juez de paz,
Yo no quise aguardar más,
Y me hice humo en un sotreta.

Para mí el campo son flores
Dende que libre me veo;
Donde me lleva el deseo
Allí mis pasos dirijo,
Y hasta en las sombras, de fijo
Que a donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
Sin que me espante el estrago;
No aflojo al primer amago
Ni jamás fi gaucho lerdo;
Soy pa rumbiar con o el cerdo,
Y pronto caí a mi pago.

Volvía al cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Resertor, pobre y desnudo,
A procurar suerte nueva;
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho;
¡Sólo estaba la tapera!
Por Cristo, si aquello era
Pa enlutar el corazón.
Yo juré en esa ocasión
Ser más malo que una fiera.

¡Quién no sentirá lo mesmo
Cuando ansí padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué.
¡Ay mi Dios!, si me quedé
Más triste que Jueves Santo.

Sólo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó;
El pobre se guareció
Cerca, en una vizcachera;
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda,
Que era todito mi haber;
Pronto debíamos volver,

Sigún el juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes la mujer.

Después me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron,
La hacienda se la vendieron
Pa pagar arrendamientos,
Y qué sé yo cuántos cuentos;
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos,
Entre tantas aflicciones
Se conchavaron de pione;
Mas, ¡qué iban a trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

Por ay andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor.
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba a su hermano.
Puede ser que algún cristiano
Los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer,
Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué gavilán:
Sin duda a buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
Lo que a algún otro le sobre:
Si no le quedó ni un cobre,
Sino de hijos un enjambre,
¿Qué más iba a hacer la pobre
Para no morirse de hambre?

¡Tal vez no te vuelva a ver,
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección,
Ya que no me la dio a mí.
Y a mis hijos, dende aquí
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por ay sin madre;
Ya se quedaron sin padre,
Y ansí la suerte los deja
Sin naides que los proteja
Y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa qué ponerse,
Ni poncho con qué taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión.
Puede que alguna ocasión,

Aunque los vean tiritando,
Los echen de algún jogón
Pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
Como se espanta a los perros,
Irán los hijos de Fierro,
Con la cola entre las piernas,
A buscar almas más tiernas
O esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego
Voy a pedir mi bolada:
A naides le debo nada,
Ni pido cuartel ni doy,
Y ninguno dende hoy
Ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero
Y seré gaucho matrero
En mi triste circunstancia:
Aunque es mi mal tan projundo,
Nací y me he criao en estancia,
Pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,
Le conozco sus cucañas,
Sé cómo hacen la partida,
La enriedan y la manejan.
Deshaceré la madeja,
Aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
A meterse en tanto engorro,
O si no aprétese el gorro
O para otra tierra emigre;
Pero yo ando como el tigre
Que le roban los cachorros.

Aunque muchos creen que el gaucho
Tiene una alma de reyuno,
No se encontrará ninguno
Que no lo dueblen las penas;
Mas no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

VII

De carta de más me vía
Sin saber a dónde dirme;
Mas dijeron que era vago
Y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males,
Van poco a poco creciendo,
Y ansina me vide pronto
Obligado a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,
Y a más, era resertor;
No tenía una prenda güena
Ni un peso en el tirador.

A mis hijos, infelices,
Pensé volverlos a hallar,
Y andaba de un lao al otro
Sin tener ni qué pitar.

Supe una vez, por desgracia,
Que había un baile por allí,
Y medio desesperao
A ver la milonga fui.

Riunidos al pericón
Tantos amigos hallé,
Que alegre de verme entre ellos
Esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
Por peliar me dio la tranca,
Y la emprendí con un negro
Que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena,
Que no hacía caso de naides,
Le dije con la mamúa:
—«Va...ca...yendo gente al baile.»—

La negra entendió la cosa
Y no tardó en contestarme,
Mirándome como a perro:
—«Más *vaca* será su madre.»—

Y dentró al baile muy tiesa,
Con más cola que una zorra,

Haciendo blanquiar los dientes
Lo mesmo que mazamorra:

—«Negra linda»—dije yo.
—«Me gusta ... pa la carona»—
Y me puse a talariar
Esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios;
»A los mulatos, San Pedro;
»A los negros hizo el diablo
»Para tizón del infierno.»

Había estao juntando rabia
El moreno dende ajuera:
En lo escuro le brillaban
Los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,
Me acerqué y le dije presto:
—«Po...r...rudo que un hombre sea,
»Nunca se enoja por esto.»—

Corcobió el de los tamangos,
Y creyendosé muy fijo:
—«Más *porrudo* serás vos,
»Gaucho rotoso»—me dijo.

Y ya se me vino al humo,
Como a buscarme la hebra,
Y un golpe le acomodé
Con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de hollín
Más gruñidos que un chanchito,
Y pelando el envenao
Me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
Diciendolés: —«Caballeros,
»Dejen venir ese toro.
»Solo nací..., solo muero.»—

El negro, después del golpe
Se había el poncho refalao
Y dijo: —«Vas a saber
»Si es solo o acompañao.»—

Y mientras se arremangó,
Yo me saqué las espuelas,
Pues malicié que aquel tío
No era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
Pa refrescar un mamao:
Hasta la vista se aclara
Por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
Como a quererme comer;
Me hizo dos tiros seguidos
Y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
Que era de lima de acero;

Le hice un tiro, lo quitó
Y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas
Un planazo le asenté
Que lo largué culebriando
Lo mesmo que buscapié.

Le coloriaron las motas
Con la sangre de la herida,
Y volvió a venir furioso
Como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
Por los ojos el cuchillo,
Alcanzando con la punta
A cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
Y me le afirmé al moreno,
Dandolé de punta y hacha
Pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
En el cuchillo lo alcé,
Y como un saco de güesos
Contra un cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
Y ya cantó pa el carnero.
Nunca me puedo olvidar
De la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,
Con los ojos como agí,
Y empezó, la pobre, allí
A bramar como una loba.
Yo quise darle una soba
A ver si la hacía callar;
Mas pude reflesionar
Que era malo en aquel punto,
Y por respeto al dijunto
No la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
Desaté mi redomón,
Monté despacio y salí
Al tranco pa el cañadón

Después supe que al finao
Ni siquiera lo velaron,
Y retobao en un cuero
Sin rezarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces,
Cuando es la noche serena,
Suele verse una luz mala
Como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces,
Para que no pene tanto,
De sacar de allí los güesos
Y echarlos al campo santo.

VIII

Otra vez, en un boliche
Estaba haciendo la tarde;
Cayó un gaucho que hacía alarde
De guapo y de peliador.

A la llegada metió
El pingo hasta la ramada,
Y yo sin decirle nada
Me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
Que naides lo reprendía,
Que sus enriedos tenía
Con el señor comendante;

Y como era protegido,
Andaba muy entonao,
Y a cualquiera desgraciao
Lo llevaba por delante.

¡Ah, pobre!, si él mismo creiba
Que la vida le sobraba.
Ninguno diría que andaba
Aguaitandoló la muerte.

Pero ansí pasa en el mundo,
Es ansí la triste vida:
Pa todos está escondida
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo; al dentrar
Le dio un empeyón a un vasco,
Y me alargó un medio frasco
Diciendo: —«Beba, cuñao.»—
—«Por su hermana»—contesté,—
«Que por la mía no hay cuidao.»—

—«¡Ah gaucho!»—me respondió;—
«¿De qué pago será crioyo?
»¿Lo andará buscando el hoyo?
»¿Deberá tener güen cuero?
»Pero ande bala este toro
»No bala ningún ternero.»—

Y ya salimos trenzaos,
Porque el hombre no era lerdo;
Mas como el tino no pierdo
Y soy medio ligerón,
Le dejé mostrando el sebo
De un revés con el facón.

Y como con la justicia
No andaba bien por allí,
Cuanto pataliar lo vi
Y el pulpero pegó el grito,
Ya pa el palenque salí,
Como haciendomé chiquito.

Monté y me encomendé a Dios,
Rumbiando para otro pago;
Que el gaucho que llaman vago

No puede tener querencia,
Y ansí, de estrago en estrago.
Vive llorando la ausencia.

El anda siempre juyendo.
Siempre pobre y perseguido;
No tiene cueva ni nido,
Como si juera maldito;
Porque el ser gaucho..., ¡barajo!,
El ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta:
Lo larga éste, aquél lo toma;
Nunca se acaba la broma.
Dende chico se parece
Al arbolito que crece
Desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
Aquel que nació en la selva;
«Buscá madre que te envuelva»,
Se dice el flaire y lo larga,
Y dentra a cruzar el mundo
Como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
Como oveja sin trasquila,
Mientras su padre en las filas
Anda sirviendo al Gobierno.
Aunque tirite en invierno,
Naide lo ampara ni asila.

Le llaman gaucho mamao
Si lo pillan divertido,
Y que es mal entretenido
Si en un baile lo sorprienden;
Hace mal si se defiende
Y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
Ni amigos, ni protetores;
Pues todos son sus señores,
Sin que ninguno lo ampare.
Tiene la suerte del güey,
Y ¿dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo a algún mamón,
Lo persiguen como a plaito
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ay
Lo dan güelta panza arriba,
No hay una alma compasiva
Que le rece una oración;
Tal vez como cimarrón
En una cueva lo tiran.

El nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra;
No le perdonan si yerra,

Que no saben perdonar,
Porque el gaucho en esta tierra
Sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones,
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre;
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto;
Si no aguanta, es gaucho malo.
¡Déle azote, déle palo!
Porque es lo que él necesita.
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Vamos, suerte, vamos juntos,
Dende que juntos nacimos;
Y ya que juntos vivimos
Sin podernos dividir,
Yo abriré con mi cuchillo
El camino pa seguir.

IX

Matreriando lo pasaba
Y a las casas no venía.
Solía arrimarme de día;

Mas, lo mesmo que el carancho,
Siempre estaba sobre el rancho
Espiando a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
Como zorro perseguido,
Hasta que al menor descuido
Se lo atarazquen los perros,
Pues nunca le falta un yerro
Al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece,
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma,
Con las tristezas del alma
Al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja,
Y a la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao;
Pero el gaucho desgraciao
No tiene a quien dar su queja.

Ansí es que al venir la noche
Iba a buscar mi guarida,
Pues ande el tigre se anida
También el hombre lo pasa,
Y no quería que en las casas
Me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
Cumpliendo con sus deberes,
Yo tengo otros pareceres,
Y en esa conduta vivo;
Que no debe un gaucho altivo
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,
Más matrero que el venao,
Como perro abandonao,
A buscar una tapera,
O en alguna vizcachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá,
Entre tanta oscuridá
Anda el gaucho como duende;
Allí jamás lo sorpriende
Dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
Su guardia es la precaución,
Su pingo es la salvación,
Y pasa uno en su desvelo
Sin más amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

Ansí me hallaba una noche,
Contemplando las estrellas,
Que le parecen más bellas

Cuanto uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga criao
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño,
Y siempre con alegría
Ve salir las tres Marías;
Que si llueve, cuanto escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen dotores,
Sólo vale la esperencia;
Aquí verían su inocencia
Esos que todo lo saben;
Porque esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
Pasarse noches enteras
Contemplando en sus carreras
Las estrellas que Dios cría,
Sin tener más compañía
Que su soledá y las fieras.

Me encontraba, como digo,
En aquella soledá,
Entre tanta oscuridá,
Echando al viento mis quejas,
Cuando el grito del chajá
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar;
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos jinetes
Conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
No debe tener confianza;
Ansí, tendido de panza,
Puse toda mi atención,
Y ya escuché sin tardanza
Como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
Que yo me puse en cuidao:
Tal vez me hubieran bombiao
Y me venían a buscar;
Mas no quise disparar,
Que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
Y eché de giñebra un taco;
Lo mesmito que el mataco
Me arroyé con el porrón:
«Si han de darme pa tabaco,
Dije, ésta es buena ocasión.»

Me refalé las espuelas,
Para no peliar con grillos;
Me arremangué el calzoncillo

Y me ajusté bien la faja,
Y en una mata de paja
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
El flete en el pasto até,
La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquél,
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí
Y que ay no más se pararon,
Los pelos se me erizaron,
Y aunque nada vían mis ojos,
—«No se han de morir de antojo»—
Les dije cuanto llegaron.

Yo quise hacerles saber
Que allí se hallaba un varón;
Les conocí la intención,
Y solamente por eso
Fue que les gané el tirón,
Sin aguardar voz de preso.

—«Vos sos un gaucho matrero»—
Dijo uno, haciéndose el güeno.—
«Vos matastes un moreno
»Y otro en una pulpería,
»Y aquí está la polecía,

»Que viene a justar tus cuentas;
»Te va a alzar por las cuarenta
»Si te resistís hoy día.»—

—«No me vengan—contesté—
»Con relación de dijuntos;
»Esos son otros asuntos;
»Vean si me pueden llevar,
»Que yo no me he de entregar
»Aunque vengan todos juntos.»—

Pero no aguardaron más,
Y se apiaron en montón.
Como a perro cimarrón
Me rodiaron entre tantos;
Yo me encomendé a los santos,
Y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
De un tiro de garabina;
Mas quiso la suerte indina
De aquel maula que me errase,
Y ay no más lo levantase
Lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
Acomodando una bola,
Le hice una dentrada sola
Y le hice sentir el fierro,
Y ya salió como el perro
Cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflición
Y la angurria que tenían,
Que tuitos se me venían
Donde yo los esperaba:
Uno al otro se estorbaba
Y con las ganas no vían.

Dos de ellos, que traiban sables,
Más garifos y resueltos,
En las hilachas envueltos
Enfrente se me pararon,
Y a un tiempo me atropellaron
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso
Y el poncho adelante eché,
Y cuanto le puso el pie
Uno medio chapetón,
De pronto le di el tirón
Y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
El otro se sofrenó;
Entonces le dentré yo,
Sin dejarlo resollar,
Pero ya empezó a aflojar
Y a la pu...n...ta disparó.

Uno que en una tacuara
Había atao una tijera,
Se vino como si juera

Palenque de atar terneros;
Pero en dos tiros certeros
Salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
Venía coloriando el alba,
Y yo dije: «Si me salva
»La Virgen en este apuro,
»En adelante le juro
»Ser más güeno que una malva.»

Pegué un brinco y entre todos
Sin miedo me entreveré;
Echo ovillo me quedé
Y ya me cargó una yunta,
Y por el suelo la punta
De mi facón les jugué.

El más engolosinao
Se me apió con un hachazo;
Se lo quité con el brazo,
De no, me mata los piojos;
Y antes de que diera un paso
Le eché tierra en los dos ojos;

Y mientras se sacudía
Refregandosé la vista,
Yo me le fui como lista,
Y ay no más me le afirmé
Diciendolé: —«Dios te asista.»—
Y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
Sentí que por las costillas
Un sable me hacía cosquillas,
Y la sangre se me heló:
Dende ese momento yo
Me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos
Hasta que pude hacer pie;
Por delante me lo eché
De punta y tajos a un criollo,
Metió la pata en un hoyo,
Y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
Lo tocó un santo bendito
A un gaucho, que pegó el grito,
Y dijo: —«Cruz no consiente
»Que se cometa el delito
»De matar ansí un valiente.»—

Y ay no más se me apareció,
Dentrandolé a la partida:
Yo les hice otra embestida,
Pues entre dos era robo;
Y el Cruz era como lobo
Que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
De dos que lo atropellaron;
Los demás remoliniaron,

Pues íbamos a la fija,
Y a poco andar dispararon
Lo mesmo que sabandija.

Ay quedaban largo a largo
Los que estiraron la jeta;
Otro iba como maleta,
Y Cruz, de atrás, les decía:
—«Que venga otra polecía
»A llevarlos en carreta.»—

Yo junté las osamentas,
Me hinqué y les recé un bendito;
Hice una cruz de un palito
Y pedí a mi Dios clemente
Me perdonara el delito
De haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
A los pobres que murieron;
No sé si los recogieron,
Porque nos fuimos a un rancho,
O si tal vez los caranchos
Ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
Entre los dos al porrón;
En semejante ocasión
Un trago a cualquiera encanta,
Y Cruz no era remolón
Ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
Y nos largamos muy tiesos,
Siguiendo siempre los besos
Al pichel, y, por más señas,
Ibamos como cigüeñas,
Estirando los pescuezos.

—«Yo me voy»—le dije—«amigo,
»Donde la suerte me lleve,
»Y si es que alguno se atreve
»A ponerse en mi camino,
»Yo seguiré mi destino,
»Que el hombre hace lo que debe.

»Soy un gaucho desgraciao,
»No tengo donde ampararme,
»Ni un palo donde rascarme,
»Ni un árbol que me cubije;
»Pero ni aun esto me aflige,
»Porque yo sé manejarme.

»Antes de cair al servicio
»Tenía familia y hacienda;
»Cuando volví, ni la prenda
»Me habían dejao ya.
»Dios sabe en lo que vendrá
»A parar esta contienda.»—

X

CRUZ

Amigazo, pa sufrir
Han nacido los varones.
Estas son las ocasiones
De mostrarse un hombre juerte,
Hasta que venga la muerte
Y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao
Ningun mérito me quita.
Sin ser un alma bendita,
Me duelo del mal ajeno:
Soy un pastel con relleno
Que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
Y desgracias, le prevengo;
También mis desdichas tengo,
Aunque esto poco me aflige:
Yo sé hacerme el chancho rengo
Cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles
Voy viviendo, aunque rotoso;
A veces me hago el sarnoso
Y no tengo ni un granito,
Pero al chifle voy ganoso
Como panzón al maíz frito.

A mí no me matan penas
Mientras tenga el cuero sano;
Venga el sol en el verano
Y la escarcha en el invierno:
Si este mundo es un infierno
¿Por qué afligirse el cristiano?

Hagamoslé cara fiera
A los males, compañero,
Porque el zorro más matrero
Suele cair como un chorlito:
Viene por un corderito
Y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
Males que no tienen nombre;
Pero esto a naides lo asombre
Porque ansina es el pastel;
Y tiene que dar el hombre
Más vueltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
A los brazos de la muerte;
Arrastro mi triste suerte
Paso a paso y como pueda,
Que donde el débil se queda
Se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
Lo que cada cual sufrió,
Que lo que es, amigo, yo

Hago ansí la cuenta mía:
Ya lo pasado pasó,
Mañana será otro dia.

Yo también tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón;
Y si en aquella ocasión
Alguien me hubiera buscao,
Siguro que me había hallao
Más prendido que un botón.

En la güella del querer
No hay animal que se pierda:
Las mujeres no son lerdas,
Y todo gaucho es dotor
Si pa cantarle el amor
Tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de un alma tan dura
Que no quiera una mujer!
Lo alivia en su padecer;
Si no sale calavera
Es la mejor compañera
Que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
Cuando lo ve desgraciao;
Lo asiste con su cuidao
Y con afán cariñoso.
Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
Con aquella prenda mía,
Viviendo con alegría
Como la mosca en la miel.
¡Amigo, qué tiempo aquél!
¡La pucha, que la quería!

Era la águila que a un árbol
Dende las nubes bajó;
Era más linda que el alba
Cuando va rayando el sol;
Era la flor deliciosa
Que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comendante
Que mandaba la milicia,
Como que no desperdicia
Se fue refalando a casa.
Yo le conocí en la traza
Que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo,
Pero no le tenía fe:
Era el jefe y, ya se ve,
No podía competir yo:
En mi rancho se pegó
Lo mesmo que un saguaipé.

A poco andar, corocí
Que ya me había desbancao,
Y él siempre muy entonao,

Aunque sin darme ni un cobre:
Me tenía de lao a lao
Como encomienda de pobre.

A cada rato, de chasque
Me hacía dir a gran distancia;
Ya me mandaba a una estancia,
Ya al pueblo, ya a la frontera;
Pero él en la comendancia
No ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más
El hombre en su padecer
Si no tiene una mujer
Que lo ampare y lo consuele;
Mas pa que otro se la pele
Lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
Le cacaree a mi gallina.
Yo andaba ya con la espina,
Hasta que en una ocasión
Lo pillé junto al jogón
Abrazandomé a la china.

Tenía el viejito una cara
De terrero mal lamido.
Y al verlo tan atrevido
Le dije: —«Que le aproveche;
»Que había sido pa el amor
»Como guacho pa la leche.»—

Peló la espada y se vino
Como a quererme ensartar;
Pero yo, sin tutubiar,
Le volví al punto a decir:
—«Cuidao no te vas a pér...tigo
»Poné cuarta pa salir.»—

Un puntazo me largó,
Pero el cuerpo le saqué,
Y en cuanto se lo quité,
Para no matar un viejo,
Con cuidao, medio de lejos,
Un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
Le falta algun adulón,
Uno que en esa ocasión
Se encontraba allí presente,
Vino apretando los dientes
Como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver
Que el hombre creyó siguro:
Era confiao, y le juro
Que cerquita se arrimaba;
Pero siempre en un apuro
Se desentumen mis tabas.

El me siguió menudiando,
Mas sin poderme acertar;
Y yo, déle culebriar,

Hasta que al fin le dentré
Y ay no más lo despaché
Sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
Al viejito enamorao...
El pobre se había ganao
En un noque de lejía.
¡Quién sabe cómo estaría
Del susto que había llevao!

¡Es zonzo el cristiano macho
Cuando el amor lo domina!
El la miraba a la indina,
Y una cosa tan jedionda
Sentí yo, que ni er la fonda
He visto tal jedentina.

Y le dije: —«Pa su agüela
»Han de ser esas perdices.»—
Yo me tapé las narices
Y me salí esternudando
Y el viejo quedó olfatiando
Como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula,
Señal que quiere cociar.
Ansí se suele portar,
Aunque ella lo disimula:
Recula como la mula
La mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
Y me largué a padecer
Por culpa de una mujer
Que quiso engañar a dos;
Al rancho le dije *adiós*,
Para nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,
Conocí a todas en una;
No vuelvo a probar fortuna
Con carta tan conocida:
¡Mujer y perra parida,
No se me atraca ninguna!

XI

A otros les brotan las coplas
Como agua de manantial;
Pues a mí me pasa igual:
Aunque las mías nada valen,
De la boca se me salen
Como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera,
Ya la siguen las demás,
Y en montones las de atrás
Contra los palos se estrellan,
Y saltan y se atropellan
Sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
Con gran trabajo me esplico,
Cuando llego a abrir el pico,
Tenganló por cosa cierta:
Sale un verso y en la puerta
Ya asoma el otro el hocico.

Y emprestemé su atención,
Me oirá relatar las penas
De que traigo el alma llena,
Porque en toda circunstancia
Paga el gaucho su inorancia
Con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
Me refugié en los pajales;
Anduve entre los cardales
Como bicho sin guarida;
Pero, amigo, es esa vida
Como vida de animales.

Y son tantas las miserias
En que me he sabido ver,
Que con tanto padecer
Y sufrir tanta aflición
Malicio que he de tener
Un callo en el corazón.

Ansí, andaba como guacho
Cuando pasa el temporal.
Supe una vez, por mi mal,

De una milonga que había,
Y ya pa la pulpería
Enderecé mi bagual.

Era la casa del baile
Un rancho de mala muerte,
Y se enllenó de tal suerte
Que andábamos a empujones:
Nunca faltan encontrones
Cuando un pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
Con tamaños verdugones;
Me pusieron los talones
Con crestas como los gallos.
¡Si viera mis afliciones
Pensando yo que eran callos!

Con gato y con fandanguillo
Había empezao el changango,
Y para ver el fandango
Me colé haciendomé bola;
Mas metió el diablo la cola
Y todo se volvió pango.

Había sido el guitarrero
Un gaucho duro de boca.
Yo tengo paciencia poca
Pa aguantar cuando no debo.
A ninguno me le atrevo,
Pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
Con una moza salí,
Y cuanto me vido allí,
Sin duda me conoció,
Y estas coplitas cantó,
Como por rairse de mí:

«Las mujeres son todas
»Como las mulas.
»Yo no digo que todas,
»Pero hay algunas
»Que a las aves que vuelan
»Les sacan plumas.

»Hay gauchos que presumen
»De tener damas.
»No digo que presumen,
»Pero se alaban,
»Y a lo mejor los dejan
»Tocando tablas.»

Se secretiaron las hembras,
Y yo ya me encococoré.
Volié la anca y le grité:
—«Dejá de cantar..., chicharra»—
Y de un tajo a la guitarra
Tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro
Un gringo con un jusil;
Pero nunca he sido vil,

Poco el peligro me espanta:
Yo me refalé la manta
Y la eché sobre candil.

Gané en seguida la puerta
Gritando: —«Naides me ataje»—
Y alborotao el hembraje
Lo que todo quedó escuro,
Empezó a verse en apuro
Mesturao con el gauchaje.

El primero que salió
Fue el cantor, y se me vino;
Pero yo no pierdo el tino
Aunque haiga tomao un trago,
Y hay algunos por mi pago
Que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro;
Le salió cara la broma.
A su amigo, cuando toma
Se le despeja el sentido,
Y el pobrecito había sido
Como carne de paloma.

Para prestar un socorro
Las mujeres no son lerdas:
Antes que la sangre pierda
Lo arrimaron a unas pipas.
Ay lo dejé con las tripas
Como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos
Más libre que el pensamiento,
Como las nubes al viento,
A vivir sin paradero;
Que no tiene el que es matrero
Nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
Que le ha señalao el cielo;
Y aunque no tenga consuelo,
Aguante el que está en trabajo:
¡Naides se rasca pa abajo
Ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
No hay uno que no se entone;
La menor falta lo espone
A andar con los avestruces.
Faltan otros con más luces
Y siempre hay quien los perdone.

XII

Yo no sé qué tantos meses
Esta vida me duró;
A veces nos obligó
La miseria a comer potro:
Me había acompañao con otros
Tan desgraciaos como yo.

Mas ¿para qué platicar
Sobre esos males, canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo
Sin que mejore su suerte,
Hasta que por ay la muerte
Sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
Que no acabe alguna vez,
Me aconteció que después
De sufrir tanto rigor,
Un amigo, por favor,
Me compuso con el juez.

Le alvertiré que en mi pago
Ya no va quedando un criollo:
Se los ha tragao el hoyo,
O juido, o muerto en la guerra.
Porque, amigo, en esta tierra
Nunca se acaba el embrollo.

Colijo que jue por eso
Que me llamó el juez un día
Y me dijo que quería
Hacerme a su lao venir,
Y que dentrase a servir
De soldao de polecía.

Y me largó una proclama
Tratandomé de valiente,
Que yo era un hombre decente

Y que dende aquel momento
Me nombraba de sargento
Pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida,
Pero ¿qué había de mandar?
Anoche al irlo a tomar
Vide güena coyuntura,
Y a mí no me gusta andar
Con la lata a la cintura.

Ya conoce, pues, quién soy;
Tenga confianza conmigo:
Cruz le dió mano de amigo
Y no lo ha de abandonar;
Juntos podemos buscar
Pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
Si es preciso pa salvar.
Nunca nos ha de faltar
Ni un güen pingo para juir,
Ni un pajal ande dormir,
Ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
Nos haiga el tiempo dejao,
Yo le pediré emprestao
El cuero a cualquier lobo,
Y hago un poncho, si lo sobo,
Mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
Y el espinazo cadera;
Hago mi nido ande quiera
Y de lo que encuentro como;
Me echo tierra sobre el lomo
Y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo rodar la bola,
Que algún día ha de parar.
Tiene el gaucho que aguantar
Hasta que lo trague el hoyo
O hasta que venga algún criollo
En esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho
Como carne de cogote;
Lo tratan al estricote;
Y si ansí las cosas andan
Porque quieren los que mandan,
Aguantemos los azotes.

¡Pucha, si usté los oyera
Como yo en una ocasión
Tuita la conversación
Que con otro tuvo el juez!:
Le asiguro que esa vez
Se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos
Con campos en las fronteras;
De sacarla más ajuera

Donde había campos baldidos,
Y llevar de los partidos
Gente que la defendiera.

Todo se güelven proyectos
De colonias y carriles,
Y tirar la plata a miles
En los gringos enganchaos,
Mientras al pobre soldao
Le pelan la chaucha, ¡ah viles!

Pero si siguen las cosas
Como van hasta el presente,
Puede ser que de repente
Veamos el campo desierto
Y blanqueando solamente
Los güesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos
La suerte reculativa.
Trabaja el gaucho y no arriba,
Porque a lo mejor del caso
Lo levantan de un sogazo
Sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros;
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
En un lao pegan los gritos
Y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
A dar con la coyuntura;
Mientras al gaucho lo apura
Con rigor la autoridá,
Ellos a la enfermedá
Le están errando la cura.

XIII

MARTIN FIERRO

Ya veo somos los dos
Astillas del mesmo palo:
Yo paso por gaucho malo
Y usté anda del mesmo modo,
Y yo, pa acabarlo todo,
A los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios,
Que tantos bienes me hizo;
Pero dende que es preciso
Que viva entre los infieles,
Yo seré cruel con los crueles:
Ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son;
Les dio toda perfeción
Y cuanto él era capaz;
Pero al hombre le dio más
Cuando le dio el corazón.

Le dio claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dio vida y movimiento
Dende el águila al gusano;
Pero más le dio al cristiano
Al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dio,
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dio al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dio a las fieras
Esa juria tan inmensa,
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre,
¿Qué menos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba,
Pues los bienes igualaba
Con las penas que le dio.

Y yo, empujao por las mías,
Quiero salir de este infierno.
Ya no soy pichón muy tierno

Y sé manejar la lanza,
Y hasta los indios no alcanza
La facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los caciques
Amparan a los cristianos,
Y que los tratan de «hermanos»
Cuando se van por su gusto.
¿A qué andar pasando sustos?:
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros,
Pero ni aun esto me aterra:
Yo ruedo sobre la tierra
Arrastrao por mi destino,
Y si erramos el camino...
No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no,
De esto naide nos responde;
Derecho ande el Sol se esconde
Tierra adentro hay que tirar;
Algún día hemos de llegar...,
Después sabremos a dónde.

No hemos de perder el rumbo,
Los dos somos güena yunta.
El que es gaucho va ande apunta,
Aunque inore ande se encuentra.
Pa el lao en que el Sol se dentra
Dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos,
Pues, sigún otros me han dicho,
En los campos se hallan bichos
De lo que uno necesita:
Gamas, matacos, mulitas,
Avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el disierto,
Se come uno hasta las colas;
Lo han cruzado mujeres solas,
Llegando al fin con salú,
Y ha de ser gaucho el ñandú
Que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo,
Yo la aguanto muy contento:
Busco agua olfatiando al viento,
Y dende que no soy manco...
Ande hay duraznillo blanco
Cavo y la saco al momento.

Allá habrá seguridá,
Ya que aquí no la tenemos;
Menos males pasaremos
Y ha de haber grande alegría
El día que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo,
Como lo hacen tantos otros,
Con unos cueros de potro,

Que sea sala y sea cocina.
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
Vive uno como un señor.
De cuando en cuando, un malón,
Y si de él sale con vida,
Lo pasa echao panza arriba
Mirando dar güelta el Sol.

Y ya que a juerza de golpes
La suerte nos dejó aflús,
Puede que allá veamos luz
Y se acaben nuestras penas:
Todas las tierras son güenas,
Vamosnos, amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial
Y sentársele a un bagual
Sin miedo de que lo baje,
Entre los mesmos salvajes
No puede pasarlo mal.

El amor, como la guerra,
Lo hace el criollo con canciones.
A más de eso, en los malones
Podemos aviarnos de algo.
En fin, amigo, yo salgo
De estas pelegrinaciones.

(1)

En este punto el cantor
Buscó un porrón pa consuelo,
Echó un trago como un cielo,
Dando fin a su argumento,
Y de un golpe el istrumento
Lo hizo astillas contra el suelo.

—«Ruempo»—dijo—«la guitarra,
»Pa no volverme a tentar;
»Ninguno la ha de tocar,
»Por siguro tenganló,
»Pues naides ha de cantar
»Cuando este gaucho cantó.»—

Y daré fin a mis coplas
Con aire de relación.
Nunca falta un preguntón
Más curioso que mujer,
Y tal vez quiera saber
Cómo jue la conclusión.

Cruz y Fierro, de una estancia
Una tropilla se arriaron;
Por delante se la echaron,
Como criollos entendidos,
Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

(1) Desde aquí hasta el final de esta primera parte del poema habla el autor.

Y cuando la habían pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones,
Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
Se entraron en el desierto.
No sé si los habrán muerto
En alguna correría,
Pero espero que algún día
Sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
Mi relación acabé.
Por ser ciertas las conté
Todas las desgracias dichas:
Es un telar de desdichas
Cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza
En el Dios que los formó;
Y aquí me despido yo,
Que sufren ansí, a mi modo,
MALES QUE CONOCEN TODOS,
PERO QUE NAIDES CANTÓ.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

LA VUELTA DE MARTIN FIERRO

MARTIN FIERRO

I

Atención pido al silencio
Y silencio a la atención,
Que voy en esta ocasión,
Si me ayuda la memoria,
A mostrarles que a mi historia
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto;
Veré si a esplicarme acierto
Entre gente tan bizarra,
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me dispierto.

Siento que mi pecho tiembla,
Que se turba mi razón,
Y de la vigüela al son
Imploro a la alma de un sabio
Que venga a mover mi labio
Y alentar mi corazón.

Si no llego a treinta y una,
De fijo en treinta me planto,
Y esta confianza adelanto
Porque recibí en mí mismo
Con el agua del bautismo
La facultá para el canto.

Tanto el pobre como el rico
La razón me la han de dar;
Y si llegan a escuchar
Lo que esplicaré a mi modo,
Digo que no han de reír todos,
Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
El que tuvo que sufrir,
Y empezaré por pedir
No duden de cuanto digo;
Pues debe crerse al testigo
Si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la Virgen,
Gracias le doy al Señor
Porque entre tanto rigor,
Y habiendo perdido tanto,
No perdí mi amor al canto
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
Otorgó el Eterno Padre;
Cante todo el que le cuadre

Como lo hacemos los dos,
Pues sólo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero..., y es pueta;
Canta el gaucho... y ¡ay Jusús!
Lo miran como avestruz,
Su inorancia los asombra;
Mas siempre sirven las sombras
Para distinguir la luz.

El campo es del inorante;
El pueblo, del hombre estruído;
Ya que en el campo he nacido,
Digo que mis cantos son,
Para los unos..., sonidos,
Y para otros..., intención.

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar;
Mas no quieren opinar
Y se divierten cantando;
Pero yo canto opinando,
Que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda,
Cuanto sabe desembucha,
Y aunque mi cencia no es mucha,
Esto en mi favor previene:
Yo sé el corazón que tiene
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel,
Ni el tiempo lo ha de borrar;
Ninguno se ha de animar
A corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana,
Sino quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
Que del saber hago alarde:
He conocido, aunque tarde,
Sin haberme arrepentido,
Que es pecado cometido
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
Y nada me ladiará;
He de decir la verdá,
De naides soy adulón;
Aquí no hay imitación,
Esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar,
Mucho tiene que saber;
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar;
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan,
Más que las cosas que tratan,
Más que lo que ellos relatan,

Mis cantos han de durar.
Mucho ha habido que mascar
Para echar esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,
Brota un lamento sentido;
Y es tanto lo que he sufrido
Y males de tal tamaño,
Que reto a todos los años
A que traigan el olvido.

Ya verán si me despierto
Cómo se compone el baile;
Y no se sorprenda naides
Si mayor fuego me anima;
Porque quiero alzar la prima
Como pa tocar al aire.

Y con la cuerda tirante,
Dende que ese tono elija,
Yo no he de aflojar manija
Mientras que la voz no pierda,
Si no se corta la cuerda
O no cede la clavija.

Aunque rompí el estrumento
Por no volverme a tentar,
Tengo tanto que contar
Y cosas de tal calibre,
Que Dios quiera que se libre
El que me enseñó a templar.

De naides sigo el ejemplo,
Nadie a dirigirme viene;
Yo digo cuanto conviene,
Y el que en tal güeya se planta,
Debe cantar, cuando canta,
Con toda la voz que tiene.

He visto rodar la bola
Y no se quiere parar;
Al fin de tanto rodar
Me he decidido a venir
A ver si puedo vivir
Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
Y también echar un pial;
Sé correr en un rodeo,
Trabajar en un corral;
Me sé sentar en un pértigo
Lo mesmo que en un bagual.

Y empriestenmé su atención
Si ansí me quieren honrar;
De no, tendré que callar,
Pues el pájaro cantor
Jamás se para a cantar
En árbol que no da flor.

Hay trapitos que golpiar,
Y de aquí no me levanto;
Escuchenmé cuando canto

Si quieren que desembuche.
Tengo que decirles tanto
Que les mando que me escuchen.

Dejenmé tomar un trago.
Estas son otras cuarenta:
Mi garanta está sedienta,
Y de esto no me abochorno,
Pues el viejo, como el horno,
Por la boca se calienta.

II

Triste suena mi guitarra,
Y el asunto lo requiere.
Ninguno alegrías espere,
Sino sentidos lamentos,
De aquel que en duros tormentos
Nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos
Y largarse a tierra ajena
Llevandosé el alma llena
De tormentos y dolores;
Mas nos llevan los rigores
Como el pampero a la arena.

Irse a cruzar el desierto
Lo mesmo que un forajido,
Dejando aquí en el olvido,

Como dejamos nosotros,
Su mujer en brazos de otro
Y sus hijitos perdidos.

Cuántas veces al cruzar
En esa inmensa llanura,
Al verse en tal desventura
Y tan lejos de los suyos,
Se tira uno entre los yuyos
A llorar con amargura.

En la orilla de un arroyo
Solitario lo pasaba,
En mil cosas cavilaba,
Y a una güelta repentina
Se me hacía ver a mi china
O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
Bebe el pingo trago a trago,
Mientras sin ningún halago
Pasa uno hasta sin comer,
Por pensar en su mujer,
En sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
Para el desierto tiramos;
En la pampa nos entramos,
Cayendo por fin del viaje
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía.
Llegamos en mal momento:
Estaban en parlamento
Tratando de una invasión,
Y el indio en tal ocasión
Recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
Cuando nos vieron llegar;
No podíamos aplacar
Tan peligroso hervidero;
Nos tomaron por bomberos
Y nos quisieron lanciar.

Nos quitaron los caballos
A los muy pocos minutos;
Estaban irresolutos,
Quién sabe qué pretendían;
Por los ojos nos metían
Las lanzas aquellos brutos.

Y déle en su lengüeteo
Hacer gestos y cabriolas;
Uno desató las bolas
Y se me vino en seguida:
Ya no creíamos con vida
Salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
Ni esperanza que tener ;
El indio es de parecer

Que siempre matarse debe,
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr.

Cruz se dispuso a morir
Peliando y me convidó.
—«Aguantemos»—dije yo—
«El fuego hasta que nos queme.»—
Menos los peligros teme
Quien más veces los venció.

Se debe ser más prudente
Cuanto el peligro es mayor;
Siempre se salva mejor
Andando con alvertencia,
Porque no está la prudencia
Reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz,
Como a trairnos el perdón.
Nos dijo: —«La salvación
»Se la deben a un cacique;
»Me manda que les esplique
»Que se trata de un malón.

»Les ha dicho a los demás
»Que ustedes queden cautivos,
»Por si cain algunos vivos
»En poder de los cristianos
»Rescatar a sus hermanos
»Con estos dos fugitivos.»—

Volvieron al parlamento
A tratar de sus alianzas,
O tal vez de las matanzas;
Y conforme les detallo,
Hicieron cerco a caballo
Recostandosé en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo
Y allí a lengüetiar se larga;
Quién sabe qué les encarga;
Pero toda la reunión
Lo escuchó con atención
Lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos,
Y ya principia otra danza;
Para mostrar su pujanza
Y dar pruebas de jinete
Dio riendas rayando el flete
Y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,
Frente a cada indio se para,
Lo amenaza cara a cara,
Y en su juria aquel maldito
Acompaña con su grito
El cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
Más feo que la mesma guerra;
Entre una nube de tierra

Se hizo allí una mescolanza
De potros, indios y lanzas,
Con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,
Sigún yo me lo imagino.
Era inmenso el remolino,
Las voces aterradoras,
Hasta que al fin de dos horas
Se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
Y en el centro nos ponían;
Para mostrar que querían
Quitarnos toda esperanza,
Ocho o diez filas de lanzas
Alrededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes
Cuidandonós a porfía;
Cuando roncar parecían,
«*Huaincá*» gritaba cualquiera,
Y toda la fila entera
«*Huaincá*», «*Huaincá*» repetía.

Pero el indio es dormilón
Y tiene un sueño projundo;
Es roncador sin segundo
Y en tal confianza es su vida,
Que ronca a pata tendida
Aunque se dé güelta el mundo.

Nos aviriguaban todo,
Como aquel que se previene,
Porque siempre les conviene
Saber las juerzas que andan,
Dónde están, quiénes las mandan,
Qué caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
Uno hace una exclamación,
Y luego, en continuación,
Aquellos indios feroces,
Cientos y cientos de voces
Repiten al mesmo son.

Y aquella voz de uno solo,
Que empieza por un gruñido,
Llega hasta ser alarido
De toda la muchedumbre,
Y ansí alquieren la costumbre
De pegar esos bramidos.

III

De ese modo nos hallamos
Empeñaos en la partida.
No hay que darla por perdida
Por dura que sea la suerte,
Ni que pensar en la muerte
Sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón,
No teme peligro alguno.
Por encontrarlo oportuno
Allí juramos los dos
Respetar tan sólo a Dios;
De Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece
Y que cortado retoña.
La gente esperta o bisoña
Sufre de infinitos modos:
La tierra es madre de todos,
Pero también da ponzoña.

Más todo varón prudente
Sufre tranquilo sus males.
Yo siempre los hallo iguales
En cualquier senda que elijo:
La desgracia tiene hijos
Aunque ella no tiene madre.

Y al que le toca la herencia,
Dondequiera halla su ruina.
Lo que la suerte destina
No puede el hombre evitar:
Porque el cardo ha de pinchar
Es que nace con espina.

Es el destino del pobre
Un continuo zafarrancho,
Y pasa como el carancho,

Porque el mal nunca se sacia,
Si el viento de la desgracia
Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
Manda también el consuelo;
La luz que baja del cielo
Alumbra al más encumbrao,
Y hasta el pelo más delgao
Hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
Un rigor que lo atormente,
No debe bajar la frente
Nunca, por ningún motivo:
El álamo es más altivo
Y gime constantemente.

El indio pasa la vida
Robando o echao de panza.
La única ley es la lanza
A que se ha de someter.
Lo que le falta en saber
Lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engarzarlo
A un indio caritativo.
Es duro con el cautivo,
Le dan un trato horroroso;
Es astuto y receloso,
Es audaz y vengativo.

No hay que pedirle favor
Ni que aguardar tolerancia.
Movidos por su inorancia
Y de puro desconfiaos,
Nos pusieron separaos
Bajo sutil vigilancia.

No pude tener con Cruz
Ninguna conversación;
No nos daban ocasión.
Nos trataban como ajenos.
Como dos años lo menos
Duró esta separación.

Relatar nuestras penurias
Fuera alargar el asunto.
Les diré sobre este punto
Que a los dos años recién
Nos hizo el cacique el bien
De dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
A la orilla de un pajal.
Por no pasarlo tan mal
En el desierto infinito,
Hicimos como un bendito
Con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí
Nuestra pobre situación,
Aliviando con la unión

Aquel duro cautiverio;
Tristes como un cementerio
Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
Si a rodar se determina;
Primero, cuando camina;
Segundo, cuando descansa,
Pues en aquellas andanzas
Perece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternerito,
En cualquier vaca se prende.
El que es gaucho esto lo entiende
Y ha de entender si le digo
Que andabamós con mi amigo
Como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
Charlabamós mano a mano;
Eramós dos veteranos
Mansos pa las sabandijas,
Arrumbaos como cubijas
Cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
Por más empeño que se haga;
Lo pasa uno como plaga,
Ejercitando la industria,
Y siempre como la nutriá,
Viviendo a orillas del agua.

En semejante ejercicio
Se hace diestro el cazador;
Cai el piche engordador,
Cai el pájaro que trina:
Todo bicho que camina
Va a parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos
La persecución se lleva;
Naide escapa de la leva,
Y dende que la alba asoma
Ya recorre uno la loma,
El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
A cualquier bicho se atreve
Que pluma o cáscara lleve,
Pues cuando la hambre se siente
El hombre le clava el diente
A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
Está el maestro principal,
Que enseña a cada animal
A procurarse el sustento
Y le brinda el alimento
A todo ser racional.

Y aves y bichos y pejes
Se mantienen de mil modos;
Pero el hombre, en su acomodo,

Es curioso de oservar:
Es el que sabe llorar
Y es el que los come a todos.

IV

Antes de aclarar el día
Empieza el indio a aturdir
La pampa con su rugir,
Y en alguna madrugada,
Sin que sintieramós nada
Se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas
En cuevas como peludos;
Y aquellos indios cerdudos,
Siempre llenos de recelos,
En los caballos en pelos
Se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
El mejor flete procuran;
Y como es su arma segura,
Vienen con la lanza sola
Y varios pares de bolas
Atados a la cintura.

De ese modo anda liviano,
No fatiga el mancarrón;
Es su espuela en el malón,

Después de bien afilao,
Un cuernito de venao
Que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
Que se llega a distinguir
Lo cuida hasta pa dormir;
De ese cuidado es esclavo;
Se lo alquila a otro indio bravo
Cuando vienen a invadir.

Por vigilarlo no come
Y ni aun el sueño concilia.
Sólo en eso no hay desidia.
De noche, les asiguro,
Para tenerlo seguro
Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
Si en el caso se han hallao,
Y si no lo han oservao
Tengaló dende hoy presente,
Que todo pampa valiente
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo,
Paso que rinda y que dura;
Viene en direción sigura
Y jamás a su capricho.
No se les escapa bicho
En la noche más escura.

Caminan entre tinieblas
Con un cerco bien formao;
Lo estrechan con gran cuidao
Y agarran al aclarar
Ñanduces, gamas, venaos,
Cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humido
Que se eleva muy arriba,
Y no hay quien no lo aperciba
Con esa vista que tienen:
De todas partes se vienen
A engrosar la comitiva.

Ansina se van juntando,
Hasta hacer esas riuniones
Que cain en las invasiones
En número tan crecido.
Para formarla han salido
De los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
Porque viene como fiera;
Atropella dondequiera
Y de asolar no se cansa.
De su pingo y de su lanza
Toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
Quien aguardarlo se atreva;
Siempre mala intención lleva.

Y como tiene alma grande,
No hay plegaria que lo ablande
Ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
Hace guerra sin cuartel;
Para matar es sin yel,
Es fiero de condición.
No golpea la compasión
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
Del león la temeridá.
En el desierto no habrá
Animal que él no lo entienda,
Ni fiera de que no aprienda
Un istinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie,
No esperen verlo cambiar:
El deseo de mejorar
En su rudeza no cabe:
El bárbaro sólo sabe
Emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe,
Y el pretenderlo es en vano,
Ni cuando festeja ufano
El triunfo en sus correrías.
La risa en sus alegrías
Le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto
Como un animal feroz;
Dan cada alarido atroz
Que hace erizar los cabellos.
Parece que a todos ellos
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
Lo dejan a las mujeres:
El indio es indio y no quiere
Apiar de su condición;
Ha nacido indio ladrón
Y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas
Les mandan sus hechiceras;
Y como ni a Dios veneran,
Nada a los pampas contiene.
Hasta los nombres que tienen
Son de animales y fieras.

Y son, ¡por Cristo bendito!,
Los más desasiaos del mundo.
Esos indios vagabundos,
Con repunancia me acuerdo:
Viven lo mesmo que el cerdo
En esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar
Una miseria mayor;
Su pobreza causa horror.

No sabe aquel indio bruto
Que la tierra no da fruto
Si no la riega el sudor.

V

Aquel desierto se agita
Cuando la invasión regresa.
Llevan miles de cabezas
De vacuno y yeguarizo.
Pa no afligirse es preciso
Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
De pampas—un celemín—;
Cuando riunen el botín
Juntando toda la hacienda,
Es cantidá tan tremenda
Que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
Con las prendas en montón.
Aflige esa destrución.
Acomodaos en cargueros
Llevan negocios enteros
Que han saquiao en la invasión.

Su pretensión es robar,
No quedar en el pantano.
Viene a tierra de cristianos

Como furia del infierno.
No se llevan al Gobierno
Porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contentos
Cuando han venido a la fija.
Antes que ninguno elija
Empiezan con todo empeño,
Como dijo un santiagueño,
A hacerse *la repartija*.

Se reparten el botín
Con igualdá, sin malicia.
No muestra el indio codicia,
Ninguna falta comete:
Sólo en esto se somete
A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
A sus toldos enderieza.
Luego la matanza empieza,
Tan sin razón ni motivo,
Que no queda animal vivo
De esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje
De que su oficio ha cumplido,
Lo pasa por ay tendido
Volviendo a su haraganiar;
Y entra la china a cueriar
Con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro
Algunas puntas se llevan;
Pero hay pocos que se atrevan
A hacer esas incursiones,
Porque otros indios ladrones
Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
Deben de ser los más rudos.
Aunque andan medio desnudos
Ni su conveniencia entienden:
Por una vaca que venden
Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
Las he visto muchos años;
Pero si yo no me engaño
Concluyó ese bandalaje,
Y esos bárbaros salvajes
No podrán hacer más daño.

Las tribus están deshechas;
Los caciques más altivos
Están muertos o cautivos,
Privaos de toda esperanza,
Y de la chusma y de lanza
Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
Hasta pa su diversión,
Pues hacen una junción

Que naides se la imagina.
Recién le toca a la china
El hacer su papelón.

Cuanto el hombre es más salvaje
Trata pior a la mujer.
Yo no sé que pueda haber
Sin ella dicha ni goce.
¡Feliz el que la conoce
Y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
Busca a su lao los placeres.
Justo es que las considere
El hombre de corazón.
Sólo los cobardes son
Valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
Pronta la mujer está.
Cuando en su camino va
No hay peligro que la asuste;
Ni hay una a quien no le guste
Una obra de caridá.

No se hallará una mujer
A la que esto no le cuadre.
Yo alabo al Eterno Padre
No porque las hizo bellas,
Sino porque a todas ellas
Les dió corazón de madre.

Es piadosa y deligente
Y sufrida en los trabajos.
Tal vez su valer rebajo
Aunque la estimo bastante;
Mas los indios inorantes
La tratan al estropajo.

Echan la alma trabajando
Bajo el más duro rigor.
El marido es su señor;
Como tirano la manda,
Porque el indio no se ablanda
Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
Ni sabe lo que es amar;
Ni ¿qué se puede esperar
De aquellos pechos de bronce?
Yo los conocí al llegar
Y los calé dende entonces.

Mientras tiene que comer
Permanece sosegao.
Yo, que en sus toldos he estao
Y sus costumbres oservo,
Digo que es como aquel cuervo
Que no volvió del mandao.

Es para él como juguete
Escupir un crucifijo.
Pienso que Dios los maldijo.

Y ansina el ñudo desato.
El indio, el cerdo y el gato
Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
No ocuparé su atención.
Debo pedirles perdón,
Pues sin querer me distraje.
Por hablar de los salvajes
Me olvidé de la junción.

Hacen un cerco de lanzas,
Los indios quedan ajuera;
Dentra la china ligera
Como yeguada en la trilla
Y empieza allí la cuadrilla
A dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques
Capitanejos y el trompa,
Tocando con toda pompa
Como un toque de fajina;
Adentro muere la china,
Sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
A las pobres los quejidos;
Mas son lamentos perdidos:
Alrededor del cercao,
En el suelo, están tamaos
Los indios, dando alaridos.

Su canto es una palabra,
Y de ay no salen jamás.
Llevan todas el compás,
Ioká-ioká repitiendo;
Me parece estarlas viendo
Más fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco
Sudando, hambrientas, juriosas,
Desgreñadas y rotosas,
De sol a sol se lo llevan.
Bailan aunque truene o llueva,
Cantando la mesma cosa.

VI

El tien po sigue en su giro
Y nosotros solitarios.
De los indios sanguinarios
No teníamos que esperar.
El que nos salvó al llegar
Era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,
Cristiano anhelaba ser.
La justicia es un deber,
Y sus méritos no callo:
Nos regaló unos caballos
Y a veces nos vino a ver.

A la voluntá de Dios
Ni con la intención resisto.
El nos salvó..., pero, ¡ah Cristo!,
Muchas veces he deseado
No nos hubiera salvado
Ni jamás haberlo visto.

Quien recibe beneficios
Jamás los debe olvidar;
Y al que tiene que rodar
En su vida trabajosa,
Le pasan a veces cosas
Que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco
En lo triste del pasaje.
Cuando es amargo el brebaje
El corazón no se alegra.
Dentró una virgüela negra
Que los diezmó a los salvajes.

Al sentir tal mortandá,
Los indios, desesperaos,
Gritaban alborotados:
«*Cristiano echando gualicho.*»
No quedó en los toldos bicho
Que no salió redotao.

Sus remedios son secretos;
Los tienen las adivinas;
No los conocen las chinas,

Sino alguna ya muy vieja,
Y es la que los aconseja,
Con mil embustes, la indina.

Allí soporta el paciente
Las terribles curaciones,
Pues a golpes y estrujones
Son los remedios aquellos.
Lo agarran de los cabellos
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías
Que el presenciarlas da horror.
Brama el indio de dolor
Por los tormentos que pasa;
Y untándolo todo en grasa
Lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba,
Alrededor le hacen fuego.
Una china viene luego
Y al oído le da de gritos.
Hay algunos tan malditos
Que sanan con este juego.

A otros les cuecen la boca
Aunque de dolores crujan.
Lo agarran y allí lo estrujan;
Labios le queman y dientes
Con un güevo bien caliente
De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
Y pierde toda esperanza.
Si a escaparselés alcanza
Dispara como una liebre.
Le da delirios la fiebre
Y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
Y aunque de esto no disputo,
Ni de saber me reputo,
Será, decíamos nosotros,
De tanta carne de potro
Como comen estos brutos.

Había un gringuito cautivo
Que siempre hablaba del barco,
Y lo augaron en un charco
Por causante de la peste.
Tenía los ojos celestes
Como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte
Dispuso una china vieja;
Y aunque se aflige y se queja,
Es inútil que resista.
Ponía el infeliz la vista
Como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos
Para no ver tanto estrago.
Cruz sentía los amagos

De la peste que reinaba,
Y la idea nos acosaba
De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
El destino se rebela:
¡La sangre se me congela!:
El que nos había salvado,
Cayó también atacado
De la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar
Al verlo en tal padecer
El fin que había de tener,
Y Cruz, que era tan humano,
—«Vamos»—me dijo—, «paisano,
»A cumplir con un deber.»—

Fuimos a estar a su lado
Para ayudarlo a curar.
Lo vinieron a buscar
Y hacerle como a los otros;
Lo defendimos nosotros,
No lo dejamos lanciar.

Iba creciendo la plaga
Y la mortandá seguía;
A su lado nos tenía
Cuidandoló con pacencia.
Pero acabó su esistencia
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta,
Se renueva mi pesar;
Me dan ganas de llorar,
Nada a mis penas igualo:
Cruz también cayó muy malo,
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
Cuánto tuve que sufrir;
Yo no hacía sino gemir,
Y aumentaba mi aflición
No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,
Y el pobre estaba en un grito.
Me recomendó su hijito,
Que en su pago había dejado.
—«Ha quedado abandonado»—
Me dijo—«aquel pobrecito».

«Si vuelve, busquemeló»—
Me repetía a media voz—.
«En el mundo eramos dos,
»Pues él ya no tiene madre:
»Que sepa el fin de su padre
»Y encomiende mi alma a Dios.»—

Lo apretaba contra el pecho
Dominao por el dolor.
Era su pena mayor

El morir allá entre infieles.
Sufriendo dolores crueles
Entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lado
Yo lo encomendé a Jesús.
Faltó a mis ojos la luz;
Tuve un terrible desmayo;
Caí como herido del rayo
Cuando lo vi muerto a Cruz.

VII

Aquel bravo compañero
En mis brazos expiró.
Hombre que tanto sirvió,
Varón que fue tan prudente,
Por humano y por valiente
En el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
Yo mesmo le sepulté.
A Dios por su alma rogué,
De dolor el pecho lleno;
Y humedeció aquel terreno
El llanto que derramé.

Cumplí con mi obligación;
No hay falta de que me acuse
Ni deber de que me excuse

Aunque de dolor sucumba:
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
Y todo me fastidiaba.
El pesar me dominaba,
Y entregao al sentimiento,
Se ma hacía a cada momento
Oír a Cruz que me llamaba.

Cuál más, cuál menos, los criollos
Saben lo que es amargura.
En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo
Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
Sin haber naides conmigo,
Teniendo a Dios por testigo,
Y mis pensamientos fijos
En mi mujer y mis hijos,
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
Y perdido en tierra ajena,
Parece que se encadena
El tiempo y que no pasara,
Como si el Sol se parara
A contemplar tanta pena.

Sin saber qué hacer de mí
Y entregado a mi aflición,
Estando allí una ocasión,
Del lado que venía el viento
Oí unos tristes lamentos
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
En los toldos del salvaje,
Pues aquél es bandalaje
Donde no se arregla nada
Sino a lanza y puñalada,
A bolazos y a coraje.

No preciso juramento,
Deben creerle a Martín Fierro:
Ha visto en ese destierro
A un salvaje que se irrita
Degollar a una chinita
Y tirarselá a los perros.

He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades,
Crímenes y atrocidades
Que el cristiano no imagina,
Pues ni el indio ni la china
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
Que llegaban hasta mí;
Al punto me dirigí

Al lugar de ande venían.
¡Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena,
Y como una Madalena
Lloraba con toda gana.
Conocí que era cristiana
Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué
A un indio que estaba al lao,
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,
Y vi que tenía en la mano
El rebenque ensangrentao.

VIII

Más tarde supe por ella,
De manera positiva,
Que dentró una comitiva
De pampas a su partido,
Mataron a su marido
Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
Hacían dos años que estaba:
Un hijito que llevaba

A su lado lo tenía.
La china la aborrecía,
Tratandolá como esclava.

Deseaba para escaparse
Hacer una tentativa,
Pues a la infeliz cautiva
Naides la va a redimir,
Y allí tiene que sufrir
El tormento mientras viva.

Aquella china perversa,
Dende el punto que llegó,
Crueldá y orgullo mostró
Porque el indio era valiente:
Usaba un collar de dientes
De cristianos que él mató.

La mandaba trabajar,
Poniendo cerca a su hijito,
Tiritando y dando gritos,
Por la mañana temprano,
Atado de pies y manos
Lo mesmo que un corderito.

Ansí le imponía tarea
De juntar leña y sembrar
Viendo a su hijito llorar;
Y hasta que no terminaba,
La china no la dejaba
Que le diera de mamar.

Cuando no tenían trabajo
La emprestaban a otra china.
—«Naides»—decía—«se imagina
»Ni es capaz de presumir
»Cuánto tiene que sufrir
»La infeliz que está cautiva.»—

Si ven crecido a su hijito,
Como de piedá no entienden
Y a súplicas nunca atienden,
Cuando no es éste, es el otro:
Se lo quitan y lo venden
O lo carbian por un potro.

En la crianza de los suyos
Son bárbaros por demás.
No lo había visto jamás:
En una tabla los atan,
Los crían ansí y les achatan
La cabeza por detrás.

Aunque esto parezca extraño,
Ninguno lo ponga en duda:
Entre aquella gente ruda,
En su bárbara torpeza,
Es gala que la cabeza
Se les forme puntiaguda.

Aquella china malgada
Que tanto la aborrecía
Empezó a decir un día,

Porque falleció una hermana,
Que sin duda la cristiana
Le había echado brujería.

El indio la sacó al campo
Y la empezó a amenazar
Que le había de confesar
Si la brujería era cierta,
O que la iba a castigar
Hasta que quedara muerta.

Llora la pobre, afligida,
Pero el indio, en su rigor,
Le arrebató con furor
Al hijo de entre sus brazos,
Y del primer rebencazo
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
Azotandolá seguía;
Más y más se enfurecía
Cuanto más la castigaba,
Y la infeliz se atajaba
Los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso:
—«*Confechando no querés*»—,
La dio vuelta de un revés,
Y por colmar su amargura,
A su tierna criatura
Se la degolló a los pies.

—«Es increíble»—me decía—
«Que tanta fiereza exista.
»No habrá madre que resista:
»Aquel salvaje inclemente
»Cometió tranquilamente
»Aquel crimen a mi vista.»—

Esos horrores tremendos
No los inventa el cristiano.
—«Ese bárbaro inhumano»—
Sollozando me lo dijo—
«Me amarró luego las manos
»Con las tripitas de mi hijo.»—

IX

De ella fueron los lamentos
Que en mi soledá escuché.
En cuanto al punto llegué,
Quedé enterado de todo.
Al mirarla de aquel modo
Ni un instante tutubié.

Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva,
Tenía dende abajo arriba
La marca de los lazazos.
Sus trapos hechos pedazos
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo,
En sus lágrimas bañada.
Tenía las manos atadas.
Su tormento estaba claro.
Y me clavó una mirada
Como pidiendomé amparo.

Yo no sé lo que pasó
En mi pecho en ese istante.
Estaba el indio arrogante
Con una cara feroz:
Para entendernos los dos
La mirada fué bastante.

Pegó un brinco como gato
Y me ganó la distancia;
Aprovechó esa ganancia
Como fiera cazadora:
Desató las boliadoras
Y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
Y no por buscar contienda,
Al pingo le até la rienda,
Eché mano, dende luego,
A éste, que no yerra fuego,
Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
Al momento conocí.
Nos mantuvimos ansí,

Me miraba y lo miraba;
Yo al indio le desconfiaba
Y él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precavido
Cuando el indio se agazape:
En esa postura el tape
Vale por cuatro o por cinco:
Como tigre es para el brinco
Y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar
Y era peligro el juir,
Y más peligro seguir
Esperando de este modo,
Pues otros podían venir
Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
Muchas veces he salvado,
Pues en un trance apurado
Es mortal cualquier descuido.
Si Cruz hubiera vivido
No habría tenido cuidado.

Un hombre junto con otro
En valor y en juerza crece;
El temor desaparece,
Escapa de cualquier trampa.
Entre dos, no digo a un pampa:
A la tribu, si se ofrece.

En tamaña incertidumbre,
En trance tan apurado,
No podía, por de contado,
Escaparme de otra suerte
Sino dando al indio muerte
O quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba
Y aquel asunto me urgía,
Viendo que él no se movía,
Me fui medio de soslayo
Como a agarrarle el caballo,
A ver si se me venía.

Ansí fue, no aguardó más,
Y me atropelló el salvaje.
Es preciso que se ataje
Quien con el indio peleé.
El miedo de verse a pie
Aumentaba su coraje.

En la dentrada no más
Me largó un par de bolazos.
Uno me tocó en un brazo:
Si me da bien, me lo quiebra,
Pues las bolas son de piedra
Y vienen como balazo.

A la primer puñalada
El pampa se hizo un ovillo:
Era el salvaje más pillo

Que he visto en mis correrías,
Y a más de las picardías,
Arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
Aquel bruto con destreza,
Las recogía con presteza
Y me las volvía a largar,
Haciendomelás silbar
Arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos,
Era cauteloso... ¡ay juna!
Ay me valió la fortuna
De que peliando se apotra:
Me amenazaba con una
Y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia
En aquel percance amargo:
En momentos que lo cargo
Y que él reculando va,
Me enredé en el chiripá
Y caí tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
Tiempo el salvaje me dio:
Cuanto en el suelo me vio
Me saltó con ligereza:
Juntito de la cabeza
El bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo
Dejó el indio de apretarme.
Allí pretende ultimarme
Sin dejarme levantar.
Y no me daba lugar
Ni siquiera a enderezarme.

De balde quiero moverme:
Aquel indio no me suelta.
Como persona resuelta,
Toda mi juerza ejecuto;
Pero abajo de aquel bruto
No podía ni darme güelta.

¡Bendito Dios poderoso!
Quién te puede comprender,
Cuando a una débil mujer
Le diste en esa ocasión
La juerza que en un varón
Tal vez no pudiera haber:

Esa infeliz tan llorosa,
Viendo el peligro se anima.
Como una flecha se arrima
Y, olvidando su aflición,
Le pegó al indio un tirón
Que me lo sacó de encima.

Auxilio tan generoso
Me libertó del apuro.
Si no es ella, de siguro

Que el indio me sacrifica.
Y mi valor se duplica
Con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé,
Nos volvimos a topar.
No se podía descansar
Y me chorriaba el sudor.
En un apuro mayor
Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce,
Como deben suponer.
Se había aumentao mi quehacer
Para impedir que el brutazo
Le pegara algún bolazo,
De rabia, a aquella mujer.

La bola en manos del indio
Es terrible y muy ligera;
Hace de ella lo que quiera,
Saltando como una cabra.
Mudos, sin decir palabra,
Peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto,
Nunca jamás se me olvida.
Iba jugando la vida
Con tan terrible enemigo,
Teniendo allí de testigo
A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía,
Yo más me empiezo a calmar.
Mientras no logra matar
El indio no se desfoga.
Al fin le corté una soga
Y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas
De un bolazo aquel maldito,
Y al tiempo que le di un grito
Y le dentro como bala,
Pisa el indio y se refala
En el cuerpo del chiquito.

Para explicar el misterio
Es muy escasa mi cencia:
Lo castigó, en mi concencia,
Su Divina Majestá:
Donde no hay casualidá
Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló,
Más de firme lo cargué,
Y aunque de nuevo hizo pie
Lo perdió aquella pisada,
Pues en esa atropellada
En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
Se puso medio afligido;
Pero era indio decidido,

Su valor no se quebranta.
Le salían de la garganta
Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza,
La sangre lo enceguecía;
De otra herida le salía,
Haciendo un charco ande estaba;
Con los pies la chapaliaba
Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
Formábamos aquel terno:
Ella, en su dolor materno;
Yo, con la lengua de fuera,
Y el salvaje, como fiera
Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
Que tocaban a degüello.
Se le erizaba el cabello
Y los ojos revolvía;
Los labios se le perdían
Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
Le pegué un golpe sentido,
Y al verse ya mal herido,
Aquel indio furibundo
Lanzó un terrible alarido
Que retumbó como un ruido
Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar
En el cuchillo lo alcé;
En peso lo levanté
Aquel hijo del desierto;
Ensartado lo llevé,
Y allá recién lo largué
Cuando ya lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
De haber salvado la vida.
Aquella pobre afligida,
De rodillas en el suelo,
Alzó sus ojos al cielo
Sollozando dolorida.

Me hinqué también a su lado
A dar gracias a mi santo.
En su dolor y quebranto,
Ella, a la Madre de Dios,
Le pide en su triste llanto
Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona
Cuando acabó de implorar,
Y sin dejar de llorar
Envolvió en unos trapitos
Los pedazos de su hijito,
Que yo le ayudé a juntar.

X

Dende ese punto era juerza
Abandonar el desierto,
Pues me hubieran descubierto;
Y aunque lo maté en pelea,
De fijo que me lancean
Por vengar al indio muerto.

A la afligida cautiva
Mi caballo le ofrecí.
Era un pingo que adquirí,
Y dondequiera que estaba,
En cuanto yo lo silbaba
Venía a refregarse en mí.

Yo me le senté al del pampa.
Era un escuro tapao.
Cuando me hallo bien montao,
De mis casillas me salgo;
Y era un pingo como galgo,
Que sabía correr boliao.

Para correr en el campo
No hallaba ningún tropiezo.
Los ejercitan en eso
Y los ponen como luz
De dentrarle a un avestruz
Y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo
Como para un entrevero.
Como rayo es de ligero
En cuanto el indio lo toca;
Y como trompo en la boca,
Da güeltas sobre de un cuero.

Lo varea en la madrugada;
Jamás falta a este deber.
Luego, lo enseña a correr
Entre fangos y guadales.
Ansina, esos animales
Es cuanto se puede ver.

En el caballo de un pampa
No hay peligro de rodar,
¡Jue pucha!, y pa disparar
Es pingo que no se cansa.
Con prolijidá lo amansa
Sin dejarlo corcoviar.

Pa quitarle las cosquillas
Con cuidao lo manosea;
Horas enteras emplea,
Y por fin solo lo deja
Cuando agacha las orejas,
Y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe,
Porque lo trata al bagual
Con paciencia sin igual;

Al domarlo no le pega,
Hasta que al fin se le entrega
Ya dócil el animal.

Y aunque yo sobre los bastos
Me sé sacudir el polvo,
A esa costumbre me amoldo:
Con paciencia lo manejan
Y al día siguiente lo dejan
Rienda arriba junto al toldo.

Ansí, todo el que procure
Tener un pingo modelo,
Lo ha de cuidar con desvelo,
Y debe impedir también
El que de golpes le den
O tironén en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
Con el rigor y el azote,
Y si ven al chafalote
Que tiene trazas de malo,
Lo embraman en algún palo
Hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretextos
Y güeltas para ensillarlo.
Dicen que es por quebrantarlo,
Mas compriende cualquier bobo
Que es de miedo del corcovo
Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo
(Perdonenmé esta alvertencia)
Es de mucha conocencia
Y tiene mucho sentido;
Es animal consentido;
Lo cautiva la pacencia.

Aventaja a los demás
El que estas cosas entienda.
Es bueno que el hombre aprienda,
Pues hay pocos domadores
Y muchos frangoyadores
Que andan de bozal y rienda.

Me vine como les digo,
Trayendo esa compañera;
Marchamos la noche entera,
Haciendo nuestro camino
Sin más rumbo que el destino,
Que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
Había tratao de enterrarlo,
Y después de maniobrarlo
Lo tapé bien con las pajas,
Para llevar de ventaja
Lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausiencia
Nos habían de perseguir,
Y al decidirme a venir,

Con todo mi corazón
Hice la resolución
De peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
Cruzar juyendo el desierto.
Muchísimos de hambre han muerto,
Pues en tal desasosiego
No se puede ni hacer fuego
Para no ser descubierto.

Sólo el albitrio del hombre
Puede ayudarlo a salvar;
No hay auxilio que esperar,
Sólo de Dios hay amparo.
En el desierto es muy raro
Que uno se pueda escapar.

Todo es cielo y horizonte
En inmenso campo verde.
¡Pobre de aquel que se pierde
O que su rumbo estravea!
Si alguien cruzarlo desea
Este consejo recuerde:

Marque su rumbo de día
Con toda fidelidá;
Marche con puntualidá,
Siguiéndolo con fijeza,
Y si duerme, la cabeza
Ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero
Adónde el Sol aparece;
Si hay ñeblina y le entorpece
Y no lo puede oservar,
Guardesé de caminar,
Pues quien se pierde perece.

Dios les dió istintos sutiles
A toditos los mortales.
El hombre es uno de tales,
Y en las llanuras aquéllas
Lo guían el Sol, las estrellas,
El viento y los animales.

Para ocultarnos de día
A la vista del salvaje,
Ganabamós un paraje
En que algún abrigo hubiera,
A esperar que anocheciera
Para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase
Y miserias padecimos;
Varias veces nó comimos
O comimos carne cruda;
Y en otras, no tengan duda,
Con reíces nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir
Tan peligrosa inquietú,
Alcanzamos con salú

A divisar una sierra,
Y al fin pisamos la tierra
En donde crece el ombú.

Nueva pena sintió el pecho
Por Cruz, en aquel paraje,
Y en humilde vasallaje
A la majestá infinita
Besé esta tierra bendita
Que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia
De Dios nos quiso amparar.
Es preciso soportar
Los trabajos con costancia.
Alcanzamos a una estancia
Después de tanto penar.

Ay mesmo me despedí
De mi infeliz compañera.
—«Me voy»—le dije—«ande quiera,
»Aunque me agarre el Gobierno,
»Pues infierno por infierno,
»Prefiero el de la frontera.»—

Concluyo esta relación,
Ya no puedo continuar.
Permitanmé descansar:
Están mis hijos presentes,
Y yo ansioso por que cuenten
Lo que tengan que contar.

XI

Y mientras que tomo un trago
Pa refrescar el garguero,
Y mientras tiempla el muchacho
Y prepara su estrumento,
Les contaré de qué modo
Tuvo lugar el encuentro:
Me acerqué a algunas estancias
Por saber algo de cierto,
Creyendo que en tantos años
Esto se hubiera compuesto;
Pero cuanto saqué en limpio
Fue que estábamos lo mesmo.
Ansí me dejaba andar
Haciendomé el chancho rengo,
Porque no me convenía
Revolver el avispero;
Pues no inorarán ustedes
Que en cuentas con el Gobierno
Tarde o temprano lo llaman
Al pobre a hacer el arreglo.
Pero al fin tuve la suerte
De hallar un amigo viejo,
Que de todo me informó,
Y por él supe al momento
Que el juez que me perseguía
Hacía tiempo que era muerto:
Por culpa suya he pasado
Diez años de sufrimiento,

Y no son pocos diez años
Para quien ya llega a viejo.
Y los he pasado ansí,
Si en mi cuenta no me yerro:
Tres años en la frontera,
Dos como gaucho matrero,
Y cinco allá entre los indios
Hacen los diez que yo cuento.
Me dijo, a más, ese amigo
Que anduviera sin recelo,
Que todo estaba tranquilo,
Que no perseguía el Gobierno,
Que ya nadie se acordaba
De la muerte del moreno,
Aunque si yo lo maté
Mucha culpa tuvo el negro.
Estuve un poco imprudente,
Puede ser, yo lo confieso,
Pero él me precipitó
Porque me cortó primero;
Y a más, me cortó en la cara,
Que es un asunto muy serio.
Me asiguró el mesmo amigo
Que ya no había ni el recuerdo
De aquel que en la pulpería
Lo dejé mostrando el sebo.
El, de engreído, me buscó,
Yo ninguna culpa tengo;
El mesmo vino a peliarme,
Y tal vez me hubiera muerto
Si le tengo más confianza

O soy un poco más lerdo.
Fue suya toda la culpa,
Porque ocasionó el suceso.
Que ya no hablaban tan poco,
Me lo dijo muy de cierto,
De cuando con la partida
Llegué a tener el encuentro.
Esa vez me defendí
Como estaba en mi derecho,
Porque fueron a prenderme
De noche y en campo abierto.
Se me acercaron con armas,
Y, sin darme voz de preso,
Me amenazaron a gritos,
De un modo que daba miedo,
Que iban a arreglar mis cuentas,
Tratandomé de matrero,
Y no era el jefe el que hablaba,
Sino un cualquiera de entre ellos.
Y ése, me parece a mí,
No es modo de hacer arreglos,
Ni con el que es inocente,
Ni con el culpable menos.
Con semejantes noticias
Yo me puse muy contento
Y me presenté ande quiera
Como otros pueden hacerlo.
De mis hijos he encontrado
Sólo a dos hasta el momento;
Y de ese encuentro feliz
Le doy las gracias al Cielo.

A todos cuantos hablaba
Les preguntaba por ellos,
Mas no me daba ninguno
Razón de su paradero.
Casualmente el otro día
Llegó a mi conocimiento,
De una carrera muy grande
Entre varios estancieros;
Y fuí como uno de tantos,
Aunque no llevaba un medio.
No faltaban, ya se entiende,
En aquel gauçhaje inmenso
Muchos que ya conocían
La historia de Martín Fierro;
Y allí estaban los muchachos
Cuidando unos parejeros.
Cuanto me oyeron nombrar
Se vinieron al momento,
Diciendomé quiénes eran,
Aunque no me conocieron,
Porque venía muy aindiao
Y me encontraban muy viejo.
La junción de los abrazos,
De los llantos y los besos
Se deja pa las mujeres,
Como que entienden el juego.
Pero el hombre que compriende
Que todos hacen lo mesmo,
En público canta y baila,
Abraza y llora en secreto.
Lo único que me han contado

Es que mi mujer ha muerto.
Que en procuras de un muchacho
Se fue la infeliz al pueblo,
Donde infinitas miserias
Habrá sufrido por cierto.
Que por fin a un hospital
Fue a parar medio muriendo,
Y en ese abismo de males
Falleció al muy poco tiempo.
Les juro que de esa pérdida
Jamás he de hallar consuelo:
Muchas lágrimas me cuesta
Dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes,
Aunque alegrías no tengo:
Me parece que el muchacho
Ha templao y está dispuesto.
Vamos a ver qué tal lo hace,
Y juzgar su desempeño.
Ustedes no los conocen,
Yo tengo confianza en ellos,
No porque lleven mi sangre
—Eso fuera lo de menos,—
Sino porque dende chicos
Han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados,
Les gusta jugar con fuego;
Vamos a verlos correr:
Son cojos... hijos de rengo.

EL HIJO MAYOR DE MARTIN FIERRO

XII

LA PENITENCIARIA

Aunque el gajo se parece
Al árbol de donde sale,
Solía decirlo mi madre,
Y en su razón estoy fijo:
«Jamás puede hablar el hijo
»Con la autoridá del padre.»

Recordarán que quedamos
Sin tener dónde abrigarnos,
Ni ramada ande ganarnos,
Ni rincón ande meternos,
Ni camisa que ponernos,
Ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe
Lo que es vivir sin amparo;
Yo con verdá les declaro,
Aunque es por demás sabido:
Dende chiquito he vivido
En el mayor desamparo.

No le merman el rigor
Los mesmos que lo socorren.
Tal vez por que no se borren

Los decretos del destino,
De todas partes lo corren
Como ternero dañino.

Y vive como los bichos,
Buscando alguna rendija.
El güérfano es sabandija
Que no encuentra compasión,
Y el que anda sin direción
Es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
A algún oyente le cuadre.
Ni casa tenía, ni madre,
Ni parentela, ni hermanos;
Y todos limpian sus manos
En el que vive sin padre.

Lo cruza éste de un lazazo,
Lo abomba aquél de un moquete,
Otro le busca el cachete;
Y entre tanto soportar,
Suele a veces no encontrar
Ni quien le arroje un zoquete.

Si lo recogen lo tratan
Con la mayor rigidez;
Piensan que es mucho tal vez,
Cuando ya muestra el pellejo,
Si le dan un trapo viejo
Pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues, como les digo,
Desnudo a veces y hambriento;
Me ganaba mi sustento,
Y ansí los años pasaban.
Al ser hombre me esperaban
Otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden
Lo que les voy a decir:
En la escuela del sufrir
He tomado mis leciones,
Y he hecho muchas reflesiones
Dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
La motiva mi inorancia.
No vengo con arrogancia,
Y les diré en conclusión
Que trabajando de pion
Me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede
Hacerle al pobre un calvario.
A un vecino propietario
Un boyero le mataron,
Y aunque a mí me lo achacaron,
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
En la vergüenza y la pena
De que tendría el alma llena

Al verme ya tan temprano
Igual a los que sus manos
Con el crimen envenenan.

Declararon otros dos
Sobre el caso del dijunto;
Mas no se aclaró el asunto,
Y el juez, por darlas de listo,
—«Amarrados como un Cristo»—
Nos dijo,—«irán todos juntos.

»A la justicia ordinaria
»Voy a mandar a los tres.»—
Tenía razón aquel juez
Y cuantos ansí amenacen:
Ordinaria... es como la hacen,
Lo he conocido después.

Nos remitió, como digo,
A esa justicia ordinaria,
Y fuimos con la samaria
A esa cárcel de malevos
Que por un bautismo nuevo
Le llaman Penitenciaria.

El por qué tiene ese nombre
Nadies me lo dijo a mí,
Mas yo me lo explicó ansí:
Le dirán Penitenciaria
Por la penitencia diaria
Que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
Tiene que sufrir un poco;
Nadies lo ampara tampoco
Si no cuenta con recursos.
El gringo es de más discurso:
Cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió
En aquella sepultura.
Si de ajuera no lo apuran,
El asunto va con pausa:
Tienen la presa sigura
Y dejan dormir la causa.

Inora el preso a qué lado
Se inclinará la balanza;
Pero es tanta la tardanza,
Que yo les digo por mí:
El hombre que dentre allí
Deje afuera la esperanza.

Sin perfecionar las leyes
Perfecionan el rigor.
Sospecho que el inventor
Habrá sido algún maldito:
Por grande que sea un delito
Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
El corazón más altivo.
Los llaveros son pasivos,

Pero más secos y duros
Tal vez que los mesmos muros
En que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas
En lo que usté penará,
Sino en una soledá
Y un silencio tan projundo,
Que parece que en el mundo
Es el único que está.

El más altivo varón
Y de cormillo gastao,
Allí se vería agobiao
Y su corazón marchito
Al encontrarse encerrao
A solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
Allí todo son corderos;
No puede el más altanero,
Al verse entre aquellas rejas,
Sino amujar las orejas
Y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
El rigor de aquellas penas,
Yo, que sufrí las cadenas
Del destino y su inclemencia:
Que aprovechen la experencia
Del mal en cabeza ajena.

¡Ay madres, las que dirigen
Al hijo de sus entrañas!
No piensen que las engaña
Ni que les habla un falsario:
Lo que es el ser presidiario
No lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,
Cuantas quieren a un varón,
Diganlés que esa prisión
Es un infierno temido,
Donde no se oye más ruido
Que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,
La noche no tiene estrellas;
Sin que le valgan querellas
Encerrao lo purifican;
Y sus lágrimas salpican
En las paredes aquéllas.

En soledá tan terrible
De su pecho oye el latido.
Lo sé porque lo he sufrido,
Y creameló el aulitorio:
Tal vez en el purgatorio
Las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas
Para más atormentarse;
Su lágrima al redamarse

Calcula en sus afliciones,
Contando sus pulsaciones,
Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo;
Allí se duebla el más juerte;
El silencio es de tal suerte,
Que cuando llegue a venir,
Hasta se le han de sentir
Las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
Se hace una revolución:
Metido en esa prisión,
De tanto no mirar nada,
Le nace y queda grabada
La idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,
En todo pensaba yo.
Al hombre que allí dentró
De memoria más ingrata,
Fielmente se le retrata
Todo cuanto ajuera vio.

Aquel que ha vivido libre
De cruzar por donde quiera
Se aflige y se desespera
De encontrarse allí cautivo.
Es un tormento muy vivo
Que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión,
Sin poderme conformar,
No cesaba de exclamar:
¡Qué diera yo por tener
Un caballo en que montar
Y una pampa en que correr!

En un lamento constante
Se encuentra siempre embreteao.
El castigo han inventao
De encerrarlo en las tinieblas,
Y allí está como amarrao
A un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
Que al preso no le atormente.
Bajo un dolor permanente
Agacha al fin la cabeza,
Porque siempre es la tristeza
Hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos,
Pero su pena no alivia;
En esa constante lidia
Sin un momento de calma,
Contempla con los del alma
Felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
Detrás de aquellas murallas.
El varón de más agallas,

Aunque más duro que un perno,
Metido en aquel infierno
Sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazón
Se le quiere reventar;
Pero no hay sino aguantar
Aunque sosiego no alcance.
¡Dichoso en tan duro trance
Aquel que sabe rezar!

Dirige a Dios su plegaria
El que sabe una oración.
En esa tribulación
Gime olvidado del mundo,
Y el dolor es más projundo
Cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbres,
En tan duro padecer,
Empezaba a encarnecer
Después de muy pocos meses.
Allí lamenté mil veces
No haber aprendido a ler.

Viene primero el furor,
Después la melancolía.
En mi angustia no tenía
Otro alivio ni consuelo
Sino regar aquel suelo
Con lágrimas noche y día.

A visitar otros presos
Sus familias solían ir.
Nadies me visitó a mí
Mientras estuve encerrado:
¡Quién iba a costiarse allí
A ver un desamparado!

¡Bendito sea el carcelero
Que tiene buen corazón!
Yo sé que esta bendición
Pocos pueden alcanzarla,
Pues si tienen compasión,
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
Expresar cuanto he sufrido:
En ese encierro metido,
Llaves, paredes, cerrojos,
Se graban tanto en los ojos
Que uno los ve hasta dormido.

El mate no se permite,
No le permiten hablar,
No le permiten cantar
Para aliviar su dolor,
Y hasta el terrible rigor
De no dejarlo fumar.

La justicia muy severa
Suele rayar en crueldá.
Sufre el pobre que allí está

Calenturas y delirios,
Pues no existe pior martirio
Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
Por sólo el gusto de hablar;
Pero nos mandan callar
Y es preciso conformarnos,
Pues no se debe irritar
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
Sufre en silencio sus males,
Y uno en condiciones tales
Se convierte en animal,
Privao del don principal
Que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
Por qué motivo será
Que el preso privado está
De los dones más preciosos
Que el justo Dios bondadoso
Otorgó a la humanidá.

Pues que de todos los bienes
(En mi inorancia lo infiero)
Que le dio al hombre altanero
Su Divina Majestá,
La palabra es lo primero,
El segundo es la amistá.

Y es muy severa la ley
Que por crimen o un vicio
Somete al hombre a un suplicio
El más tremendo y atroz,
Privado de un beneficio
Que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto,
El silencio causa horror;
Ese continuo terror
Es el tormento más duro,
Y en un presidio siguro
Está de más tal rigor.

Inora uno si de allí
Saldrá pa la sepultura.
El que se halla en desventura
Busca a su lado otro ser,
Pues siempre es bueno tener
Compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá
Encontrar razón mejor;
Yo no soy rebuscador,
Y ésta me sirve de luz:
Se los dieron al Señor
Al clavarlo en una cruz.

Y en las projundas tinieblas
En que mi razón existe,
Mi corazón se resiste

A ese tormento sin nombre,
Pues el hombre alegra al hombre
Y el hablar consuela al triste.

Grabenló como en la piedra
Cuanto he dicho en este canto;
Y aunque yo he sufrido tanto,
Debo confesarlo aquí:
El hombre que manda allí
Es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás,
A su ejemplo se manejan;
Pero por eso no dejan
Las cosas de ser tremendas.
Piensen todos y compriendan
El sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
Con toda puntualidá
Lo que con tal claridá
Les acabo de decir.
Mucho tendrán que sufrir
Si no cren en mi verdá.

Y si atienden mis palabras
No habrá calabozos llenos.
Manejensé como buenos;
No olviden esto jamás:
Aquí no hay razón de más,
Más bien las puse de menos.

Y con esto me despido.
Todos han de perdonar.
Ninguno debe olvidar
La historia de un desgraciado.
Quien ha vivido encerrado
Poco tiene que contar.

EL HIJO SEGUNDO DE MARTIN FIERRO

XIII

Lo que les voy a decir
Ninguno lo ponga en duda,
Y aunque la cosa es peluda,
Haré la resolución.
Es ladino el corazón,
Pero la lengua no ayuda.

El rigor de las desdichas
Hemos soportao diez años,
Pelegrinando entre extraños,
Sin tener donde vivir,
Y obligados a sufrir
Una máquina de daños.

El que vive de ese modo
De todos es tributario.
Falta el cabeza primario,
Y los hijos que él sustenta
Se dispersan como cuentas
Cuando se corta el rosario.

Yo anduve ansí como todos,
Hasta que al fin de sus días
Supo mi suerte una tía
Y me recogió a su lado.
Allí viví sosegado
Y de nada carecía.

No tenía cuidado alguno
Ni que trabajar tampoco;
Y como muchacho loco
Lo pasaba de holgazán.
Con razón dice el refrán
Que lo bueno dura poco.

En mí todo su cuidado
Y su cariño ponía.
Como a un hijo me quería
Con cariño verdadero;
Y me nombró de heredero
De los bienes que tenía.

El juez vino sin tardanza
Cuanto falleció la vieja.
—«De los bienes que te deja»—
Me dijo,—«yo he de cuidar.
»Es un rodeo regular
»Y dos majadas de ovejas.»—

Era hombre de mucha labia,
Con más leyes que un dotor.
Me dijo: —«Vos sos menor

»Y por los años que tienes
»No podés manejar bienes,
»Voy a nombrarte un tutor.»—

Tomó un recuento de todo
Porque entendía su papel,
Y después que aquel pastel
Lo tuvo bien amasao,
Puso al frente un encargao
Y a mí me llevó con él.

Muy pronto estuvo mi poncho
Lo mesmo que cernidor;
El chiripá estaba pior,
Y aunque para el frío soy guapo,
Ya no me quedaba un trapo
Ni pa el frío ni pa el calor.

En tan triste desabrigo,
Tras de un mes iba otro mes.
Guardaba silencio el juez,
La miseria me invadía.
Me acordaba de mi tía
Al verme en tal desnudez.

No sé decir con fijeza
El tiempo que pasé allí;
Y después de andar ansí,
Como moro sin señor,
Pasé a poder del tutor
Que debía cuidar de mí.

XIV

Me llevó consigo un viejo
Que pronto mostró la hilacha:
Dejaba ver por la facha
Que era medio cimarrón,
Muy renegao, muy ladrón,
Y le llamaban Vizcacha.

Lo que el juez iba buscando
Sospecho y no me equivoco;
Pero este punto no toco
Ni su secreto averiguo.
Mi tutor era un antiguo
De los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas,
Con un empaque a lo toro;
Andaba siempre en un moro
Metido no sé en qué enriedos;
Con las patas como loro,
De estribar entre los dedos.

Andaba rodiado de perros,
Que eran todo su placer;
Jamás dejó de tener
Menos de media docena;
Mataba vacas ajenas
Para darles de comer.

Carniabamos noche a noche
Alguna res en el pago;
Y dejando allí el rezago
Alzaba en ancas el cuero,
Que se lo vendía a un pulpero
Por yerba, tabaco y trago.

¡Ah viejo! Más comerciante
En mi vida lo he encontrao.
Con ese cuero robao
El arreglaba el pastel,
Y allí entre el pulpero y él
Se extendía el certificao.

Le echaba de comedido.
En las trasquilas, lo viera,
Se ponía como una fiera
Si cortaban una oveja;
Pero de alzarse no deja
Un vellon o unas tijeras.

Una vez me dio una soba
Que me hizo pedir socorro,
Porque lastimé un cachorro
En el rancho de unas vascas;
Y al irse se alzó unas guascas.
Para eso era como zorro.

¡Ay juna!, dije entre mí;
Me has dao esta pesadumbre:
Ya veras cuanto vislumbre

Una ocasión medio buena:
Te he de quitar la costumbre
De cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una vizcacha
Otra vez me reprendió.
Se lo vine a contar yo,
Y no bien se lo hube dicho:
—«Ni me nuembres ese bicho»—
Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
Hallé prudente callar.
Este me va a castigar,
Dije entre mí, si se agravia.
Ya vi que les tenía rabia
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
De yeguas medio bichocas;
Después que voltió unas pocas
Las cerdiaba con empeño.
Yo vide venir al dueño
Pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
Y nos cayó como un rayo.
Se descolgó del caballo
Revoliando el arriador,
Y lo cruzó de un lazazo
Ay no más a mi tutor.

No atinaba don Vizcacha
A qué lado disparar,
Hasta que logró montar,
Y de miedo del chicote,
Se lo apretó hasta el cogote,
Sin pararse a contestar.

Ustedes crerán tal vez
Que el viejo se curaría:
No, señores, lo que hacía,
Con más cuidao dende entonces,
Era maniarlas de día
Para cerdiar a la noche.

Ese fue el hombre que estuvo
Encargao de mi destino.
Siempre anduvo en mal camino,
Y todo aquel vecinario
Decía que era un perdulario,
Insufrible de dañino.

Cuando el juez me lo nombró
Al darmeló de tutor
Me dijo que era un señor
El que me debía cuidar,
Enseñarme a trabajar
Y darme la educación.

Pero qué había de aprender
Al lao de ese viejo paco,
Que vivía como el chuncaco

En los bañaos, como el tero;
Un haragán, un ratero,
Y más chillón que un varraco.

Tampoco tenía más bienes
Ni propiedá conocida
Que una carreta podrida
Y las paredes sin techo
De un rancho medio deshecho
Que le servía de guarida.

Después de las trasnochadas
Allí venía a descansar.
Yo desiaba aviriguar
Lo que tuviera escondido,
Pero nunca había podido,
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas
Que habían sido más peludas;
Y con mis carnes desnudas,
El viejo, que era una fiera,
Me echaba a dormir ajuera
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo fué casao,
Aunque yo lo desconfío;
Y decía un amigo mío
Que, de arrebatao y malo,
Mató a su mujer de un palo
Porque le dio un mate frío.

Y viudo por tal motivo
Nunca se volvió a casar.
No era fácil encontrar
Ninguna que lo quisiera:
Todas temerían llevar
La suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella,
Sin duda por su delito,
Y decía el viejo maldito,
El tiempo que estuvo enfermo,
Que ella desde el mesmo infierno
Lo estaba llamando a gritos.

XV

Siempre andaba retobao,
Con ninguno solía hablar;
Se divertía en escarbar
Y hacer marcas con el dedo;
Y cuanto se ponía en pedo
Me empezaba aconsejar.

Me parece que lo veo
Con su poncho calamaco.
Después de echar un buen taco
Ansí principiaba a hablar:
—«Jamás llegués a parar
»A donde veas perros flacos.

»El primer cuidao del hombre
»Es defender el pellejo.
»Llevate de mi consejo,
»Fijate bien lo que hablo:
»El diablo sabe por diablo,
»Pero más sabe por viejo.

»Hacete amigo del juez,
»No le des de qué quejarse;
»Y cuando quiera enojarse
»Vos te debés encoger,
»Pues siempre es güeno tener
»Palenque ande ir a rascarse.

»Nunca le llevés la contra,
»Porque él manda la gavilla.
»Allí sentao en su silla
»Ningún güey le sale bravo:
»A uno le da con el clavo
»Y a otro con la cantramilla.

»El hombre, hasta el más soberbio,
»Con más espinas que un tala,
»Aflueja andando en la mala
»Y es blando como manteca:
»Hasta la hacienda baguala
»Cai al jagüel en la seca.

»No andés cambiando de cueva,
»Hacé las que hace el ratón:
»Conservate en el rincón

»En que empezó tu existencia:
»Vaca que cambia querencia
»Se atrasa en la parición.»—

Y menudiando los tragos
Aquel viejo, como cerro,
—«No olvidés»—me decía,—«Fierro,
»Que el hombre no debe crer
»En lágrimas de mujer
»Ni en la renguera del perro.

»No te debés afligir
»Aunque el mundo se desplome.
»Lo que más precisa el hombre
»Tener, según yo discurro,
»Es la memoria del burro,
»Que nunca olvida ande come.

»Dejá que caliente el horno
»El dueño del amasijio.
»Lo que es yo, nunca me aflijo
»Y a todito me hago el sordo:
»El cerdo vive tan gordo
»Y se come hasta los hijos.

»El zorro que ya es corrido,
»Dende lejos la olfatea.
»No se apure quien desea
»Hacer lo que le aproveche:
»La vaca que más rumea
»Es la que da mejor leche.

»El que gana su comida,
»Bueno es que en silencio coma.
»Ansina, vos, ni por broma
»Quieras llamar la atención:
»Nunca escapa el cimarrón
»Si dispara por la loma.

»Yo voy donde me conviene
»Y jamás me descarrío.
»Llevate el ejemplo mío,
»Y llenarás la barriga.
»Aprendé de las hormigas:
»No van a un noque vacío.

»A naides tengas envidia:
»Es muy triste el envidiar.
»Cuando veas a otro ganar,
»A estorbarlo no te metas:
»Cada lechón en su teta:
»Es el modo de mamar.

»Ansí se alimentan muchos
»Mientras los pobres lo pagan.
»Como el cordero hay quien lo haga
»En la puntita, no niego;
»Pero otros, como el borrego,
»Toda entera se la tragan.

»Si buscás vivir tranquilo
»Dedicate a solteriar;
»Mas si te querés casar,

»Con esta alvertencia sea:
»Que es muy difícil guardar
»Prenda que otros codicean.

»Es un bicho la mujer
»Que yo aquí no lo destapo:
»Siempre quiere al hombre guapo,
»Mas fijate en la elección,
»Porque tiene el corazón
»Como barriga de sapo.»—

Y gangoso con la tranca,
Me solía decir:—«Potrillo,
»Recién te apunta el cormillo,
»Mas te lo dice un toruno:
»No dejés que hombre ninguno
»Te gane el lao del cuchillo.

»Las armas son necesarias,
»Pero naides sabe cuándo;
»Ansina, si andás pasiando,
»Y de noche sobre todo,
»Debés llevarlo de modo
»Que al salir salga cortando.

»Los que no saben guardar
»Son pobres aunque trabajen;
»Nunca, por más que se atajen,
»Se librarán del cimbrón:
»Al que nace barrigón
»Es al ñudo que lo fajen.

»Donde los vientos me llevan,
»Allí estoy como en mi centro.
»Cuando una tristeza encuentro
»Tomo un trago pa alegrarme:
»A mí me gusta mojarme
»Por ajuera y por adentro.

»Vos sos pollo, y te convienen
»Toditas estas razones;
»Mis consejos y leciones
»No echés nunca en el olvido:
»En las riñas he aprendido
»A no peliar sin puyones.»—

Con estos consejos y otros,
Que yo en mi memoria encierro
Y que aquí no desentierro,
Educandomé seguía,
Hasta que al fin se dormía,
Mesturao entre los perros.

XVI

Cuando el viejo cayó enfermo,
Viendo yo que se empioraba
Y que esperanza no daba
De mejorarse siquiera,
Le truje una culandrera
A ver si lo mejoraba.

En cuanto lo vió me dijo:
—«Este no aguanta el sogazo;
»Muy poco le doy de plazo;
»Nos va a dar un espetáculo,
»Porque debajo del brazo
»Le ha salido un tabernáculo.»—

—Dice el refrán que en la tropa
Nunca falta un güey corneta:
Uno que estaba en la puerta
Le pegó el grito ay no más:
—«Tabernáculo..., qué bruto:
»Un tubérculo, dirás.»—

Al verse ansí interrumpido,
al punto dijo el cantor:
—«No me parece ocasión
»De meterse los de ajuera.
»Tabernáculo, señor,
»Le decía la culandrera.»—

—El de ajuera repitió,
Dandolé otro chaguarazo:
—«Allá va un nuevo bolazo:
»Copo y se lo gano en puerta:
»A las mujeres que curan
»Se las llama curanderas.»—

No es bueno, dijo el cantor,
Muchas manos en un plato,
Y diré al que ese barato

Ha tomao de entremetido,
Que no creía haber venido
A hablar entre literatos.

Y para seguir contando
La historia de mi tutor
Le pediré a ese dotor
Que en mi inorancia me deje,
Pues siempre encuentra el que teje
Otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,
Cada vez más emperrao.
Yo estaba ya acobardao
Y lo espiaba dende lejos;
Era la boca del viejo
La boca de un condenao.

Allá pasamos los dos
Noches terribles de invierno.
El maldecía al Padre Eterno
como a los santos benditos,
Pidiendolé al diablo a gritos
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
Que a tal punto mortifica.
Cuando vía una reliquia
Se ponía como azogado,
Como si a un endemoniado
Le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
Pues era de mala entraña;
Y viendo herejía tamaña,
Si alguna cosa le daba,
De lejos se la alcanzaba
En la punta de una caña.

Será mejor, decía ya,
Que abandonado le deje,
Que blasfeme y que se queje
Y que siga de esta suerte,
Hasta que venga la muerte
Y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar
Le até en la mano un cencerro,
Y al ver cercano su entierro,
Arañando las paredes
Expiró allí entre los perros
Y este servidor de ustedes.

XVII

Le cobré un miedo terrible
Después que lo vi dijunto.
Llamé al alcalde y al punto
Acompañado se vino
De tres o cuatro vecinos
A arreglar aquel asunto.

—«Anima bendita»—dijo
Un viejo medio ladiao;—
«Que Dios lo haiga perdonao
»Es todo cuanto deseo.
»Le conocí un pastoreo
»De terneritos robaos.»

—«Ansina es»—dijo el alcalde,—
«Con eso empezó a poblar.
»Yo nunca podré olvidar
»Las travesuras que hizo;
»Hasta que al fin fue preciso
»Que le privasen carniar.

»De mozo fue muy jinete,
»No lo bajaba un bagual;
»Pa ensillar un animal
»Sin necesitar de otro,
»Se encerraba en el corral
»Y allí galopiaba el potro.

»Se llevaba mal con todos;
»Era su costumbre vieja
»El mesturar las ovejas,
»Pues al hacer el aparte
»Sacaba la mejor parte
»Y después venía con quejas.»—

—«Dios lo ampare al pobrecito»
—Dijo en seguida un tercero.—
«Siempre robaba carneros,

»En eso tenía destreza:
»Enterraba las cabezas,
»Y después vendía los cueros.

»Y qué costumbre tenía:
»Cuando en el jogón estaba,
»Con el mate se agarraba
»Estando los piones juntos.
»Yo tayo, decía, y apunto,
»Y a ninguno convidaba.

»Si ensartaba algún asao,
»¡Pobre!, como si lo viese:
»Poco antes de que estuviese,
»Primerŏ lo maldecía,
»Luego, después, lo escupía
»Para que naides comiese.

»Quien le quitó esa costumbre
»De escupir el asador
»Fue un mulato resertor
»Que andaba de amigo suyo.
»Un diablo, muy peliador,
»Que le llamaban Barullo.

»Una noche que les hizŏ
»Como estaba acostumbrao,
»Se alzó el mulato enojao
»Y le gritó: Viejo indino,
»Yo te he de enseñar, cochino,
»A echar saliva al asao.

»Lo saltó por sobre el juego
»Con el cuchillo en la mano;
»¡La pucha, el pardo liviano!
»En la mesma atropellada
»Le largó una puñalada
»Que la quitó otro paisano.

»Y ya caliente Barullo,
»Quiso seguir la chacota:
»»Se le había erizado la mota
»Lo que empezó la reyerta.
»El viejo ganó la puerta
»Y apeló a las de gaviota.

»De esa costumbre maldita
»Dende entonces se curó;
»A las casas no volvió,
»Se metió en un cicutal,
»Y allí escondido pasó
»Esa noche sin cenar.»—

Esto hablaban los presentes;
Y yo, que estaba a su lao,
Al oír lo que he relatao,
Aunque él era un perdulario,
Dije entre mí: «Qué rosario
»Le están rezando al finao.»

Luego comenzó el alcalde
A registrar cuanto había,
Sacando mil chucherías

Y guascas y trapos viejos.
Temeridá de trebejos
Que para nada servían.

Salieron lazos, cabestros,
Coyundas y maniadores,
Una punta de arriadores,
Cinchones, maneas, torzales,
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.

Había riendas de domar,
Frenos y estribos quebraos,
Bolas, espuelas, recaos,
Unas pavas, unas ollas,
Y un gran manojo de argollas
De cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros,
Aleznas, lonjas, cuchillos,
Unos cuantos cojilillos,
Un alto de jergas viejas,
Muchas botas desparejas
Y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,
Unos cueros de venao,
Unos ponchos aujeriaos,
Y en tan tremendo entrevero
Apareció hasta un tintero,
Que se perdió en el juzgao.

Decía el alcalde muy serio:
—«Es poco cuanto se diga;
»Había sido como hormiga,
»He de darle parte al juez,
»Y que me venga después
»Con que no se los persiga.»—

Yo estaba medio azorao
De ver lo que sucedía.
Entre ellos mesmos decían
Que unas prendas eran suyas;
Pero a mí me parecía
Que ésas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
Rincón donde registrar,
Cansaos de tanto huroniar
Y de trabajar de balde,
—«Vamonós»—dijo el alcalde.—
«Luego lo haré sepultar.»—

Y aunque mi padre no era
El dueño de ese hormiguero,
El allí, muy cariñero,
Me dijo con muy buen modo:
—«Vos serás el heredero
»Y te harás cargo de todo.

»Se ha de arreglar este asunto
»Como es preciso que sea;
»Voy a nombrar albacea

»Uno de los circunstantes.
»Las cosas no son como antes,
»Tan enredadas y feas.»—

¡Bendito Dios!, pensé yo:
Ando como un pordiosero,
Y me nuembran heredero
de toditas estas guascas.
Quisiera saber primero
Lo que se han hecho mis vacas.

XVIII

Se largaron como he dicho
A disponer el entierro.
Cuando me acuerdo, me aterro:
Me puse a llorar a gritos
Al verme allí tan solito
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,
Se lo colgué al pecador;
Y como hay en el Señor
Misericordia infinita,
Rogué por la alma bendita
Del que antes fue mi tutor.

No se calmaba mi duelo
De verme tan solitario.
Ay le champurrié un rosario

Como si juera mi padre,
Besando el escapulario
Que me había puesto mi madre.

—«Madre mía»—gritaba yo,—
«Dónde andarás padeciendo.
»El llanto que estoy virtiendo
»Lo redamarías por mí
»Si vieras a tu hijo aquí
»Todo lo que está sufriendo.»—

Y mientras ansí clamaba
Sin poderme consolar,
Los perros, para aumentar
Más mi miedo y mi tormento,
En aquel mesmo momento
Se pusieron a llorar.

Libre Dios a los presentes
De que sufran otro tanto;
Con el muerto y esos llantos
Les juro que falta poco
Para que me vuelva loco
En medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas,
Como que eran sabedoras,
Que los perros cuando lloran
Es porque ven al demonio;
Yo creía en el testimonio
Como cre siempre el que inora.

Ay dejé que los ratones
Comieran el guasquerío;
Y como anda a su albedrío
Todo el que güérfano queda,
Alzando lo que era mío
Abandoné aquella cueva.

Supe después que esa tarde
Vino un pion y lo enterró.
Ninguno lo acompañó
Ni lo velaron siquiera;
Y al otro día amaneció
Con una mano dejuera.

Y me ha contado además
El gaucho que hizo el entierro
—Al recordarlo me aterro,
Me da pavor este asunto,—
Que la mano del dijunto
Se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa,
Porque de asustao me fuí.
Supe después que volví,
Y asigurarselós puedo,
Que los vecinos, de miedo,
No pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida
La sabandija más sucia.
El cuerpo se despeluza

Y hasta la razón se altera:
Pasaba la noche entera
Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
Saber lo que me pasaba.
Los trapitos con que andaba
Eran puras hojarascas.
Todas las noches soñaba
Con viejos, perros y guascas.

XIX

Anduve a mi voluntá
Como moro sin señor.
Ese fue el tiempo mejor
Que yo he pasado tal vez.
De miedo de otro tutor
Ni aporté por lo del juez.

—«Yo cuidaré»—me había dicho—
«De lo de tu propiedá.
»Todo se conservará,
»El vacuno y los rebaños
»Hasta que cumplás treinta años,
»En que seas mayor de edá.»—

Y aguardando que llegase
El tiempo que la ley fija,
Pobre como lagartija,

Y sin respetar a naides,
Anduve cruzando el aire
Como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
Bajo el más duro rigor.
Sufriendo tanto dolor
Muchas cosas aprendí;
Y por fin vítima fuí
Del más desdichado amor.

De tantas alternativas
Esta es la parte peluda.
Infeliz y sin ayuda
Fue extremado mi delirio,
Y causaban mi martirio
Los desdenes de una viuda.

Llora el hombre ingratitudes
Sin tener un jundamento;
Acusa sin miramiento
A la que el mal le ocasiona,
Y tal vez en su persona
No hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía
La crueldá de mi destino,
Rogando al poder divino
Que del dolor me separe,
Me hablaron de un adivino
Que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos,
Pero al fin me disolví:
Hice coraje y me fuí
Donde el adivino estaba,
Y por ver si me curaba
Cuanto llevaba le di.

Me puse al contar mis penas
Más colorao que un tomate,
Y se me añudó el gaznate
Cuando dijo el ermitaño:
—«Hermano, le han hecho daño
»Y se lo han hecho en un mate.

»Por verse libre de usté
»Lo habrán querido embrujar.»—
Después me empezó a pasar
Una pluma de avestruz
Y me dijo: —«De la Cruz
»Recebí el don de curar.

»Debés maldecir»—me dijo—
»A todos tus conocidos.
»Ansina el que te ha ofendido
»Pronto estará descubierto.
»Y deben ser maldecidos
»Tanto vivos como muertos.»—

Y me recetó que hincao
En un trapo de la viuda
Frente a una planta de ruda

Hiciera mis oraciones,
Diciendo: —«No tengás duda,
»Eso cura las pasiones.»—

A la viuda en cuanto pude
Un trapo le manotié;
Busqué la ruda y al pie,
Puesto en cruz, hice mi rezo;
Pero, amigos, ni por eso
De mis males me curé.

Me recetó otra ocasión
Que comiera abrojo chico.
El remedio no me explico,
Mas, por desechar el mal,
Al ñudo en un abrojal
Fi a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina
Me parecía que sanaba.
Por momentos se aliviaba
Un poco mi padecer,
Mas si a la viuda encontraba
Volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté
Su saber extrordinario,
Recibió bien su salario
Y me recetó aquel pillo
Que me colgase tres grillos
Ensartaos como rosario.

Por fin, la última ocasión
Que por mi mal lo fi a ver,
Me dijo: —«No, mi saber
»No ha perdido su virtú:
»Yo te daré la salú,
»No triunfará esa mujer.

»Y tené fe en el remedio,
»Pues la cencia no es chacota.
»De esto no entendés ni jota.
»Sin que ninguno sospeche,
»Cortale a un negro tres motas
»Y hacelas hervir en leche.»—

Yo andaba ya desconfiando
De la curación maldita,
Y dije:—«Este no me quita
»La pasión que me domina;
»Pues que viva la gallina,
»Aunque sea con la pepita.»—

Ansí me dejaba andar,
Hasta que en una ocasión
El cura me echó un sermón,
Para curarme, sin duda,
Diciendo que aquella viuda
Era hija de confisión.

Y me dijo estas palabras,
Que nunca las he olvidao:
—«Has de saber que el finao

»Ordenó en su testamento
»Que naides de casamiento
»Le hablara en lo sucesivo,
»Y ella prestó el juramento
»Mientras él estaba vivo.

»Y es preciso que lo cumpla,
»Porque ansí lo manda Dios.
»Es necesario que vos
»No la vuelvas a buscar,
»Porque si llega a faltar
»Se condenarán los dos.»—

Con semejante alvertencia
Se completó mi redota;
Le vi los pies a la sota,
Y me le alejé a la viuda
Más curao que con la ruda
Con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo
Que al juez le había dicho el cura
Que yo era un cabeza dura
Y que era un mozo perdido,
Que me echaran del partido,
Que no tenía compostura.

Tal vez por ese consejo,
Y sin que más causa hubiera
Ni que otro motivo diera,

Me agarraron redepente
Y en el primer contingente
Me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
Me he curado del deseo.
En mil penurias me veo;
Mas pienso volver tal vez
A ver si sabe aquel juez
Lo que se ha hecho mi rodeo.

XX

Martín Fierro y sus dos hijos,
Entre tanta concurrencia,
Siguieron con alegría
Celebrando aquella fiesta.
Diez años, los más terribles,
Había durado la ausencia,
Y al hallarse nuevamente
Era su alegría completa.
En ese mesmo momento,
Uno que vino de afuera
A tomar parte con ellos
Suplicó que lo almitieran.
Era un mozo forastero
De muy regular presencia
Y hacía poco que en el pago
Andaba dando sus güeltas.
Aseguraban algunos

Que venía de la frontera,
Que había pelao a un pulpero
En las últimas carreras,
Pero andaba despilchao,
No traía una prenda buena.
Un recadito cantor
Daba fe de sus pobrezas.
Le pidió la bendición
Al que causaba la fiesta,
Y sin decirles su nombre
Les declaró con franqueza
Que el nombre de *Picardía*
Es el único que lleva
Y para contar su historia
A todos pide licencia,
Diciendolés que en seguida
Iban a saber quién era.
Tomó al punto la guitarra,
La gente se puso atenta,
Y ansí cantó *Picardía*
En cuanto templó las cuerdas.

XXI

PICARDÍA

Voy a contarles mi historia,
Perdonenmé tanta charla,
Y les diré al principiarla,

Aunque es triste hacerlo así,
A mi madre la perdí
Antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,
Y al hombre que me dio el ser
No lo pude conocer.
Ansí, pues, dende chiquito
Volé como el pajarito
En busca de qué comer.

O por causa del servicio,
Que tanta gente destierra,
O por causa de la guerra,
Que es causa bastante seria,
Los hijos de la miseria
Son muchos en esta tierra.

Ansí, por ella empujado,
No sé las cosas que haría,
Y aunque con vergüenza mía,
Debo hacer esta alvertencia:
Siendo mi madre Inocencia,
Me llamaban Picardía.

Me llevó a su lado un hombre
Para cuidar las ovejas.
Pero todo el día eran quejas
Y guascazos a lo loco,
Y no me daba tampoco
Siquiera unas jergas viejas.

Dende el alba hasta la noche
En el campo me tenía.
Cordero que se moría
—Mil veces me sucedió,—
Los caranchos lo comían,
Pero lo pagaba yo.

De trato tan rigoroso
Muy pronto me acobardé.
El bonete me apreté
Buscando mejores fines.
Y con unos volantines
Me fuí para Santa Fe.

El pruebista principal
A enseñarme me tomó,
Y ya iba aprendiendo yo
A bailar en la maroma;
Mas me hicieron una broma
Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,
Porque estaba el calzón roto
Armaron tanto alboroto
Que me hicieron perder pie:
De la cuerda me largué
Y casi me descogoto.

Ansí, me encontré de nuevo
Sin saber dónde meterme;
Y ya pensaba volverme,

Cuando, por fortuna mía,
Me salieron unas tías
Que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,
Para mí desconocida,
Me acomodé ya en seguida,
Y eran muy buenas señoras;
Pero las más rezadoras
Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
Ya principiaba el rosario;
Noche a noche, un calendario
Tenían ellas que decir,
Y a rezar solían venir
Muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
Siempre lo he de recordar,
Pues me empiezo a equivocar
Y a cada paso refalo
Como si me entrara el malo
Cuanto me hincaba a rezar.

Era como tentación
Lo que yo experimenté;
Y jamás olvidaré
Cuánto tuve que sufrir
Porque no podía decir
«Artículos de la Fe».

Tenía al lao una mulata
Que era nativa de allí;
Se hincaba cerca de mí
Como el ángel de la guarda.
¡Pícara!, y era la parda
La que me tentaba ansí.

—«Rezá»—me dijo mi tía—
«Artículos de la Fe.»—
Quise hablar y me atoré;
La dificultá me aflige.
Miré a la parda, y ya dije:
—«Artículos de Santa Fe.»—

Me acomodó el coscorrón
Que estaba viendo venir.
Yo me quise corregir,
A la mulata miré,
Y otra vez volví a decir:
—«Artículos de Santa Fe.»—

Sin dificultá ninguna
Rezaba todito el día,
Y a la noche no podía
Ni con un trabajo inmenso;
Es por eso que yo pienso
Que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta
Vi a la parda y me entró chucho.
Los ojos—me asusté mucho—

Eran como refocilo:
Al nombrar a San Camilo
Le dije San Camilucho.

Esta me da con el pie,
Aquella otra con el codo.
¡Ah viejas!, por ese modo,
Aunque de corazón tierno,
Yo las mandaba al infierno
Con oraciones y todo.

Otra vez, que, como siempre,
La parda me perseguía,
Cuando yo acordé, mis tías
Me habían sacao un mechón
Al pedir la extirpación
De todas las herejías.

Aquella parda maldita
Me tenía medio afligido,
Y ansí, me había sucedido
Que al decir extirpación
Le acomodé entripación,
Y me cayeron sin ruido.

El recuerdo y el dolor
Me duraron muchos días.
Soñé con las herejías
Que andaban por extirpar;
Y pedia siempre al rezar
La extirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios.
Noche a noche y sin cesar;
Dale siempre barajar
Salves, trisagios y credos.
Me aburrí de esos enriedos
Y al fin me mandé mudar.

XXII

Anduve como pelota
Y más pobre que una rata.
Cuando empecé a ganar plata
Se armó no sé qué barullo,
Y yo dije: a tu tierra, grullo,
Aunque sea con una pata.

Eran duros y bastantes
Los años que allá pasaron.
Con lo que ellos me enseñaron
Formaba mi capital.
Cuanto vine me enrolaron
En la Guardia nacional.

Me había ejercitao al naipe;
El juego era mi carrera.
Hice alianza verdadera
Y arreglé una trapisonda
Con el dueño de una fonda
Que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero
En floriar una baraja.
El la guardaba en la caja,
En paquetes, como nueva;
Y la media arroba lleva
Quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso
Quien de la suerte presuma:
Otro más hábil lo fuma,
En un dos por tres lo pela,
Y lo larga que no vuela
Porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende
Se arman partidas muy buenas;
Queda allí la plata ajena,
Quedan prendas y botones.
Siempre cain a esas riuniones
Zonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
Recursos del jugador.
No cualquiera es sabedor
A lo que un naipe se presta.
Con una *cincha* bien puesta
Se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca
Haciendo el que se descuida;
Juega el otro hasta la vida,

Y es siguro que se ensarta,
Porque uno muestra una carta
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
No han de olvidarse jamás.
Debe afirmarse además
Los dedos para el trebajo,
Y buscar asiento bajo
Que le dé la luz de atrás.

Pa tayar, tome la luz,
Dé la sombra al alversario,
Acomodesé al contrario
En todo juego cartiao:
Tener ojo ejercitao
Es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,
Pero nada ve el que es ciego.
Dandolé soga, muy luego
Se deja pescar el tonto:
Todo chapetón cree pronto
Que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes
Y que a las carpetas van;
Cuando azariados están,
Les pasa infinitas veces:
Pierden en puertas y en treses,
Y dandolés, *mamarán*.

El que no sabe, no gana
Aunque ruegue a Santa Rita.
En la carpeta a un mulita
Se le conoce al sentarse.
Y conmigo era matarse:
No podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
Llevo ventaja y no poca;
Y siempre que dar me toca
El mal no tiene remedio,
Porque sé sacar del medio
Y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
Solía ponerlo en apuro.
Cuando aventajar procuro,
Sé tener, como fajadas,
Tiro a tiro el as de espadas
O flor o envite seguro.

Yo sé defender mi plata
Y lo hago como el primero.
El que ha de jugar dinero
Preciso es que no se atonte.
Si se armaba una de monte,
Tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
Sé llevarlo con limpieza.
Dende que a salir empiezan

No hay carta que no recuerde.
Sé cuál se gana o se pierde
En cuanto cain a la mesa.

También por estas jugadas
Suele uno verse en aprietos;
Mas yo no me comprometo
Porque sé hacerlo con arte,
Y aunque les corra el descarte
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao,
Nunca me solía faltar
Un *cargado* que largar,
Un *cruzao* para el más vivo.
Y hasta atracarles un *chivo*
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba
Porque la sé manejar;
No era manco en el billar,
Y por fin de lo que explico,
Digo que hasta con pichicos
Era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin
El de jugar, no lo niego;
Todo el que vive del juego
Anda a la pesca de un bobo,
Y es sabido que es un robo
Ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
Porque he dejao de jugar;
Y les puedo asigurar,
Como que fuí del oficio:
Más cuesta aprender un vicio
Que aprender a trabajar.

XXIII

Un nápoles mercachifle
Que andaba con un arpista
Cayó también en la lista
Sin dificultá ninguna:
Lo agarré a la treinta y una
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
Por sacarme esa ventaja;
En el pantano se encaja,
Aunque robo se le hacía:
Lo cegó Santa Lucía
Y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido
Llorar por las chucherías.
—«Ma gañao con picardía»—
Decía el gringo y lagrimiaba,
Mientras yo en un ponche alzaba
Todita su merchería.

Quedó allí aliviao del peso,
Sollozando sin consuelo;
Había caído en el anzuelo
Tal vez porque era domingo,
Y esa calidá de gringo
No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
De fatura tan lucida:
El diablo no se descuida,
Y a mí me seguía la pista
Un ñato muy enredista
Que era oficial de partida.

Se me presentó a exigir
La multa en que había incurrido,
Que el juego estaba prohibido,
Que iba a llevarme al cuartel.
Tuve que partir con él
Todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos
Por esa albitrariedá.
Yo había ganao, es verdá,
Con recursos, eso sí:
Pero él me ganaba a mí
Fundao en su autoridá.

Decían que por un delito
Mucho tiempo anduvo mal;
Un amigo servicial

Lo compuso con el juez,
Y poco tiempo después
Lo pusieron de oficial.

A recorrer el partido
Continuamente se empleaba,
Ningún malevo agarraba,
Pero traía en un carguero
Gallinas, pavos, corderos
Que por ay recoletaba.

No se debía permitir
El abuso a tal extremo.
Mes a mes hacía lo mesmo,
Y ansí decía el vecindario:
—«Este ñato perdulario
»Ha resucitao el diezmo.»—

La echaba de guitarrero
Y hasta de concertador.
Sentao en el mostrador
Lo hallé una noche cantando
Y le dije: —«Co... mo... quiando
»Con ganas de oír un cantor.»—

Me echó el ñato una mirada
Que me quiso devorar;
Mas no dejó de cantar
Y se hizo el desentendido;
Pero ya había conocido
Que no lo podía pasar.

Una tarde que me hallaba
De visita... vino el ñato,
Y para darle un mal rato
Dije fuerte: —«Ña... to... ribia
»No cebe con la agua tibia.»—
Y me la entendió el mulato.

Era el todo en el juzgao,
Y como que se achocó,
Ay no más me contestó:
—«Cuanto el caso se presiente
»Te he de hacer tomar caliente
»Y has de saber quién soy yo.»—

Por causa de una mujer
Se enredó más la cuestión:
Le tenía al ñato afición,
Ella era mujer de ley,
Moza con cuerpo de güey,
Muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo,
Estaba hecha un embeleso,
Y le dije: —«Me intereso
»En aliviar sus quehaceres,
»Y ansí, señora, si quiere
»Yo le arrimaré los güesos.»—

Estaba el ñato presente,
Sentado como de adorno.
Por evitar un trastorno,

Ella, al ver que se dijusta,
Me contestó:—«Si usté gusta
»Arrimelós junto al horno.»—

Ay se enredó la madeja
Y su enemistá conmigo;
Se declaró mi enemigo,
Y por aquel cumplimiento
Ya sólo buscó el momento
De hacerme dar un castigo.

Yo veía que aquel maldito
Me miraba con rencor,
Buscando el caso mejor
De poderme echar el pial;
Y no vive más el lial
Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
Ni arisco que no se amanse.
Ansí, yo, dende aquel lance
No salía de algún rincón,
Tirao como el San Ramón
Después que se pasa el trance.

XXIV

Me le escapé con trabajo
En diversas ocasiones;
Era de los adulones,

Me puso mal con el juez;
Hasta que al fin una vez
Me agarró en las eleciones.

Ricuerdo que esa ocasión
Andaban listas diversas;
Las opiniones dispersas
No se podían arreglar:
Decían que el juez, por triunfar,
Hacía cosas muy perversas.

Cuando se riunió la gente
Vino a proclamarla el ñato,
Diciendo con aparato
Que todo andaría muy mal
Si pretendía cada cual
Votar por un candilato.

Y quiso al punto quitarme
La lista que yo llevé;
Mas yo se la mezquiné
Y ya me gritó: —«Anarquista,
»Has de votar por la lista
»Que ha mandao el Comiqué.»—

Me dio vergüenza de verme
Tratado de esa manera;
Y como si uno se altera
Ya no es fácil de que ablande,
Le dije: —«Mande el que mande,
»Yo he de votar por quien quiera.

»En las carpetas de juego
»Y en la mesa eletoral,
»A todo hombre soy igual.
»Respeto al que me respeta;
»Pero el naipe y la boleta
»Naides me lo ha de tocar.»—

Ay no más ya me cayó
A sable la polecía.
Aunque era una picardía
Me decidí a soportar,
Y no los quise peliar,
Por no perderme, ese día.

Atravesao me agarró
Y se aprovechó aquel ñato.
Dende que sufrí ese trato
No dentro donde no quepo.
Fi a jenetiar en el cepo
Por cuestión de candilatos.

Injusticia tan notoria
No la soporté de flojo.
Una venda de mis ojos
Vino el suceso a valtiar.
Vi que teníamos que andar
Como perro con tramojo.

Dende aquellas eleciones
Se siguió el batiburrillo.
Aquél se volvió un ovillo

Del que no había ni noticia.
¡Es señora la justicia...
Y anda en ancas del más pillo.

XXV

Después de muy pocos días,
Tal vez por no dar espera
Y que alguno no se fuera,
Hicieron citar la gente,
Pa riunir un contingente
Y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchaje;
La gente está acobardada;
Salió la partida armada
Y trujo como perdices
Unos cuantos infelices
Que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
—«Esta es una gente indina;
»Yo los rodié a la sordina,
»No pudieron escapar;
»Y llevaba orden de arriar
»Todito lo que camina.»—

Cuando vino el comendante
Dijieron: —«Dios nos asista»—
Llegó y les clavó la vista,

Yo estaba haciendomé el zonzo.
Le echo a cada uno un responso
Y ya lo plantó en la lista.

—«Cuadrate»—le dijo a un negro;—
«Te estás haciendo el chiquito
»Cuando sos el más maldito
»Que se encuentra en todo el pago.
»Un servicio es el que te hago
»Y por eso te remito.»—

A OTRO

—«Vos no cuidás tu familia
»Ni le das los menesteres;
»Visitás otras mujeres,
»Y es preciso, calavera,
»Que aprendás en la frontera
»A cumplir con tus deberes.»—

A OTRO

—«Vos también sos trabajoso;
»Cuando es preciso votar
»Hay que mandarte llamar
»Y siempre andás medio alzao;
»Sos un desubordinao
»Y yo te voy a filiar.»—

A OTRO

—«¿Cuánto tiempo hace que vos
»Andás en este partido?
»¿Cuántas veces has venido
»A la citación del juez?
»No te he visto ni una vez,
»Has de ser algún perdido.»—

A OTRO

—«Este es otro barullero
»Que pasa en la pulpería
»Predicando noche y día
»Y anarquizando a la gente.
»Irás en el contingente
»Por tamaña picardía.»—

A OTRO

—«Dende la anterior remesa
»Vos andás medio perdido;
»La autoridá no ha podido
»Jamás hacerte votar;
»Cuando te mandan llamar
»Te pasás a otro partido.»—

A OTRO

—«Vos siempre andás de florcita,
»No tenés renta ni oficio;
»No has hecho ningún servicio,

»No has votado ni una vez.
»Marchá... para que dejés
»De andar haciendo perjuicio.»—

A OTRO

—«Dame vos tu papeleta.
»Yo te la voy a tener.
»Esta queda en mi poder,
»Después la recogerás,
»Y ansí si te resertás
»Todos te pueden prender.»—

A OTRO

—«Vos, porque sos ecetuao,
»Ya te querés sulevar;
»No vinistes a votar
»Cuando hubieron eleciones;
»No te valdrán execiones,
Yo te voy a enderezar.»—

Y a éste por este motivo,
Y a otro por otra razón,
Toditos, en conclusión,
Sin que escapara ninguno,
Fueron pasando uno a uno
A juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
Las madres y las esposas
Redamaban cariñosas

Sus lágrimas de dolor;
Pero gemidos de amor
No remedian estas cosas.

Nada importa que una madre
Se desespere o se queje;
Que un hombre a su mujer deje
En el mayor desamparo:
Hay que callarse o es claro
Que lo quiebran por el eje.

Dentran después a empeñarse
Con este o aquel vecino;
Y como en el masculino
El que menos corre, vuela,
Deben andar con cautela,
Las pobres, me lo imagino.

Muchas al juez acudieron
Por salvar de la jugada;
El les hizo una cuerpiada,
Y por mostrar su inocencia,
Les dijo: —«Tengan pacencia,
»Pues yo no puedo hacer nada.»—

Ante aquella autoridá
Permanecían suplicantes;
Y después de hablar bastante,
—«Yo me lavo»—dijo el juez,—
»Como Pilatos, los pies:
»Esto lo hace el comendante.»—

De ver tanto desamparo
El corazón se partía.
Había madre que salía
Con dos, tres hijos o más,
Por delante y por detrás,
Y las maletas vacías.

¿Dónde irán, pensaba yo,
A perecer de miseria?
Las pobres, si de esta feria
hablan mal tienen razón,
Pues hay bastante materia
Para tan justa aflición.

XXVI

Cuando me llegó mi turno,
¡Dije entre mí: «Ya me toca.»
Y aunque mi falta era poca,
No sé por qué me asustaba.
Les asiguro que estaba
Con el Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago,
Un jugador, un perdido;
Que dende que fi al partido
Andaba de picaflor;
Que había de ser un bandido
Como mi antesucesor.

Puede que uno tenga un vicio
Y que de él no se reforme;
Mas naides está conforme
Con recebir ese trato.
Yo conocí que era el ñato
Quien le había dao los informes.

Me dentró curiosidá
Al ver que de esa manera
Tan siguro me dijiera
Que fué mi padre un bandido.
Luego lo había conocido,
Y yo inoraba quién era.

Me empeñé en aviriguarlo;
Promesas hice a Jesús;
Tuve por fin una luz,
Y supe con alegría
Que era el autor de mis días
El guapo sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
Y la tenía muy presente.
Sabía que Cruz bravamente,
Yendo con una partida,
Había jugado la vida
Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
Que lo mantenga en su gloria.
Se ha de conservar su historia

En el corazón del hijo.
El al morir me bendijo:
Yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda
Y lo conseguí de veras.
Puedo decir ande quiera
Que si faltas he tenido
De todas me he corregido
Dende que supe quién era.

El que sabe ser buen hijo,
A los suyos se parece;
Y aquel que a su lado crece
Y a su padre no hace honor,
Como castigo merece
De la desdicha el rigor.

Con un empeño costante
Mis faltas supe enmendar.
Todo conseguí olvidar;
Pero, por desgracia mía,
El nombre de *Picardía*
No me lo pude quitar.

Aquel que tiene buen nombre
Muchos dijustos ahorra;
Y entre tanta mazamorra
No olviden esta alvertencia:
Aprendí por experiencia
Que el mal nombre no se borra.

XXVII

He servido en la frontera,
En un cuerpo de milicias;
No por razón de justicia,
Como sirve cualesquiera.

La bolilla me tocó
De ir a pasar malos ratos
Por la facultá del ñato,
Que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno
Esa dura penitencia
Por una malaquerencia
De un oficial subalterno.

No repetiré las quejas
De lo que se sufre allá;
Son cosas muy dichas ya
Y hasta olvidadas de viejas.

Siempre el mesmo trabajar,
Siempre el mesmo sacrificio,
Es siempre el mesmo servicio,
Y el mesmo nunca pagar.

Siempre cubiertos de harapos,
Siempre desnudos y pobres;

Nunca le pagan un cobre
Ni le dan jamás un trapo.

Sin sueldo y sin uniforme
Lo pasa uno aunque sucumba;
Conformesé con la tumba
Y si no... no se conforme.

Pues si usté se ensoberbece
O no anda muy voluntario,
Le aplican un novenario
De estacas... que lo enloquecen.

Andan como pordioseros,
Sin que un peso los alumbre,
Porque han tomao la costumbre
De deberle años enteros.

Siempre hablan de lo que cuesta,
Que allá se gasta un platal.
Pues yo no he visto ni un rial
En lo que duró la fiesta.

Es servicio extraordinario
Bajo el fusil y la vara,
Sin que sepamos qué cara
Le ha dao Dios al comisario.

Pues si va a hacer la revista,
Se vuelve como una bala.

Es lo mesmo que luz mala
Para perderse de vista.

Y de yapa, cuando va,
Todo parece estudiao:
Va con meses atrasaos
De gente que ya no está.

Pues ni adrede que lo hagan
Podrán hacerlo mejor:
Cuando cai, cai con la paga
Del contingente anterior.

Porque son como sentencia
Para buscar al ausente,
Y el pobre que está presente
Que perezca en la endigencia.

Hasta que tanto aguantar
El rigor con que lo tratan,
O se resierta o lo matan,
O lo largan sin pagar.

De ese modo es el pastel,
Porque el gaucho..., ya es un hecho,
No tiene ningún derecho,
Ni naides vuelve por él.

La gente vive marchita.
¡Si viera cuando echan tropa!:

Les vuela a todos la ropa
Que parecen banderitas.

De todos modos lo cargan,
Y al cabo de tanto andar,
Cuando lo largan, lo largan
Como pa echarse a la mar.

Si alguna prenda le han dao,
Se la vuelven a quitar.
Poncho, caballo, recao,
Todo tiene que dejar.

Y esos pobres infelices,
Al volver a su destino,
Salen como unos longinos
Sin tener con qué cubrirse.

A mí me daba congojas
El mirarlos de ese modo,
Pues el más aviao de todos
Es un perejil sin hojas.

Ahora poco ha sucedido,
Con un invierno tan crudo,
Largarlos a pie y desnudos
Pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa,
Que en aquella situación

Las niegan un mancarrón
Para volver a su casa.

¡Lo tratan como a un infiel!
Completan su sacrificio
No dandolé ni un papel
Que acredite su servicio.

Y tiene que regresar
Más pobre de lo que jué,
Por supuesto, a la merced
Del que lo quiere agarrar.

Y no avirigüe después
De los bienes que dejó:
De hambre, su mujer vendió
Por dos lo que vale diez.

Y como están convenidos
A jugarle manganeta,
A reclamar no se meta,
Porque ése es tiempo perdido.

Y luego, si a alguna estancia
A pedir carne se arrima,
Al punto le caiu encima
Con la ley de la vagancia.

Y ya es tiempo, pienso yo,
De no dar más contingente.

Si el Gobierno quiere gente,
Que la pague, y se acabó.

Y saco ansí, en conclusión,
En medio de mi inorancia,
Que aquí el nacer en estancia
Es como una maldición.

Y digo, aunque no me cuadre
Decir lo que naides dijo:
La Provincia es una madre
Que no defiende a sus hijos.

Mueren en alguna loma
En defensa de la ley,
O andan lo mesmo que el güey,
Arando pa que otros coman.

Y he de decir ansímismo,
Porque de adentro me brota,
Que no tiene patriotismo
Quien no cuida al compatriota.

XXVIII

Se me va por dondequiera
Esta lengua del demonio.
Voy a darles testimonio
De lo que vi en la frontera.

Yo sé que el único modo
A fin de pasarlo bien
Es decir a todo amén
Y jugarle risa a todo.

El que no tiene colchón
En cualquier parte se tiende.
El gato busca el jogón
Y ése es mozo que lo entiende.

De aquí comprenderse debe,
Aunque yo hable de este modo,
Que no busca su acomodo
Siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos
Este pobre penitente,
Pero salí de asistente
Y mejoré en cierto modo.

Pues aunque esas privaciones
Causen desesperación,
Siempre es mejor el jogón
De aquel que carga galones.

De entonces en adelante
Algo logré mejorar,
Pues supe hacerme lugar
Al lado del ayudante.

El se daba muchos aires;
Pasaba siempre leyendo;

Decían que estaba aprendiendo
Pa recibirse de fraile.

Aunque lo pifiaban tanto,
Jamás lo vi dijustao;
Tenía los ojos paraos
Como los ojos de un santo.

Muy delicao—dormía en cuja,—
Y no sé por qué sería,
La gente lo aborrecía
Y le llamaban LA BRUJA.

Jamás hizo otro servicio
Ni tuvo más comisiones
Que recibir las raciones
De víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón
Al punto que me sacó,
Y ya con él me llevó,
A cumplir su comisión.

Estos diablos de milicos
De todo sacan partido.
Cuando nos vían riunidos
Se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones,
Como por chocarrería:

«Con la Bruja y Picardía
»Van a andar bien las raciones.»

A mí no me jué tan mal,
Pues mi oficial se arreglaba:
Les diré lo que pasaba
Sobre este particular.

Decían que estaba de acuerdo
La Bruja y el provedor,
Y que recebía lo pior.
Puede ser, pues no era lerdo.

Que a más, en la cantidá
Pegaba otro dentellón,
Y que por cada ración
Le entregaban la mitá.

Y que esto lo hacía del modo
Como lo hace un hombre vivo:
Firmando luego el recibo,
Ya se sabe, por el todo.

Pero esas murmuraciones
No faltan en campamento.
Dejenmé seguir mi cuento
O historia de las raciones.

La Bruja las recibía,
Como se ha dicho, a su modo;

Las cargabamos, y todo
Se entriega en la mayoría.

Sacan allí en abundancia
Lo que les toca sacar,
Y es justo que han de dejar
Otro tanto de ganancia.

Van luego a la compañía,
Las recibe el comendante,
El que de un modo abundante
Sacaba cuanto quería.

Ansí, la cosa liviana
Va mermada por supuesto;
Luego, se le entrega el resto
Al oficial de semana.

Araña, ¿quién te arañó?
—Otra araña como yo—.

Este le pasa al sargento
Aquello tan reducido,
Y como hombre prevenido
Saca siempre con aumento.

Esta relación no acabo
Si otra menudencia ensarto.
El sargento llama al cabo
Para encargarle el reparto.

El también saca primero
Y no se sabe turbar:
Naides le va a aviriguar
Si ha sacado más o menos.

Y sufren tanto bocao
Y hacen tantas estaciones,
Que ya casi no hay raciones
Cuando llegan al soldao.

Todo es como pan bendito.
Y sucede de ordinario
Tener que juntarse varios
Para hacer un pucherito.

Dicen que las cosas van
Con arreglo a la ordenanza.
Puede ser; pero no alcanzan:
¡Tan poquito es lo que dan!

Algunas veces yo pienso,
Y es muy justo que lo diga:
Sólo llegaban las migas
Que habían quedao en los lienzos.

Y explican aquel infierno,
En que uno está medio loco,
Diciendo que dan tan poco
Porque no paga el Gobierno.

Pero eso yo no lo entiendo,
Ni a aviriguarlo me meto;

Soy ignorante completo;
Nada olvido y nada apriendo.

Tiene uno que soportar
El tratamiento más vil:
A palos en lo civil,
A sable en lo militar.

El vistuario es otro infierno:
Si lo dan, llega a sus manos
En invierno el de verano
Y en el verano el de invierno.

Y yo el motivo no encuentro
Ni la razón que esto tiene;
Mas dicen que eso ya viene
Arreglado dende adentro.

Y es necesario aguantar
El rigor de su destino:
El gaucho no es argentino
Sino pa hacerlo matar.

Ansí ha de ser, no lo dudo,
Y por eso decía un tonto:
«Si los han de matar pronto,
»Mejor es que estén desnudos.»

Pues esa miseria vieja
No se remedia jamás;

Todo el que viene detrás
Como la encuentra la deja.

Y se hallan hombres tan malos
Que dicen de buena gana:
«El gaucho es como la lana:
»Se limpia y compone a palos.»

Y es forzoso el soportar
Aunque la copa se enllene.
Parece que el gaucho tiene
Algún pecao que pagar.

XXIX

Esto contó Picardía
Y después guardó silencio,
Mientras todos celebraban
Con placer aquel encuentro.
Mas una casualidá,
Como que nunca anda lejos,
Entre tanta gente blanca
Llevó también a un moreno
Presumido de cantor
Y que se tenía por bueno.
Y como quien no hace nada
O se descuida de intento
(Pues siempre es muy conocido
Todo aquel que busca pleito),
Se sentó con toda calma,

Echó mano al estrumento
Y ya le pegó un rajido.
Era fantástico el negro,
Y para no dejar dudas
Medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció
La intención de aquel moreno:
Era claro el desafío
Dirigido a Martín Fierro,
Hecho con toda arrogancia,
De un modo muy altanero.
Tomó Fierro la guitarra
—Pues siempre se halla dispuesto—,
Y ansí cantaron los dos,
En medio de un gran silencio:

XXX

MARTIN FIERRO

Mientras suene el encordao,
Mientras encuentre el compés,
Yo no he de quedarme atrás
Sin defender la parada;
Y he jurado que jamás
Me la han de llevar robada.

Atiendan, pues, los oyentes
Y cayensé los mirones.
A todos pido perdones,

Pues a la vista resalta
Que no está libre de falta
Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno
Cuando es mejor que los piores;
Y sin ser de los mejores,
Encontrandosé dos juntos,
Es deber de los cantores
El cantar de contrapunto.

El hombre debe mostrarse
Cuando la ocasión le llegue.
Hace mal el que se niegue
Dende que lo sabe hacer,
Y muchos suelen tener
Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fui cantor.
Es una cosa muy dicha.
Mas la suerte se encapricha
Y me persigue constante:
De ese tiempo en adelante
Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
Trataré de recordar;
Veré si puedo olvidar
Tan desgraciada mudanza,
Y quien se tenga confianza
Tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos.
Trasnochadas no acobardan.
Los concurrentes aguardan,
Y por que el tiempo no pierdan,
Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
Que tenga o no quien lo ampare,
No espere que yo dispare
Aunque su saber sea mucho.
Vamos en el mesmo pucho
A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
Hasta que se vaya el día.
Era la costumbre mía:
Cantar las noches enteras.
Había entonces dondequiera
Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
A seguir la caravana,
O si cantando no gana,
Se lo digo sin lisonja:
Haga sonar una esponja
O ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy, señores míos,
Sino un pobre guitarrero;
Pero doy gracias al Cielo
Porque puedo en la ocasión
Toparme con un cantor
Que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blancos los dientes;
Sé vivir entre las gentes
Sin que me tengan en menos:
Quien anda en pagos ajenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
Los nueve muy regulares.
Tal vez por eso me ampare
La Providencia divina:
En los güevos de gallina
El décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso,
Aunque de esto no hace gala;
Nada a su cariño iguala
Ni a su tierna voluntá;
Es lo mesmo que el macá:
Cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
Y sin depender de nadies;
Siempre he cruzado a los aires
Como el pájaro sin nido;
Cuanto sé lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
El por qué retumba el trueno,
Por qué son las estaciones
Del verano y del invierno.
Sé también de dónde salen
Las aguas que cain del cielo.

Yo sé lo que hay en tierra
En llegando al mismo centro;
En dónde se encuentra el oro,
En dónde se encuentra el fierro,
Y en dónde viven bramando
Los volcanes que echan juego.

Yo sé el fondo del mar
Donde los pejes nacieron;
Yo sé por qué crece el árbol,
Y sé por qué silban los vientos.
Cosas que inoran los blancos
Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,
Cuando me aflojan, aflojo.
No se ha de morir de antojo

Quien me convide a cantar:
Para conocer a un cojo
Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
En venir a esta riunión
Echandolá de cantor,
Pido perdón en voz alta,
Pues nunca se halla una falta
Que no exista otra mayor.

De lo que un cantor explica
No falta qué aprovechar,
Y se le debe escuchar
Aunque sea negro el que cante:
Apriende el que es inorante,
Y el que es sabio, apriende más.

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida.
La gente escuche tranquila,
No me haga ningún reproche.
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

Estoy, pues, a su mandao,
Empiece a echarme la sonda
Si gusta que le responda,
Aunque con lenguaje tosco.
En leturas no conozco
La jota por ser redonda.

¡Ah negro!, si sos tan sabio
No tengás ningún recelo;
Pero has tragao el anzuelo,
Y al compás del estrumento
Has de decirme al momento
Cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero;
Mas los blancos altaneros,
Los mesmos que lo convidan,
Hasta de nombrarlo olvidan
Y sólo lo llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro blanco lo pinta.
Blanca la cara o retinta,
No habla en contra ni en favor:
De los hombres el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia,
Que al presente viene a pelo,
Veré, señores, si puedo,

Sigún mi escaso saber,
Con claridá responder
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio;
Lloran al cair el rocío,
Cantan al silbar los vientos,
Lloran cuando cain las aguas,
Cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
Sin declarar los mejores;
Les mandó iguales dolores
Bajo de una mesma cruz;
Mas también hizo la luz
Pa distinguir los colores.

Ansí, ninguno se agravie;
No se trata de ofender;
A todo se ha de poner
El nombre con que se llama,
Y a naides le quita fama
Lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra;
Y si en tu saber se encierra

El de los sabios projundos,
Decime cuál en el mundo
Es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón;
Mas pa dar contestación
Mi inorancia no me arredra:
También da chispas la piedra
Si la golpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
Sigún mis pocos alcances:
Forman un canto en la tierra
El dolor de tanta madre,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

MARTÍN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
Bien dispuesta la garganta.
Sos varón, y no me espanta
Verte hacer esos primores.
En los pájaros cantores
Sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar,
No te vayas a turbar,
No te agrandes ni te achiques:
Es preciso que me expliques
Cuál es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
Ninguno imitar pretiende.
De un don que de otro depende
Naides se debe alabar,
Pues la urraca apriende hablar,
Pero sólo la hembra apriende.

Y ayudamé, ingenio mío,
Para ganar esta apuesta.
Mucho el contestar me cuesta,
Pero debo contestar.
Voy a decirle en respuesta
Cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
El mar, que todo lo encierra,
Canta de un modo que aterra.
Como si el mundo temblara;
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez;
Ganarás sólo que estés
En vaca con algún santo:
La noche tiene su canto,
Y me has de decir cuál es.

EL MORENO

No galope, que hay aujeros,
Le dijo a un guapo un prudente.
Le contesto humildemente:
La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber por dónde vienen.

Son los secretos misterios
Que las tinieblas esconden;
Son los ecos que responden
A la voz del que da un grito,
Como un lamento infinito
Que viene no sé de dónde.

A las sombras sólo el Sol
Las penetra y las impone.
En distintas direciones
Se oyen rumores inciertos:
Son almas de los que han muerto,
Que nos piden oraciones.

MARTÍN FIERRO

Moreno, por tus respuestas
Ya te aplico el cartabón,
Pues tenés desposición
Y sos estruído de yapa.
Ni las sombras se te escapan
Para dar explicación.

Pero cumple su deber
El leal diciendo lo cierto,
Y por lo tanto te alvierto
Que hemos de cantar los dos,
Dejando en la paz de Dios
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida.
Siempre ha de ser comedida
La palabra de un cantor.
Y aura quiero que me digas
De dónde nace el amor.

EL MORENO

A pregunta tan escura
Trataré de responder,
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de estancia;
Mas conocer su inorancia
Es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires
Que cruza por dondequiera,
Y si al fin de su carrera
Se asienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,
De la que es rey y señor;
Allí lanza con furor
Esos bramidos que espantan,
Porque las fieras no cantan:
Las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color;
Ama el hombre con ardor,
Ama todo cuanto vive.
De Dios vida se recibe,
Y donde hay vida hay amor.

MARTÍN FIERRO

Me gusta, negro ladino,
Lo que acabás de explicar.
Ya te empiezo a respetar,
Aunque al principio me rey,
Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.

EL MORENO

Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcanzar.
Dende que aprendí a inorar,
De ningún saber me asombro;
Mas no ha de llevarme al hombro
Quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
Y mi habilidá es muy poca;
Mas cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate,
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto,
Lo más espinoso elige;
Pero esto poco me aflige,
Y le contesto a mi modo:
La ley se hace para todos,
Mas sólo al pobre lo rige.

La ley es tela de araña.
En mi inorancia lo explico:
No la tema el hombre rico,
Nunca la tema el que mande,
Pues la ruempe el bicho grande
Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia:
Nunca puede ser pareja.
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo:
La ley es como el cuchillo:
No ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada,
Y el nombre le viene bien:
Los que la gobiernan ven
Adónde han de dar el tajo:
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son dotores,
Y de su ciencia no dudo;
Mas yo soy un negro rudo,
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

MARTÍN FIERRO

Moreno, vuelvo a decirte:
Ya conozco tu medida;
Has aprovechao la vida
Y me alegro de este encuentro.
Ya veo que tenés adentro
Capital pa esta partida.

Y aura te voy a decir,
Porque en mi deber está,
Y hace honor a la verdá
Quien a la verdá se duebla,
Que sos por juera tinieblas
Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
Que abusé de tu pacencia;
Y en justa correspondencia,
Si algo querés preguntar,
Podés al punto empezar,
Pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabés, lengua mía,
No te vayas a turbar.
Nadie acierta antes de errar;
Y aunque la fama se juega,
El que por gusto navega
No debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas,
Ya que a tanto me convida;
Y vencerá en la partida
Si una explicación me da
Sobre el tiempo y la medida,
El peso y la cantidá.

Suya será la vitoria
Si es que sabe contestar.
Se lo debo declarar
Con claridá, no se asombre,
Pues hasta aura ningún hombre
Me lo ha sabido explicar.

Quiero saber y lo inoro,
Pues en mis libros no está,
Y su respuesta vendrá
A servirme de gobierno:
Para qué fin el Eterno
Ha criado la cantidá.

MARTÍN FIERRO

Moreno, te dejas cair
Como carancho en su nido.
Ya veo que sos prevenido,
Mas también estoy dispuesto.
Veremos si te contesto
Y si te das por vencido.

Uno es el Sol, uno el mundo,
Sola y única es la Luna.
Ansí, han de saber que Dios
No crió cantidá ninguna.
El ser de todos los seres
Sólo formó la unidá;
Lo demás lo ha criao el hombre
Después que aprendió a contar.

EL MORENO

Veremos si a otra pregunta
Da una respuesta cumplida:
El ser que ha criado la vida
Lo ha de tener en su archivo,
Mas yo inoro qué motivo
Tuvo al formar la medida.

MARTÍN FIERRO

Escuchá con atención
Lo que en mi inorancia arguyo:
La medida la inventó
El hombre para bien suyo.
Y la razón no te asombre,
Pues es fácil presumir:
Dios no tenía que medir
Sino la vida del hombre.

EL MORENO

Si no falla su saber
Por vencedor lo confieso.
Debe aprender todo eso
Quien a cantar se dedique.
Y aura quiero que me explique
Lo que sinifica el peso.

MARTÍN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos
El secreto que eso encierra,
Y mandó que todo peso
Cayera siempre a la tierra;
Y sigún compriendo yo,
Dende que hay bienes y males,
Fue el peso para pesar
Las culpas de los mortales.

EL MORENO

Si responde a esta pregunta
Tengasé por vencedor.
Doy la derecha al mejor
Y respondamé al momento:
Cuándo formó Dios el tiempo
Y por qué lo dividió.

MARTÍN FIERRO

Moreno, voy a decir
Sigún mi saber alcanza:
El tiempo sólo es tardanza
De lo que está por venir;
No tuvo nunca principio
Ni jamás acabará,

Porque el tiempo es una rueda,
Y rueda es eternidá;
Y si el hombre lo divide
Sólo lo hace, en mi sentir,
Por saber lo que ha vivido
O le resta que vivir.'

Ya te he dado mis respuestas,
Mas no gana quien despunta:
Si tenes otra pregunta
O de algo te has olvidao,
Siempre estoy a tu mandao
Para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
Ni tampoco por jatancia,
Mas no ha de faltar costancia
Cuando es preciso luchar,
Y te convido a cantar
Sobre cosas de la estancia.

Ansí, prepará, moreno,
Cuanto tu saber encierre:
Y sin que tu lengua yerre,
Me has de decir lo que empriende
El que del tiempo depende
En los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
Ninguno debe abusar;
Y aunque me puede doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy a ninguna parte
A dejarme machetiar.

He reclarao que en leturas
Soy redondo como jota.
No avergüence mi redota,
Pues con claridá le digo:
No me gusta que conmigo
Naides juegue a la pelota.

Es buena ley que el más lerdo
Debe perder la carrera.
Ansí le pasa a cualquiera
Cuando en competencia se halla
Un cantor de media talla
Con otro de talla entera.

¿No han visto en medio del campo
Al hombre que anda perdido,
Dando güeltas afligido
Sin saber dónde rumbiar?
Ansí le suele pasar
A un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen
Si el ventarrón los azota.
Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste
En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
Pongo de testigo al Cielo
Para decir sin recelo
Que si mi pecho se inflama
No cantaré por la fama
Sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperado
Quien no tiene qué esperar.
A lo que no ha de durar
Ningún cariño se cobre:
Alegrías en un pobre
Son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño
Me durará mientras viva.
Aunque un consuelo reciba
Jamás he de alzar el vuelo:
Quien no nace para el cielo,
De balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
Que me permitan decir
Que al decidirme a venir

No sólo jue por cantar,
Sino porque tengo a más
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
Fueron diez los que nacieron;
Mas ya no existe el primero
Y más querido de todos:
Murió, por injustos modos,
A manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
Como güérfanos quedamos.
Dende entonces lo lloramos
Sin consuelo, creanmeló,
Y al hombre que lo mató
Nunca jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos
De aquel hermano querido.
A moverlos no he venido;
Mas si el caso se presienta,
Espero en Dios que esta cuenta
Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
Para que esto se complete,
Por mucho que lo respete
Cantaremos, si le gusta,
Sobre las muertes injustas
Que algunos hombres cometen.

Y aquí, pues, señores míos,
Diré, como en despedida,
Que todavía andan con vida
Los hermanos del dijunto,
Que recuerdan este asunto
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan projundo
Lo que está por suceder,
Que no me debo meter
A echarla aquí de adivino:
Lo que decida el destino
Después lo habrán de saber.

MARTÍN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
Después de tanto charlar.
Ya empezaba a maliciar,
Al verte tan entonao,
Que traías un embuchao
Y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos,
Basta de conversación.
Para encontrar la ocasión
No tienen que darse priesa.
Ya conozco yo que empieza
Otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá;
Tampoco soy adivino;
Pero firme en mi camino
Hasta el fin he de seguir:
Todos tienen que cumplir
Con la ley de su destino.

Primero fue la frontera
Por persecución de un juez;
Los indios fueron después,
Y para nuevos estrenos
Ahora son estos morenos
Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
Lo que cualquiera no hace;
Y tal vez de los diez pase
Con iguales condiciones.
La mulita pare nones,
Todos de la mesma clase.

A hombre de humilde color
Nunca sé facilitar.
Cuando se llega a enojar
Suele ser de mala entraña;
Se vuelve como la araña,
Siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos
Los negros más peliadores.
Había algunos superiores

De cuerpo y de vista... ¡ay juna!
Si vivo, les daré una...
Historia de las mejores.

Mas cada uno ha de tirar
En el yugo en que se vea.
Yo ya no busco peleas,
Las contiendas no me gustan;
Pero ni sombras me asustan
Ni bultos que se menean.

La creía ya desollada,
Mas todavía falta el rabo,
Y por lo visto no acabo
De salir de esta jarana.
Pues esto es lo que se llama
Remacharselé a uno el clavo.

XXXI

Y después de estas palabras,
Que ya la intención revelan,
Procurando los presentes
Que no se armara pendencia,
Se pusieron de por medio
Y la cosa quedó quieta.
Martín Fierro y los muchachos,
Evitando la contienda,
Montaron y paso a paso,
Como el que miedo no lleva,

A la costa de un arroyo
Llegaron a echar pie a tierra.
Desensillaron los pingos
Y se sentaron en rueda,
Refiriendosé entre sí
Infinitas menudencias:
Porque tiene muchos cuentos
Y muchos hijos la ausencia.
Allí pasaron la noche
A la luz de las estrellas,
Porque ése es un cortinao
Que lo halla uno dondequiera,
Y el gaucho sabe arreglarse
Como ninguno se arregla.
El colchón son las caronas,
El lomillo es cabecera,
El cojinillo es blandura,
Y con el poncho a la jerga,
Para salvar del rocío,
Se cubre hasta la cabeza.
Tiene su cuchillo al lado,
Pues la precaución es buena;
Freno y rebenque a la mano,
Y teniendo el pingo cerca,
Que pa asigurarlo bien
La argolla del lazo entierra,
Aunque el atar con el lazo
Da del hombre mala idea,
Se duerme ansí muy tranquilo
Todita la noche entera;
Y si es lejos del camino,

Como manda la prudencia,
Más siguro que en su rancho
Uno ronca a pierna suelta.
Pues en el suelo no hay chinches,
Y es una cuja camera
Que no ocasiona disputas
Y que naides se la niega.
Además de eso, una noche
La pasa uno como quiera,
Y las va pasando todas
Haciendo la mesma cuenta.
A luego, los pajaritos
Al aclarar lo dispiertan,
Porque el sueño no lo agarra
A quien sin cenar se acuesta.
Ansí, pues, aquella noche
Jue para ellos una fiesta,
Pues todo parece alegre
Cuando el corazón se alegra.
No pudiendo vivir juntos
Por su estado de pobreza,
Resolvieron separarse,
Y que cada cual se juera
A procurarse un refugio
Que aliviara su miseria.
Y antes de desparramarse
Para empezar vida nueva,
En aquella soledá,
Martín Fierro, con prudencia,
A sus hijos y al de Cruz
Les habló de esta manera:

XXXII

Un padre que da consejos,
Más que padre es un amigo.
Ansí, como tal les digo
Que vivan con precaución:
Naides sabe en qué rincón
Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada.
No extrañen si en la jugada
Alguna vez me equivoco,
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas;
Mas digo, sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada.
El hombre, de una mirada
Todo ha de verlo al momento.
El primer conocimiento
Es conocer cuándo enfada

Su esperanza no la cifren
Nunca en corazón alguno.
En el mayor infortunio
Pongan su confianza en Dios;
De los hombres, sólo en uno;
Con gran precaución, en dos.

Las faltas no tienen límites
Como tienen los terrenos;
Se encuentran en los más buenos,
Y es justo que les prevenga:
Aquel que defetos tenga,
Disimule los ajenos.

Al que es amigo jamás
Lo dejen en la estacada;
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él:
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que a uno le asalten.
Ansí, no se sobresalten
Por los bienes que perezcan.
Al rico nunca le ofrezcan
Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas
El que respeta a la gente.
El hombre ha de ser prudente

Para librarse de enojos;
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley,
Porque es preciso alquirir.
No se expongan a sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen
Porque naides se acobarda;
Poco en conocerlo tarda
Quien amenaza imprudente;
Que hay un peligro presente
Y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,
Por experencia lo afirmo:
Más que el sable y que la lanza
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía;
Sin ella sucumbiría;
Pero sigún mi experencia,
Se vuelve en unos prudencia
Y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente;
Y tenganló bien presente,
Si al compararla no yerro:
La ocasión es como el fierro:
Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar;
Pero les debo enseñar,
Y es bueno que lo recuerden:
Si la vergüenza se pierde,
Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
Porque ésa es la ley primera;
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea,
Porque si entre ellos pelean
Los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos;
El burlarlos no es hazaña;
Si andan entre gente extraña

Deben ser muy precavidos,
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

La cigüeña, cuando es vieja
Pierde la vista, y procuran
Cuidarla en su edad madura
Todas sus hijas pequeñas.
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
Aunque la echen en olvido,
Vivan siempre prevenidos;
Pues ciertamente sucede
Que hablará muy mal de ustedes
Aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
Nunca tiene suerte blanda;
Mas con su soberbia agranda
El rigor en que padece.
Obedezca el que obedece
Y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
Ni el tiempo ni la vergüenza,
Como todo hombre que piensa
Proceder siempre con juicio,
Y sepan que ningún vicio
Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
Le tiene al robo afición;
Pero el hombre de razón
No roba jamás un cobre,
Pues no es vergüenza ser pobre
Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
Ni pelee por fantasía.
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse.
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
No se olvida hasta la muerte.
La impresión es de tal suerte,
Que a mi pesar, no lo niego,
Cai como gotas de fuego
En la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
El trago el pior enemigo.
Con cariño se lo digo,
Recuerdenló con cuidado:
Aquel que ofiende embriagado
Merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis,
Siempre han de ser los primeros.
No se muestren altaneros

Aunque la razón les sobre.
En la barba de los pobres
Aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón
A alguna mujer querida,
No le hagan una partida
Que la ofienda a la mujer:
Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento,
Ni tiemplen el estrumento
Por sólo el gusto de hablar,
Y acostumbrensé a cantar
En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos,
Que me ha costado adquirirlos,
Porque deseo dirigirlos;
Pero no alcanza mi cencia
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
Medité en mis soledades.
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos:
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

XXXIII

Después, a los cuatro vientos
Los cuatro se dirigieron.
Una promesa se hicieron
Que todos debían cumplir;
Mas no la puedo decir,
Pues secreto prometieron.

Les alvierto solamente,
Y esto a ninguno le asombre,
Pues muchas veces el hombre
Tiene que hacer de ese modo:
Convinieron entre todos
En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala
Lo hicieron, no tengo duda;
Pero es la verdá desnuda,
Siempre suele suceder:
Aquel que su nombre muda
Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento
Con que he divertido a ustedes.
Todos conocerlo pueden
Que tuve costancia suma.
Este es un botón de pluma
Que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido
Y ya he salido del paso;
Pero diré, por si acaso,
Pa que me entiendan los criollos:
Todavía me quedan rollos
Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
Sin expresar hasta cuándo.
Siempre corta por lo blando
El que busca lo siguro;
Mas yo corto por lo duro,
Y ansí he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
El tigre vive en la selva,
El zorro en la cueva ajena,
Y en su destino incostante,
Sólo el gaucho vive errante
Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
De la fortuna el desecho,
Porque naides toma a pechos
El defender a su raza.
Debe el gaucho tener casa,
Escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
Estos enriedos malditos.
La obra no la facilito

Porque aumentan el fandango
Los que están como el chimango
Sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir
Que esto llegue a mejorar.
Pero se ha de recordar
Para hacer bien el trabajo
Que el fuego, pa calentar,
Debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
Si hace lo que le aproveche;
De sus favores sospeche
Hasta el mesmo que lo nombra:
Siempre es dañosa la sombra
Del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido
Lo levantan de un sogazo;
Pero yo compriendo el caso
Y esta consecuencia saco:
El gaucho es el cuero flaco:
Da los tientos para el lazo.

Y en lo que explica mi lengua
Todos deben tener fe.
Ansí, pues, entiendanmé:
Con codicias no me mancho:
No se ha de llover el rancho
En donde este libro esté.

Permitanmé descansar,
¡Pues he trabajado tanto!
En este punto me planto
Y a continuar me resisto.
Estos son treinta y tres cantos,
Que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
Que les digo al terminar:
En mi obra he de continuar
Hasta darselás concluída,
Si el ingenio o si la vida
No me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
Tenganló todos por cierto
Que el gaucho, hasta en el desierto,
Sentirá en tal ocasión
Tristeza en el corazón
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
Las de todos mis hermanos.
Ellos guardarán ufanos
En su corazón mi historia;
Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria;
Y aquellos que en esta historia

Sospechen que les doy palo,
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido,
Pues a ninguno incomodo;
Y si canto de este modo
Por encontrarlo oportuno,
NO ES PARA MAL DE NINGUNO,
SINO PARA BIEN DE TODOS.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

INDICE

PRIMERA PARTE

El gaucho Martín Fierro (1).

		Páginas.
Canto	I	13
—	II	17
—	III	24
—	IV	36
—	V	43
—	VI	48
—	VII	55
—	VIII	61
—	IX	65
—	X	77
—	XI	84
—	XII	89
—	XIII	94

SEGUNDA PARTE

La vuelta de Martín Fierro

1. Introducción de Martín Fierro 103
2. Martín Fierro refiere su viaje al desierto 109
3. Cuenta su vida en la Pampa 115
4. Invasiones de los indios 121
5. Regreso de las invasiones, distribución del botín, y fiestas 126

(1) Los cantos de la primera parte aparecieron sin título en las ediciones del autor.

Páginas.

6. Cruz. 132
7. Los lamentos..... 138
8. La cautiva refiere sus trabajos..... 141
9. Pelea de Martín Fierro con un indio..... 145
10. La vuelta de Martín Fierro..... 155
11. Martín Fierro hace la relación del modo como encontró a dos de sus hijos..... 162
12. La «Penitenciaría», por el hijo mayor de Martín Fierro. 167
13. El hijo segundo de Martín Fierro empieza a contar su vida..... 181
14. El viejo Vizcacha 184
15. Consejos del viejo Vizcacha..... 189
16. Muerte del viejo Vizcacha..... 194
17. El inventario de sus bienes..... 197
18. El entierro..... 203
19. Remedios para un amor desgraciado..... 206
20. Relación en que aparece un nuevo personaje..... 212
21. *Picardía*..... 213
22. El jugador..... 219
23. El oficial de partida..... 224
24. Las elecciones..... 228
25. El contingente..... 231
26. *Picardía* descubre quiénes..... 236
27. Lo que vió en la frontera..... 239
28. Historia de las raciones..... 244
29. Relación en la que aparece un negro cantor..... 251
30. Canto de contrapunto entre Martín Fierro y el negro.. 252
31. Martín Fierro y sus hijos se retiran al campo..... 277
32. Consejos de Martín Fierro a sus hijos..... 280
33. Despedida..... 287

101932311

LOS GRANDES VIAJES MODERNOS

OBRAS PUBLICADAS POR CALPE:

Ansorge: **Bajo el sol africano.** Un tomo de 432 páginas, con 123 grabados, 14 láminas fuera de texto y portada a varios colores, 20 pesetas.

Charcot: **El «Pourquoi-pas?» en el Antártico.** Un tomo de 478 páginas, con 121 grabados, 43 láminas y tres mapas, cubiertas a varios colores, 20 pesetas.

Sverdrup: **Cuatro años en los hielos del Polo.** Dos tomos, con 908 páginas, 35 láminas, 104 grabados y cinco mapas en colores. Cada tomo 20 pesetas.

Haviland: **De la «taiga» y de la «tundra».** (La vida en el Bajo Yenisei.) Un volumen de 320 páginas, con numerosos grabados, 15 pesetas.

Alexander: **Del Níger al Nilo.** Dos tomos. El tomo I consta de 436 páginas, con 27 láminas y 99 figuras. El tomo II tiene 460 páginas, con 24 láminas, 98 figuras y un mapa. Cada tomo 20 pesetas.

Orjan Olsen: **Los soyotos. Nómadas pastores de renos.** Un volumen de 240 páginas, con 49 figuras, 8 láminas y un mapa, 14 pesetas.

EN PRENSA

Algot Lange: **El Bajo Amazonas.**

Erland Nordenskjold: **Exploraciones y aventuras en la América del Sur.**

Sven Hedin: **Transhimalaya.**

Libros de la Naturaleza

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE *es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencias naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país.*

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotograbados en papel estucado.

La vida de la Tierra, por *J. Dantín Cereceda,* profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro,* profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 40 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda,* profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera,* profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda,* profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de **1,75 pesetas cada libro** y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

OBRAS DE J. H. FABRE

EDITADAS POR **CALPE**

Cinco volúmenes en 8.°, de unas 300 páginas cada uno.

LA VIDA Y COSTUMBRES MARAVILLOSAS DE LOS INSECTOS APARECEN EN ESTAS OBRAS NARRADAS CON AMENIDAD ENCANTADORA

TITULO DE CADA VOLUMEN

Maravillas del instinto en los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Costumbres de los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

La vida de los insectos, con grabados y 11 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los destructores. Lecturas acerca de los animales perjudiciales a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los auxiliares. Lecturas acerca de los animales útiles a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

LIBROS DE AVENTURAS

de los mejores autores clásicos y modernos.

COLECCIÓN DE OBRAS DE ALTO VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO PARA LOS MUCHACHOS, EDITADAS POR CALPE Y TRADUCIDAS CUIDADOSAMENTE DEL IDIOMA ORIGINAL

VOLUMENES PUBLICADOS

Los tramperos del Arkansas, por Gustavo Aimard.—Un tomo. Cuatro pesetas.
Aventuras del capitán Corcorán, por Alfredo Assollant.—Un tomo. Cuatro pesetas cincuenta céntimos.
El cazador de ciervos, por Fenimore Cooper. — Dos tomos. Cada uno cuatro pesetas.
Los tiradores de rifle, por Mayne Reid.—Un tomo. Cuatro pesetas
La isla del tesoro, por Roberto L. Stevenson.—Un tomo. Cuatro pesetas.
Los mercaderes de pieles, por Ballantyne.—Un tomo. Cinco pesetas.
Salvado del mar, por Kingston.—Un tomo. Cuatro pesetas.
La marina mercante, por Marryat.—Un tomo. Cinco pesetas.
El jinete sin cabeza, por Mayne Reid.—Dos tomos. Cada uno cinco pesetas.
Dos años al pie del mástil, por Dana.—Un tomo. Tres pesetas.
El último mohicano, por Fenimore Cooper.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
La isla de coral, por Ballantyne.—Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
Robinsón Crusoe, por Defoe.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
Aventuras de Román Kalbris, por Malot.—Un tomo. Tres pesetas.
Propiedad del Rey, por Marryat.—Dos tomos Cada uno tres pesetas.
A lo largo del Amazonas, por Kingston.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
El Robinsón suizo, por Wyss.—Un tomo. Cuatro pesetas.
Viajes de Gulliver, por Swif.—Un tomo. Tres pesetas.
El matador de leones, por Gérard.—Un tomo. Tres pesetas.
David Balfour, por Stevenson.—Un tomo. Tres pesetas.

CATECISMOS DEL AGRICULTOR Y DEL GANADERO

Editados por CALPE *y publicados bajo la dirección de*

L. DE HOYOS SAINZ

CON LA COLABORACIÓN DE INGENIEROS AGRÓNOMOS, CATEDRÁTICOS, VETERINARIOS, PERITOS AGRÍCOLAS, AGRICULTORES Y GANADEROS DE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Folletos de 32 páginas muy ilustrados, escritos por nuestros mejores autores especialistas

Precio de cada Catecismo: CINCUENTA CENTIMOS

De las XV series van publicados los 40 catecismos siguientes

DEL SEGUNDO GRUPO

I.—41. **Cercas y cerramientos.**—Juan J. Fernández Urquiza.
42. **Cómo se hace un pozo.**—Leandro Pérez Cossío.

II.—43. **Selección de semillas.**—Antonio García Romero.
44. **Crecimiento de los vegetales.**—E. Fernández Galiano.

III.—45. **Aparcería agrícola y pecuaria.**—Ignacio de Casso.
46. **Bodegas cooperativas.**—José del Cañizo.

IV.—47. **Abonos del olivo.**—Rafael López Mateo.
48. **Cómo se compra un abono.**—Manuel García Luzón.

V.—49-50. **Formulario de terapéutica vegetal.**—Apolinar Azanza.
51. **El oídium y el mildiú.**—José Sancho Adellac.

VI.—52. **Remolacha forrajera.**—Manuel Naredo.
53-54. **La avena: variedades y cultivo.**—Victoriano Odriozola.

VII.—55. La higuera: su cultivo en España.—J. Manuel Priego Jaramillo.
56. El rosal.—Arturo Rigol.
57. Plantaciones y marcos.—Manuel M. Rueda y Marín.

VIII.—58. Plantas aromáticas forestales.—Fernando Baró.
59. El pino carrasco.—Ricardo Codorniú.
60. Cómo se defiende un bosque.—Joaquín Ximénez de Embún.

IX.—61. La zulla, forraje meridional.—Angel Torrejón y Boneta.
62. La soja y su cultivo en España.—Luis Crespí.
63. La alfalfa de secano.—José Cascón.
64. El azafrán: cultivo y comercio.—Eladio Morales.

X.—65. La fécula y su preparación.—Guillermo de Benavent.
66. La sidra: su preparación.—M. G. Falaisión.
67. Limpieza y conservación de bodegas.—Juan Marcilla.

XI.—68. Los signos típicos de la enfermedad.—Félix Sánchez.
69. La peste porcina.—Juan Ruiz Folgado.
70. Celo y monta de ganado.—Domingo Aisa.

XII.—71. Las vacas suizas y holandesas en España.—Carlos Santiago Enriquez.
72. Caballo y yegua de trabajo.—José Orensanz Moliné.
73. Cómo se elige un toro semental.—Luis Saiz.

XIII.—74. El caracol: su explotación.—Federico Doreste.
75. Esquileo y lavado de lanas.—Victoriano Medina y Ruiz.

XIV.—76. El comercio de aceites en España.—Lisinio Andréu.
77. Comercio de naranjas y frutas frescas.—Rafael Font de Mora.

XV.—78-79. La agricultura de Abu-Zacaría.—José Sánchez Pérez.
80. El paludismo en el campo.—Sadi de Buen.

OBRAS COMERCIALES

ESCRITAS POR EL PROFESOR

M. ADOLPHE RUMEAU

DE LA UNIVERSIDAD DE FRANCIA

Libros utilísimos para las Escuelas de Comercio y de Industria, de los cursos de enseñanza comercial, de negociantes, jefes de Negociado, corresponsales, taquígrafos, dactilógrafos, estudiantes, etc., etc.

CALPE HA PUBLICADO:

Gramática práctica para la enseñanza de la correspondencia comercial francesa y española.—Un volumen de 352 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Curso práctico de correspondencia francesa y española.—Un volumen de 608 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Curso práctico de correspondencia inglesa y española.—Un volumen de 558 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Nouveau Dictionnaire francais-espagnol et espagnol-francais, donant la signification des TERMES LES PLUS USITÉS en correspondance, comptabilité, Commerce, Industrie, Banque et Bourse.—Un volumen de 220 páginas, encuadernado en tela, 10 pesetas.

EN PRENSA

Monetario universal.

ALFONSO DANVILA

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

PLAN COMPLETO DE LA OBRA

1.—**El testamento de Carlos II** (publicado).

2.—**La Saboyana** (en prensa).

3.—**Austrias y Borbones.**

4.—**El primer Carlos III.**

5.—**Almansa.**

6.—**La Princesa de los Ursinos.**

7.—**El Archiduque en Madrid.**

8.—**El Congreso de Utrecht.**

9.—**El triunfo de las lises.**

10.—**Aun hay Pirineos.**

SE HA PUBLICADO

I. — El testamento de C

Historia de la España del siglo XVIII
a la vez substantiva y ane

BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001658702

IBC Biblioteca de Catalunya
D-ZA0
Adq. 1001658702
CB.
Top. 2.C6-8-34

Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

LOS NUEVOS

Por medio de esta colección que ahora iniciamos quisiera CALPE ir dando a conocer la obra de los escritores nuevos, españoles y americanos, que son poco o nada conocidos. Todos los géneros literarios tendrán acogida, previa una atenta selección, en esta Biblioteca que consagramos al fomento de las letras españolas.

OBRAS PUBLICADAS

Félix Urabayen: **La última cigüeña.** Un tomo con artística cubierta, 3,50 pesetas.

Valentín de Pedro: **España renaciente (opiniones, hombres, ciudades, paisajes).** Un tomo con magnífica cubierta en colores, 4 pesetas.

OBRAS DE JULIO CAMBA

Alemania.

Londres.

Playas, ciudades y montañas.

Tres deliciosos libros de viajes. En los dos primeros, la nota humorística del genial escritor traza la silueta del carácter alemán y del carácter inglés en páginas breves, que unen a la gracia exquisita y fina cierta profunda filosofía. En el último reúne impresiones de España. Todo ello escrito con la admirable vis que ha valido al joven humorista merecida popularidad.

Precio de cada volumen, 3,50 pesetas.

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESÍAS - FILOSOFÍA
CUENTOS - VIAJES - HISTORIA - MEMORIAS
ENSAYOS, ETC., ETC.

Aparecen mensualmente diez números de unas cien páginas, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número. Para la Argentina, **25 centavos m/n.**

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL O ANUAL
(CUATRO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 880 números publicados desde julio de 1919 a febrero de 1924 contienen obras de

Alarcón.
Alfieri.
Andreiev.
Austen.
Azeglio.
Balzac.
Baudelaire.
Beaumarchais
Cervantes.
César.
Condorcet.
D'Alembert.
Dante.
Darwin.
Daudet.
Dickens.
Diderot.
Dostoyevsky.
Dozy.
Eckermann.
Erckmann-Chatrian.
Fénelon.
Flaubert.
Fogazzaro.
Fontenelle.
Fóscolo.
Garcilaso.
Gaskell.
Gautier (Teófilo)
Gobineau.
Gogol.
Goldsmith.
Goncourt.
Gottfried Keller.
Guerrazzi.
Heine.
Hoffmann.
Hugo (Víctor).
Ibsen.
Jorge Sand.
Kuprin.
Lamartine.
Maistre (J. de).
Marivaux.
Mérimée.
Molière.
Montesquieu.
Moreto.
Musset.
Oscar Wilde.
Quevedo.
Quintana.
Rojas (F. de).
Rousseau (J.).
Schiller.
Shakespeare.
Sienkiewicz.
Sterne.
Stevenson.
Stuart Mill.
Swift.
Taine.
Thackeray.
Thierry.
Vigny.
Voltaire.

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID RIOS ROSAS, 24 Apartado 547